RELACIONES

Infames

Variaciones de Orgullo y Prejuicio



CATHERINE BILSON

Relaciones Infames

Una Variación de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Copyright en inglés 2016

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho

19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Capítulo Veintidós

23. Capítulo Veintitrés

24. Capítulo Veinticuatro

25. Capítulo Veinticinco

26. Capítulo Veintiséis

27. Capítulo Veintisiete

28. Capítulo Veintiocho

29. Capítulo Veintinueve

30. Capítulo Treinta

31. Un Milagro de Navidad en Longbourn - Capítulo de muestra

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

Hunsford, Kent

—LE RUEGO QUE TENGA la cortesía de leer esta carta.

Antes de que pudiera protestar diciendo que no podía aceptar ninguna carta de él —¡qué impropiedad sería tal acción!—, él ya la había metido en su mano.

Elizabeth miró fijamente el papel doblado en su mano, con su nombre claramente escrito en el exterior con la firme caligrafía del señor Darcy. Levantó la vista para hablarle, para decirle que no podía aceptar tal carta; pero su espalda ya se alejaba entre los árboles de la arboleda. Mordiéndose el labio, volvió a mirar la carta.

—Supongo que tanto da leerla como no —murmuró, y rompió el sello con dedos que, se sorprendió al notar, temblaban ligeramente.

En ese preciso instante, se sobresaltó por un retumbar de truenos. Al mirar hacia arriba, vio una línea de nubes negras de tormenta que avanzaban desde el sur, borrando el buen día. Las nubes se movían rápidamente, pero calculó que, si se daba prisa, podría llegar a la seguridad de la casa parroquial antes de que estallara la tormenta. Metiendo la carta aún sin leer dentro de su spencer para mantenerla seca, comenzó a caminar a su paso más rápido de vuelta por el sendero hacia la casa parroquial.

Excelente caminante como era, Elizabeth aun así no fue lo suficientemente rápida para vencer por completo a la tormenta. Gruesas gotas de lluvia caían del cielo antes de que la casa parroquial estuviera siquiera a la vista, y para cuando llegó a la verja, su spencer estaba muy húmedo y sus faldas embarradas.

Apresurándose por el camino mientras la lluvia caía cada vez con más fuerza, Elizabeth se precipitó dentro y casi chocó con su primo.

—¡Prima Elizabeth! —el señor Collins retrocedió, sobresaltado—. ¿Qué está haciendo? Creí que había ido con Charlotte y Maria a visitar a la señora Garman... seguramente no están con usted,

¿bajo la lluvia?

—No, señor, fui a dar un paseo. No sabía que planeaban salir —respondió Elizabeth, pasando junto a él y dirigiéndose al salón, donde esperaba encontrar un fuego encendido. Estaba bastante mojada y sus dientes comenzaban a castañetear. Tirando de las cintas empapadas de su sombrero, finalmente logró quitárselo y lo dejó caer sobre la mesa antes de acercarse al fuego.

—Debe tener más cuidado, prima —dijo el señor Collins untuosamente—. Si me hubiera preguntado antes de salir, podría haberle dicho que probablemente habría una tormenta esta mañana. De hecho, Lady Catherine lo predijo ayer en la cena, a la que lamentablemente usted faltó.

Elizabeth apretó los dientes, tratando de ignorar sus tontas palabrerías. Desabrochando su spencer empapado, luchó por quitarse la tela empapada de sus brazos mojados, sin notar por un momento el papel doblado que cayó al suelo.

El señor Collins miró hacia abajo, frunciendo el ceño. Reconoció el sello en el reverso al instante —¿acaso Lady Catherine no le había mostrado varias cartas de su sobrino?— y se agachó para recogerlo.

—¿Cómo llegó esto a sus manos, prima Elizabeth? ¿Lo dejó caer el señor Darcy en algún lugar? —dándole la vuelta, miró la dirección en el frente.

Señorita Elizabeth Bennet.

—¡Usted *ramera*!

—¡Señor Collins! —Elizabeth jadeó horrorizada, retrocediendo al ver la carta en su mano.

—Lady Catherine me advirtió... oh, ella la vio lanzando sus encantos hacia él. "Señor Collins", dijo, "vigile a su prima. Busca tentar a los hombres buenos y alejarlos de su deber".

—Señor Collins, yo no he...

—*¡Guardará silencio!* —tronó, alzándose sobre ella. Era un hombre alto y corpulento, y la pequeña y ligera Elizabeth, que hasta ese momento nunca se había sentido intimidada en su vida, de repente temió que la golpeara. Se encogió.

—¡Lo supe en Longbourn, cuando me rechazó! Arrastrando su cola como una perra en celo, y luego rechazándome para aumentar mi ardor, oh sí, ¡pero yo conocía su juego! Elegí a una mujer buena y virtuosa en su lugar, y ahora ha puesto sus miras en un premio mayor... pues bien, *usted* no lo tendrá. Él nunca se casaría con usted —el señor Collins se burló—, el mero hecho de que le escriba debería decírselo. Una casa en Londres o una casita en su finca es todo lo que el señor Darcy, o cualquier otro hombre decente, le ofrecería.

Presionada contra la pared, negando con la cabeza en un horrorizado y mudo rechazo, Elizabeth sintió que todo su cuerpo temblaba ante la ira sin sentido de su primo mientras él se paseaba frente a ella.

—Bueno —el señor Collins se dio la vuelta y la miró fijamente, y luego hizo una pausa, aparentemente impresionado por algo.

Elizabeth miró alrededor para ver qué había captado su atención. Comprobando la dirección de su mirada, se dio cuenta de que estaba fija en su pecho, que subía y bajaba rápidamente bajo el delgado y húmedo corpiño de su vestido con su respiración asustada y jadeante. —No —fue todo lo que tuvo tiempo de jadear antes de que él se abalanzara sobre ella.

—¿Por qué deberías dar tan libremente a *él* lo que me niegas a mí? —fue todo lo que dijo el señor Collins antes de que su boca aplastara la de ella, sus manos desgarrando su vestido—. Solo una pequeña probada —jadeó, su aliento caliente contra la mejilla de Elizabeth mientras ella luchaba por escapar, moviendo la cabeza de un lado a otro, incapaz de gritar ya que no podía respirar. Él la estaba aplastando contra la pared, sus manos brutalmente ásperas sobre sus senos, su pierna forzando entre las de ella y frotándose duramente contra ella.

—Puedes quedarte en Longbourn. Todos podemos vivir allí felizmente juntos —gimió el señor Collins, frotando sus caderas contra ella, perdido en alguna fantasía enferma. Elizabeth finalmente vio su oportunidad y logró empujar una mano con fuerza bajo su barbilla, echándole la cabeza hacia atrás. Él quitó su peso de ella por el más mínimo instante y ella le pisó el pie con fuerza.

—¡Ay! ¿Por qué fue eso? Elizabeth... —dio un paso atrás y ella corrió, fuera de la habitación, fuera de la casa, sin saber adónde iba; sin importarle la lluvia que aún caía, se aferró a su corpiño desgarrado y corrió hasta que se le acabó el aliento. Finalmente cayendo de rodillas, incapaz de correr un paso más, miró hacia arriba y reconoció que estaba en un sendero donde varias veces se había encontrado con el señor Darcy.

¿Corrí hasta aquí esperando verlo? no pudo evitar preguntarse. Él la ayudaría, de eso no tenía duda, a pesar de las duras palabras que habían intercambiado la noche anterior. Se puso de pie con dificultad y comenzó a caminar. Presentarse en Rosings en este estado sería un desastre, pero no tenía otro lugar adonde ir. Solo sabía que Darcy la ayudaría. Poniendo un pie lentamente delante del otro, otro estruendo de truenos la hizo saltar.

Entrando en pánico, miró detrás de ella, esperando irracionalmente ver al señor Collins persiguiéndola, y su pie resbaló en el barro del sendero. Sosteniendo su vestido con ambas manos como estaba, no pudo salvarse, y rodó por el terraplén cubierto de hierba al lado del

sendero. El arroyo en el fondo, que burbujeaba alegremente sobre las piedras y que siempre parecía tan atractivo bajo el sol, de repente se veía frío y traicionero. Con un grito, Elizabeth cayó indefensa, de cabeza. Su cabeza golpeó una roca sobresaliente y de repente se quedó inmóvil.



Capítulo Dos

UNOS TREINTA MINUTOS MÁS tarde, el coronel Richard Fitzwilliam bajaba por el sendero silbando una alegre melodía. La tormenta había pasado tan rápido como había llegado, dejando tras de sí cielos azules, y pensó que bien podría dar su paseo diario en dirección a la rectoría y despedirse de las damas antes de su partida al día siguiente. Había buscado a Darcy para que lo acompañara, pero aparentemente este había sido sorprendido por la tormenta y necesitaba cambiarse de ropa. Darcy lo despidió con un gesto, diciendo que ya se había despedido.

Por pura casualidad, el coronel miró hacia el arroyo junto al que caminaba; divisó un destello blanco y entrecerró los ojos con curiosidad, acercándose al borde de la orilla para echar un vistazo más de cerca. Al darse cuenta de repente de que el blanco pertenecía al vestido de una dama, lanzó un grito de horror y bajó apresuradamente hacia el agua.

Elizabeth Bennet yacía medio dentro y medio fuera del agua, con la mejilla sobre la orilla fangosa, y un hilo de sangre manaba lentamente de una laceración en un lado de su cabeza. Rápidamente, el coronel colocó dos dedos bajo su mandíbula, buscando el pulso, y dejó escapar un suspiro de alivio al encontrarlo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó fervientemente, miró a su alrededor y debatió por un momento qué hacer. Probablemente no habría nadie al alcance de su voz si gritaba pidiendo ayuda, y no podía dejar a la señorita Bennet sola en ese estado. Rápidamente tomó una decisión, inclinándose para levantar su cuerpo inerte del agua. Al darle la vuelta, el vestido se separó de su cuerpo y se dio cuenta de que estaba gravemente rasgado.

Apartando la mirada, el coronel colocó cuidadosamente a Elizabeth sobre la hierba y se quitó el abrigo. Envolviendo el grueso tejido de lana alrededor de su torso expuesto, la levantó suavemente en sus brazos antes de volver a subir por la orilla.

—Rosings puede estar un poco más cerca —murmuró el coronel Fitzwilliam, mirando en ambas direcciones del camino—, pero considerando cómo Lady Catherine probablemente reaccionará ante la situación, creo que la rectoría es la mejor opción. Además, la residencia del médico es la siguiente casa en el camino. —Mirando a la mujer inconsciente en sus brazos, suspiró y emprendió el camino a paso ligero. Ella era lo suficientemente liviana como para no suponer una carga para el soldado en forma y curtido en batallas.

El coronel llegó a la rectoría justo cuando la señora Collins y su hermana venían caminando juntas por el sendero, regresando de su visita matutina. Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par al ver a Elizabeth inconsciente en sus brazos.

—¡Lizzy! ¿Qué ha sucedido, señor? —Se apresuró a abrirle la puerta.

—No lo sé: la encontré caída en el arroyo y temí que se hubiera ahogado, pero aún respira.

—¡Gracias a Dios que la encontró, coronel! Por favor, si pudiera traerla adentro... —dudó en la puerta de la sala.

—¿No sería más fácil que la llevara directamente a su dormitorio? —preguntó Fitzwilliam pragmáticamente—. Seguramente necesitará ser trasladada rápidamente a una cama de todos modos.

—Tiene usted razón, señor —Charlotte dejó de lado sus dudas y señaló las escaleras—. Por aquí, si me hace el favor. —Miró a Maria, que estaba de pie en el pasillo con los ojos muy abiertos—. Ve a ver si el señor Collins está en casa, por favor, Maria, y luego pídele a Betsy que empiece a hervir agua.

—Sí, Charlotte —Maria obedeció instintivamente las órdenes de su hermana mayor.

Las escaleras eran estrechas, pero el coronel las subió hábilmente, teniendo cuidado de no golpear la cabeza de Elizabeth contra la pared. En un momento la depositó en la cama, retrocediendo apresuradamente hacia la puerta.

—¡Iré a buscar al médico de inmediato, señora Collins!

—¡Gracias, señor! —Charlotte ya estaba cogiendo una toalla, humedeciéndola en la jofaina del tocador y limpiando tiernamente el rostro ensangrentado de Elizabeth.

Fitzwilliam bajó las escaleras corriendo, tomándolas de dos en dos, y salió apresuradamente por la puerta principal que seguía abierta. El médico vivía en la casa contigua del sendero; había estado allí lo suficiente como para hablar con el hombre sobre la salud de Anne, ya que Lady Catherine nunca le permitiría hablar con el médico en Rosings. Solo esperaba que el doctor Trent estuviera en casa y no hubiera salido a hacer visitas.

—El doctor acaba de regresar, coronel Fitzwilliam —le informó el ama de llaves—. Está arriba cambiándose. ¿Es la señorita De Bourgh, entonces? —le dirigió una mirada preocupada.

Consciente de su estado sudoroso y sin abrigo, Fitzwilliam se calmó antes de negar con la cabeza.

—No, señora. Es la señorita Elizabeth Bennet, una de las invitadas de la señora Collins en la rectoría. Ha sufrido un desafortunado accidente...

—¡Oh, no esa joven tan agradable! —el ama de llaves se puso en acción al instante—. ¡Haré que el doctor vaya allí de inmediato, señor!

Tranquilizado por su preocupación, Fitzwilliam regresó a la rectoría, pero se encontró paseando por la sala, irritado por no poder ser de más utilidad. El médico entró unos momentos después.

—¡Doctor Trent, gracias a Dios! —Le estrechó la mano—. La señorita Bennet ha sufrido un desafortunado accidente. La encontré caída en un arroyo a lo largo de uno de los senderos de Rosings, ha sufrido una herida en la cabeza...

—Subiré inmediatamente —prometió Trent con un asentimiento, siguiendo a una ansiosa Maria Lucas escaleras arriba.

Retorciéndose las manos, Fitzwilliam reanudó su paseo. *Darcy estará devastado*, no pudo evitar pensar. Su primo era un hombre reticente, pero Fitzwilliam no había pasado por alto los síntomas de afecto que Darcy había tratado de ocultar con tanto ahínco, evidentemente por temor a que el ojo de águila de su tía se posara sobre la señorita Bennet como blanco de su ira. Realmente, debería ir a verlo de inmediato, pero hacerlo sin ninguna noticia positiva o al menos un informe del médico probablemente llevaría a un sufrimiento innecesariamente grande para Darcy. Por lo tanto, esperaría.

—¿De qué otra manera puedo ser de ayuda, señora Collins? —le rogó a Charlotte cuando esta bajó a dar instrucciones a su criada.

—Elizabeth está herida y su familia querrá saberlo de inmediato; su hermana está en Londres y podría llegar aquí más rápido. ¿Puedo pedirle que envíe dos mensajes urgentes por mí, si anoto las direcciones?

—¡Por supuesto, de inmediato! —Ella lo condujo al estudio del señor Collins, donde afortunadamente había un buen suministro de papel, plumas y tinta sobre el escritorio, por lo que no tuvo que hurgar entre los papeles del hombre.

Charlotte sacó un lápiz del bolsillo de su delantal.

—El señor Bennet es el padre de Elizabeth, por supuesto —dijo, escribiendo una dirección de Hertfordshire en un trozo de papel—, pero no puedo evitar pensar que su hermana Jane querrá

estar a su lado lo más rápido posible, y ella está mucho más cerca, visitando a sus parientes en Londres.

—Enviaré ambos mensajes tan rápido como me sea posible, señora Collins —prometió Fitzwilliam, y ella le dedicó una pequeña sonrisa tensa antes de volver a salir apresuradamente.

Concentrándose en su tarea, el coronel escribió rápida y concisamente, tratando de no ser alarmista pero haciendo lo posible por transmitir la urgencia que sentía, de que la señorita Elizabeth debería tener a su familia a su lado en este momento. Había visto morir a hombres por heridas menores que las que ella había sufrido; las heridas en la cabeza no debían tomarse a la ligera. Pronto tuvo las cartas escritas y selladas, y se apresuró a llevarlas a la oficina de correos. El nombre de Lady Catherine y un puñado de monedas pronto impresionaron al empleado sobre la urgencia del encargo y dos jinetes veloces se pusieron rápidamente en camino.



Capítulo Tres

—SEÑORA COLLINS —EL DOCTOR Trent se dirigió a Charlotte con una mirada seria cuando ella volvió a entrar en la habitación de Elizabeth—. La señorita Bennet se pondrá bien, estoy seguro. Ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, pero con los cuidados adecuados espero que se recupere completamente.

—Oh, gracias a Dios —Charlotte se desplomó contra la puerta, y Maria, que se había quedado con el doctor y Elizabeth, corrió hacia ella para darle un abrazo reconfortante.

—¿Podría la señorita Lucas quedarse con ella un momento mientras hablo con usted en privado? —solicitó el doctor educadamente.

Charlotte parpadeó.

—Sí, por supuesto —dijo con incertidumbre—. Aunque deseo cambiar a Lizzy para que esté más cómoda, está empapada...

—Solo un minuto. Tal vez la señorita Lucas pueda empezar a ponerla cómoda.

—¡Lo que sea por la pobre Lizzy! —y Maria comenzó de inmediato a desatar los cordones de los zapatos de su amiga.

—Venga por aquí, doctor Trent —Charlotte lo condujo a su pequeña sala de estar en el piso superior—. Le ruego que me diga rápidamente lo que sea que sintió que no podía decir delante de mi hermana —dijo, mirándolo fijamente con sus firmes ojos grises, y Trent trató sin éxito de reprimir un suspiro. Esta mujer, esta increíble mujer estaba completamente desperdiciada con ese pequeño idiota adulador de Collins. ¡Lo que daría por haberla conocido primero!

—No todas las lesiones de la señorita Bennet son consistentes con una caída por un terraplén hacia un arroyo, señora Collins —dijo lentamente.

—No tengo el placer de entenderle, doctor Trent —respondió Charlotte, frunciendo el ceño.

Mirando al suelo, el doctor suspiró.

—Dios mío, esto no se hace más fácil —Se quitó las gafas, las limpió con su pañuelo, miró a Charlotte y apartó la mirada.

De repente, ella se dio cuenta de que el doctor Trent era un hombre bastante atractivo. No era particularmente alto, pero era delgado y bien formado, y su cabello castaño claro y su rostro cuadrado eran bastante agradables a la vista, especialmente cuando se quitaba las gafas y revelaba un par de ojos extraordinarios, de color verde hierba. Debe tener unos treinta y cinco años más o menos, pensó Charlotte, y se preguntó por qué un hombre tan guapo y bien plantado no se había casado. Y luego se despreció a sí misma por pensar tales cosas cuando su amiga yacía herida y necesitaba de ella.

—Dígalo de una vez, doctor, ¡no tengo tiempo para esto!

—Creo que la señorita Bennet fue herida *antes* de caer al arroyo, señora Collins —dijo sin rodeos—. La parte superior de su vestido estaba rasgada, más bien, hecha jirones. El coronel la había envuelto en su abrigo, y la he dejado así, pero parece mucho que fue agredida. Se están formando moretones en su... parte superior del cuerpo que se asemejan a marcas de dedos —se sonrojó, incapaz de decir las palabras *pecho* o *busto* a esta dama que admiraba tanto—. Su rostro también parece magullado de una manera que una caída no explicaría.

Durante medio minuto completo, Charlotte permaneció de pie, boquiabierta, incapaz de comprender la posibilidad de lo que acababa de escuchar. Y luego dijo:

—¡Dios mío, *Lizzy*! —y salió corriendo.

Charlotte envió a Maria a buscar más agua caliente, sin querer que viera el estado del vestido de Elizabeth. Levantó la vista para ver al doctor de pie en la puerta, observándola seriamente.

—¿Fue ella... fue ella... mancillada? —preguntó Charlotte con voz débil. Elizabeth estaba muy quieta. Tan pequeña y pálida. Maria solo le había quitado los zapatos y las medias, aún no había desenvuelto el abrigo alrededor del cuerpo de Lizzy.

—No pude comprobarlo, con su hermana en la habitación, señora Collins —dijo el doctor Trent con suavidad.

—Entonces será mejor que lo comprobemos ahora —Charlotte cerró los ojos momentáneamente, pero se obligó a levantarse y cerrar la puerta. Corrió el cerrojo y miró al doctor—. Elizabeth es mi amiga, doctor. Ella... pase lo que pase, haré todo lo que pueda por ella.

—La señorita Bennet tiene suerte de tenerla como amiga, señora Collins. Roguemos para que no esté más herida de lo que ya he comprobado.

—Yo miraré. Usted me aconsejará —decidió Charlotte—. Si ella no está... bueno, tanto si lo está como si no, no creo que ningún hombre deba verla así.

—Como desee, señora Collins. Le ruego que describa cualquier cosa que vea en el cuerpo de la señorita Bennet que parezca inusual, que no vea en usted misma, por ejemplo —El doctor Trent educadamente se dio la vuelta y miró fijamente la pared.

Charlotte se inclinó hacia Elizabeth, levantó la manta que Maria había colocado sobre sus piernas y levantó su falda.

—No veo sangre en sus piernas —dijo, después de un momento—. Habría sangre, ¿verdad?

—Asumiendo que la señorita Bennet era doncella antes... —El doctor Trent miró por encima de su hombro, y luego levantó las manos cuando Charlotte se volvió hacia él, con los ojos llenos de fuego—. ¡Sí! Sí, señora Collins, ciertamente habría sangre.

—Bueno, no veo ninguna —Charlotte se mordió el labio y dobló cuidadosamente el vestido para cubrir la ingle de Elizabeth, pero mostrar la longitud de sus piernas—. Ni moretones.

—¿Algún rasguño o raspadura? ¿Algo que pueda indicar violencia en sus piernas, caderas o estómago?

—Nada —dijo Charlotte después de un momento. Desenvolvió el abrigo enredado alrededor de la parte superior del cuerpo de Elizabeth y contuvo la respiración. La parte superior de su vestido estaba, como había dicho el doctor, hecha jirones. Se estaban formando moretones lívidos en sus pechos, su cuello y alrededor de su boca.

—¿Qué es... hay señales de, eh, emisiones masculinas? —preguntó el doctor Trent, pensando que era algo que no había advertido a Charlotte que buscara.

—¿Qué... ¡NO! Acabo de... los moretones en su pecho... ¡oh, Lizzy! —Charlotte estalló en lágrimas.

—Cálmese, señora Collins —El doctor Trent se dio la vuelta, echó una mirada comprensiva a las piernas de Lizzy y cubrió su cuerpo con la manta—. Señora Collins. Solo son moretones, sanarán. Estoy seguro de que se ha librado de lo peor, pero su amiga la necesita ahora.

—Se lo dije —sollozó Charlotte, volviéndose hacia él y enterrando su rostro en su hombro—. Se lo dije, caminando sola como lo hace, que algún día pasaría algo...

El doctor Trent permitió que sus brazos la rodearan, dándose un momento de dicha para estrecharla. Luego, tomó sus hombros con suavidad y la hizo mirarlo.

—Señora Collins, debe recomponerse. La señorita Bennet ha escapado de lo peor, estoy seguro de que no ha sido violada. Pero la necesita ahora. Aunque no creo que tenga fractura de cráneo, tiene algunos moretones feos que hay que minimizar. Despertó brevemente, pero habló de manera incoherente, así que sospecho que puede tener una conmoción cerebral. Deben aplicarse

paños fríos constantemente en ese bulto en su cabeza. Iré directamente a Rosings y le pediré a Lady Catherine que les envíe algo de hielo.

Su tono práctico y directo hizo que Charlotte se recompusiera. Asintió contra su hombro y dio un paso atrás.

—Me ocuparé de ella. También se ha enviado a buscar a su familia.

—¿Charlotte? —se oyó la voz de Maria fuera de la puerta—. Charlotte, tengo el agua caliente. ¿Puedo entrar?

—Encuentre un recado y mande a la señorita Lucas lejos —dijo el doctor Trent en voz baja—, quiere que la menor cantidad de personas posible vea el verdadero estado de la señorita Bennet. Y queme su vestido.

Charlotte respiró hondo y asintió, sacando un pañuelo de su bolsillo y secándose los ojos con brusquedad.

—Sí. Sí, tiene razón, doctor. Yo... mandaré a Maria... —vaciló con incertidumbre.

—La enviaré a ver a mi ama de llaves, con una lista de cosas para recoger. La señora Thomas la mantendrá ocupada por un rato. Iré a Rosings y volveré enseguida, señora Collins.

—Gracias —dijo ella, profundamente agradecida, y él abrió la puerta a Maria.

—¡Bien hecho, señorita Lucas, admirable trabajo! Ahora, tengo una tarea importante para usted... —su voz se apagó mientras se llevaba a Maria.

Charlotte tuvo que respirar profundamente varias veces más para recomponerse. Luego cerró la puerta con cerrojo otra vez y se inclinó sobre Elizabeth.

—¿Quién te hizo esto, mi querida amiga? —dijo suavemente, empezando a desabotonar rápidamente el vestido de Elizabeth—. Quienquiera que haya sido, ten por seguro que no quedará impune, ¡y tú, te juro que no sufrirás más de lo que esté en mi poder evitar! —Las lágrimas aún corrían por sus mejillas y goteaban sobre la figura inmóvil de Elizabeth, porque Charlotte sabía que aunque Elizabeth no parecía haber sido ultrajada, si esto se llegaba a saber, quedaría igualmente arruinada a los ojos de la sociedad educada.



Capítulo Cuatro

DARCY CAMINABA ENÉRGICAMENTE POR el sendero, con pensamientos sombríos. Solo el suave reproche de su primo de que sería de buena educación despedirse de los Collins y sus invitados le había hecho cambiarse la ropa mojada y salir de nuevo.

Elizabeth pensaba que carecía por completo de modales. Bien, rectificaría esa impresión tal como había rectificado las acusaciones de Wickham contra él en la carta.

La carta. Por Dios, ¿la habría leído siquiera? Apretó los puños y rechinó los dientes. Ella habría estado en su derecho de arrojársela a la cara. Se había comportado como un completo idiota la noche anterior, con el juicio nublado como siempre por el mero hecho de estar en su presencia.

—*Si se hubiera comportado de una manera más propia de un caballero*...

Se estremeció al recordar el tono gélido con el que ella pronunció esas palabras. —*Su arrogancia, su presunción, su desdeñoso egoísmo hacia los sentimientos de los demás*...

Aunque las acusaciones de Wickham contra él eran falsas —y aún no se arrepentía del todo de haber separado a Bingley de la señorita Bennet— las palabras de Elizabeth le habían herido en lo más profundo. Había sido una larga noche de insomnio, escrutando la oscuridad de su propia alma, y a Darcy no le había gustado mucho lo que había encontrado allí.

Había estado tan enojado con Lady Catherine por su descortés condescendencia hacia Elizabeth. Pero *él* se había comportado aún más vergonzosamente con la familia Bennet, y con menos motivo. ¡Al menos Lady Catherine realmente prestaba atención a Elizabeth! ¿Qué había hecho él sino mirarla por encima del hombro y burlarse, y reír a escondidas con Caroline Bingley en ocasiones? Se estremeció al pensarlo ahora; su comportamiento había sido nada menos que despreciable. No era de extrañar que Elizabeth lo odiara tanto.

No había forma posible de enmendarlo. Seguramente Elizabeth nunca querría volver a verlo. Al menos podía guardar para sí el conocimiento de que ella estaría a salvo de Wickham.

Si había leído la carta. *Tenía* que saber si había leído la carta, porque si no lo había hecho, estaría tan vulnerable al canalla como siempre, más aún si Wickham llegara a discernir lo preciosa que era Elizabeth para Darcy. Aceleró el paso.

Tenía que verla. Solo una vez más.

La puerta de la rectoría estaba completamente abierta. Perplejo, Darcy se detuvo en el umbral, mirando hacia el pasillo.

—¿Hola? —llamó, quitándose el sombrero—. ¿Señor Collins? ¿Señora Collins?

No hubo respuesta, y permaneció indeciso durante varios momentos, antes de darse cuenta de que sería el colmo de la grosería entrar en la casa sin invitación. Después de un minuto de vacilación, Darcy decidió que rodearía la casa, tal vez vería si había alguien en el jardín.

Había dado la vuelta completa a la casa y estaba de nuevo ante la puerta principal abierta, con el sombrero en las manos, cuando unos pasos rápidos en el camino detrás de él le hicieron girar la cabeza.

—¡Primo! Es muy extraño, la puerta está abierta pero no hay nadie en casa... vaya, Richard, ¿qué sucede? —Vio la expresión grave de su primo cuando el otro hombre se quitó el sombrero.

—Entra, Darcy.

—Pero... —Darcy miró alrededor del pasillo.

—Solo entra. —Una mano firme en su codo lo impulsó al interior de la casa, y, desconcertado, Darcy dejó que Fitzwilliam lo guiara hasta el salón.

—¿Qué está pasando? —exigió cuando el coronel cerró la puerta.

Fitzwilliam miró alrededor, pero no vio ninguna garrafa de brandy. Respiró hondo. —Será mejor que te sientes. Tengo noticias angustiantes que comunicarte.

—¡Suéltalo de una vez, hombre, por el amor de Dios! —ladró Darcy impacientemente.

—Darcy, la señorita Bennet ha sufrido un accidente. —Estaba atento a su reacción, vio a Darcy tambalearse y lo agarró del codo para guiarlo hacia una silla—. Te *dije* que te sentaras, necio.

—Elizabeth —susurró Darcy, y la mirada que dirigió a su primo era de agonía—. ¿Está... está...? —no podía soportar decir la palabra.

—Vive, pero está gravemente herida. Acabo de regresar de enviar mensajes urgentes a su familia, convocándolos a su lado. La encontré, Darcy, caída en un arroyo a lo largo de uno de los senderos, sangrando por una fea herida en la cabeza.

Darcy se había puesto muy pálido alrededor de los labios. Levantó los dedos a sus ojos, presionando sus párpados cerrados por un momento. —¿Qué... qué se ha hecho?

—La traje aquí para que la señora Collins la atendiera y llamé al doctor. Supongo que el Dr. Trent está con ella ahora.

—Esto es mi culpa —dijo Darcy con desesperación.

—No seas ridículo, ¿cómo podría ser posiblemente tu culpa? —se burló Fitzwilliam.

—Debe haber estado distraída después de verme... —*Tal vez estaba leyendo la carta*, pensó Darcy, pero no habló de la carta en voz alta. Hacerlo comprometería irrevocablemente a Elizabeth a los ojos de Fitzwilliam, y exigiría que Darcy se casara con ella. Elizabeth se vería en una situación insostenible, y él no le haría eso.

El coronel Fitzwilliam sacudió la cabeza con impaciencia, y en ese momento Maria Lucas entró apresuradamente en la casa, con una cesta en las manos.

—¡Señorita Lucas! —la saludó cuando pasaba por la puerta del salón.

—¡Oh! ¡Coronel... y señor Darcy! —Maria se sobresaltó al verlos a ambos allí, e hizo una rápida reverencia.

—¿Tiene noticias de la señorita Bennet? —preguntó Fitzwilliam.

—Aún no, señor, no la he visto desde que el doctor subió a Rosings a buscar hielo. Aquí tengo ungüentos y medicina que me envió para...

—Rápido, entonces, suba, y le ruego que nos informe si hay alguna novedad —solicitó Fitzwilliam, y Maria asintió nerviosamente.

—¡Bajaré directamente para informarles sobre su estado, señor! —prometió, apresurándose hacia las escaleras.

Darcy dejó caer la cabeza entre sus manos, y Fitzwilliam se volvió para verlo tirándose del cabello. Dudando solo un momento, cruzó rápidamente hacia su primo y puso una mano sobre el hombro de Darcy.

—Se pondrá bien, Darcy, estoy seguro de ello. La señora Collins es una mujer competente y capaz que sin duda cuidará devotamente de su amiga, ¡y bien sabes lo buen médico que es Trent! ¡Le pagas un muy buen salario para asegurarte de que se quede aquí cerca de Anne, como ambos sabemos!

—¿Qué haré si muere? —dijo Darcy con voz quebrada entre sus manos.

—Nada de eso ahora —dijo Fitzwilliam animadamente, con el corazón roto por el primo que también era su amigo más cercano—. La señorita Bennet estará perfectamente bien y muy pronto volverá a recorrer los senderos como es su costumbre, no lo dudo. Vamos, Darcy, anímate. Es posible que la señora Collins nos necesite y no le harás ningún bien a la señorita Bennet si te quedas aquí y caes en una depresión por ella, por mucho que la ames.

—Soy muy obvio, ¿no es así? —Darcy suspiró y miró a su primo.

—Me temo que sí. Pero debo felicitarte por tu excelente gusto —dijo el coronel con expresión seria—. Será una excelente Señora de Pemberley.

La boca de Darcy se tensó, y estaba a punto de decirle a Fitzwilliam que eso nunca podría ser, por mucho que lo deseara, que su propio comportamiento egoísta y grosero había puesto a Elizabeth en su contra para siempre, cuando unos pasos ligeros se escucharon bajando las escaleras y la señora Collins entró en la sala.



Capítulo Cinco

—¡CHARLOTTE! —MARIA ARAÑÓ LA puerta de la alcoba.

—¡Un momento! —llamó Charlotte, revisando apresuradamente a Elizabeth una vez más. Había vestido a su amiga con un camisón abrigado que se abotonaba justo debajo de la barbilla y la había envuelto en mantas. Los moretones alrededor de su boca no podían ocultarse, pero seguramente podrían atribuirse a su caída tan fácilmente como el corte en su cabeza, que aún sangraba lentamente bajo el paño húmedo que Charlotte había colocado sobre él.

—¿Sí, Maria? —Charlotte abrió la puerta de la habitación, asintiendo cuando Maria le extendió la cesta—. ¡Gracias, querida! —Ya había quemado el vestido de Elizabeth en el fuego; había servido para calentar la habitación bastante bien—. Ah, bien, este es el ungüento para su cabeza, detendrá el sangrado, aunque el Doctor Trent me aconsejó esperar hasta que regresara para aplicarlo.

—¡Pobre Lizzy! —Maria se acercó ansiosamente a la cama—. ¡Y ambos caballeros tan preocupados por ella!

—¿*Ambos* caballeros? —preguntó Charlotte.

—Sí, el coronel y el señor Darcy están abajo en la sala, el Coronel Fitzwilliam me pidió que bajara inmediatamente con un informe sobre cómo está Lizzy; ¿qué debo decir, Charlotte? ¡Oh, se ve terriblemente pálida! —Maria se retorció las manos.

Charlotte se quedó de pie frunciendo el ceño, perpleja. No sabía qué pensar. Estaba bastante segura de que el Coronel Fitzwilliam no había sido quien agredió a Elizabeth —después de todo, él la había traído de vuelta a la Rectoría y evidentemente había estado muy preocupado por su bienestar— pero Charlotte había sospechado durante mucho tiempo que el señor Darcy tenía un *tendre* por Lizzy.

¿Podría ser posible? ¿Podrían haber discutido? ¿Podría Lizzy haberlo provocado de alguna manera? Conociendo la tendencia de su amiga a hablar sin reservas, Charlotte podía creerlo, pero seguramente el señor Darcy no habría... no, no, seguramente no.

Aunque... ¿y si Charlotte no se equivocaba en su aprecio, sino en lo que planeaba *hacer* al respecto? Sabían, después de todo, que el Señor de Pemberley estaba tan por encima de una Elizabeth Bennet como ella lo estaba de un simple deshollinador. ¿Y si Darcy no le hubiera propuesto *matrimonio* a Lizzy, sino un arreglo menos honorable? Lizzy bien podría haber perdido los estribos y gritado como una verdulera, Charlotte sabía que era capaz de ello, y Darcy podría haberse enfurecido, inflamado más allá de la razón...

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. El señor Darcy no era capaz de semejante acto atroz. Estaba segura de ello.

—Bajaré a hablar con ellos, Maria —dijo—. ¿Te quedarás con Lizzy? Está descansando tranquilamente, y estoy segura de que el Doctor Trent volverá en cualquier momento. También debo averiguar dónde ha ido el señor Collins, no puedo imaginar dónde podría estar.

Maria tragó saliva nerviosamente, pero asintió. —Me quedaré con ella —dijo valientemente, tomando asiento junto a la cama y la mano de Elizabeth entre las suyas. Charlotte apoyó una mano reconfortante en su hombro por un momento antes de marcharse.

—¡Señora Collins! —ambos hombres se volvieron hacia ella cuando entró en la sala, y ella miró de uno a otro. Darcy estaba muy pálido, no pudo evitar notar, sus manos temblaban mientras se aferraba a la repisa de la chimenea.

—Señora Collins, ¿cómo está la señorita Bennet? Le ruego, ¡no nos mantenga en suspenso! —dijo con voz ronca, y ella le dio un pequeño asentimiento tranquilizador.

—Creo que estará bien, señor. Está cómoda por ahora, y esperamos el regreso del Doctor Trent para tratar la herida en su cabeza. Ha ido a Rosings a buscar hielo, que tengo entendido es muy beneficioso en casos como este, para evitar que la herida se hinche y ejerza presión sobre el cerebro.

—¿La señorita Bennet ha salido ya de su estupor? ¿Cree el doctor que lo hará pronto? —preguntó el Coronel Fitzwilliam.

—No lo ha hecho, y él no lo mencionó, señor. Espero que sea pronto.

El coronel frunció el ceño para sí mismo, quedándose en silencio.

Darcy soltó la repisa de la chimenea, dio unos pasos de un lado a otro, claramente angustiado. —¡Pobre señorita Bennet! Por favor, señora Collins, ¿hay algo que podamos hacer? Cualquier cosa

que esté en mi poder, solo tiene que mencionarlo... puedo ir a la ciudad, traer otro médico, más medicinas... ¡cualquier cosa, con tal de que Elizabeth se recupere!

Estaba tan angustiado que Charlotte le perdonó el desliz respecto al nombre de Elizabeth, aunque vio que los ojos del Coronel se desviaron hacia su primo. Tranquilizada de que el señor Darcy no podía ser posiblemente el agresor de Elizabeth, le sonrió suavemente.

—Todo lo que se puede hacer, se está haciendo, señor Darcy. Su oferta le honra y me aseguraré de que la familia de Lizzy esté al tanto de ella.

—Pobre señorita Bennet; ¡que le ocurra algo así! Pensé que era mejor traerla aquí que a Rosings, señora Collins, por temor a que Lady Catherine no la cuidara en la casa y pudiera insistir en trasladarla, aunque fuera perjudicial para su recuperación. —Fitzwilliam sacudió la cabeza tristemente. Conocía demasiado bien a Lady Catherine, sabía que su tía habría estado insistiendo estridentemente en que Elizabeth estaba fingiendo su lesión para estar bajo el mismo techo que Darcy. Los ojos agudos de la anciana no habían pasado por alto cuán a menudo los ojos de Darcy se posaban en el bonito rostro de la señorita Bennet, de eso Fitzwilliam estaba seguro.

Charlotte miró al coronel con curiosidad. *¿Por qué actuaría así Lady Catherine?* se preguntó. ¿Cómo podría *ella* conocer la naturaleza de la lesión de Elizabeth? Si lo *supiera*, ciertamente estaría declarando que Elizabeth era una mujer caída y exigiendo que la sacaran de la casa de inmediato, pero... solo Charlotte y el Doctor Trent sabían lo que le había sucedido a Elizabeth, y Charlotte estaba muy segura de que el doctor no hablaría de ello, y ciertamente no con Lady Catherine.

Por supuesto, había *otra* persona que sabía lo que había sucedido. El agresor de Elizabeth.

Charlotte respiró lentamente, sus ojos aún fijos en el Coronel Fitzwilliam. —Es bueno que haya traído a Elizabeth aquí —dijo finalmente—. Ella es mi amiga más querida, y hasta que llegue su familia, prometo que no puede haber nadie más dedicado a asegurar su recuperación que yo misma.

—No puede imaginar cuán contento estoy de oír eso, señora Collins —dijo Darcy con voz un poco ronca, y para sorpresa de Charlotte, le tomó la mano y la besó. Ella se sonrojó un poco, aturdida.

—Vamos, Darcy —dijo entonces Fitzwilliam—. El mayor servicio que podemos hacer por la señorita Bennet en este momento es dejar que la señora Collins la cuide, creo. Le ruego que nos avise si hay algo, cualquier cosa, que podamos hacer para ayudarla, señora, pues estamos enteramente a su disposición —hizo una reverencia a Charlotte.

—¡En efecto, no me iré de Rosings hasta que esté seguro de la recuperación de la señorita Bennet! —juró Darcy vehementemente, y Charlotte le sonrió ligeramente de nuevo.

—Es usted demasiado bueno, señor.

—Y le ruego, si no es demasiada molestia... ¿puedo venir cada día a pedir noticias? No quisiera ni por un momento apartarla del lado de la señorita Bennet, pero...

—Me aseguraré de que mi esposo o mi hermana estén disponibles para hablar con usted, señor —dijo Charlotte amablemente.

—Se lo agradezco —Darcy se quedó mirando anhelante hacia las escaleras por un momento, hasta que Fitzwilliam le dio un codazo en la espalda.

—Vamos, Darcy. Retirémonos.

Se despidieron con gran cortesía y, sacudiendo la cabeza, aún confundida por sus pensamientos, Charlotte se apresuró a subir las escaleras, ansiosa por volver al lado de Elizabeth.

—Quizás podríamos contratar a una enfermera para ayudar a la señora Collins —dijo Darcy mientras caminaban de vuelta por el sendero hacia Rosings.

—Dudo que sea necesario; la señorita Lucas está allí para ayudar también, y sin duda pronto tendrán la casa llena. Envié mensajes urgentes al padre de la señorita Bennet y a su hermana en Londres, a petición de la señora Collins.

Darcy palideció, pensando en Jane Bennet y en la ira de Elizabeth hacia él por causa de su hermana. —No sé cómo voy a enfrentarme a la señorita Bennet —dijo con culpabilidad.

Fitzwilliam lo miró con curiosidad, pero no dijo nada mientras seguían caminando.



Capítulo Seis

MIENTRAS TANTO, EL SEÑOR Collins no había permanecido ocioso. Había debatido brevemente seguir a Elizabeth hacia la tormenta, pero unas gotas de lluvia sobre su cabeza enfriaron rápidamente su ardor. En su lugar, volvió a entrar en la casa y se quedó en la sala respirando pesadamente por un momento, antes de divisar en el suelo la carta que le había hecho perder la cabeza. Agachándose con dificultad para recogerla, la sopesó en su mano por un instante, debatiendo si leerla o no.

—¡No debería recibir cartas de caballeros! ¡Desvergonzada descarada! —murmuró sombríamente para sí mismo, deslizando un dedo bajo el sello ya roto. Al abrirlo, vio escrito al final de la página:

Que Dios le bendiga, Fitzwilliam Darcy.

—¡Uf! —El señor Collins cerró la carta de nuevo, pensando en arrojarla al fuego. Pero no. No, la señorita Bennet no era la única cuyo vergonzoso comportamiento exponía la carta. Las acciones del señor Darcy eran despreciables; ¡coquetear así con Elizabeth bajo las narices de su prometida! ¡Pobre señorita De Bourgh! ¡Su madre estaría *horrorizada*!

Sí... Lady Catherine. Lady Catherine debía ser informada de este impactante giro de los acontecimientos lo antes posible. *Ella* sabría qué hacer. Lady Catherine *siempre* sabía cómo actuar.

Aún llovía, sin embargo. Pero asomándose por la ventana, podía ver cielo azul en la distancia. La lluvia pararía pronto. Esperaría un poco más antes de partir. De hecho, tal vez Elizabeth reconsideraría, volvería y aceptaría su *muy generosa* oferta. Estaba irremediablemente comprometida ahora que él había descubierto su secreto, después de todo...



—¿El señor Collins está aquí? ¿Ahora? ¡Pero si no lo he convocado! —dijo Lady Catherine, bastante asombrada, cuando su mayordomo anunció la llegada del párroco.

Anne, sentada cerca del fuego, observó con curiosidad cómo su madre parecía dudar por un momento antes de hacer un gesto imperioso con la mano.

—Muy bien, muy bien, estoy convencida de que el hombre no es tan insensato como para imponerse sin invitación por algo menos que un asunto urgente. Hazlo pasar.

Un momento después, el obsequioso párroco estaba haciendo reverencias y zalamerías ante Lady Catherine. Inadvertida junto al fuego, Anne observó con repugnancia cómo su madre aceptaba el servilismo como si no fuera más que su derecho. La señora Jenkinson había ido a visitar a su hermana y Anne no deseaba estar sola; incluso la compañía de su madre era mejor que ninguna hoy, había pensado. Y esta visita improvisada prometía ser entretenida, como mínimo.

—Perdóneme, Lady Catherine, por mi visita inesperada, pero hay un asunto de suma importancia que debo poner en conocimiento de su señoría —se arrastró el señor Collins.

Era bastante notable, pensó Anne, cómo para ser un hombre alto el señor Collins podía contorsionarse para parecer tan pequeño. En su actitud actual, guardaba un parecido distintivo con un sapo. Reprimió una risita poco femenina, para evitar que su madre recordara su presencia y la enviara fuera de la habitación antes de que pudiera escuchar algún chisme interesante.

—Le ruego que me ilumine, señor Collins, ¿qué asunto urgente le ha hecho considerar apropiado perturbar mi mañana? —dijo Lady Catherine con frialdad.

¿Perturbar qué? pensó Anne. Lady Catherine no había estado haciendo nada de importancia, simplemente hojeando sin interés una revista femenina recién entregada y haciendo comentarios despectivos sobre cómo las *verdaderas* damas no perderían su tiempo con semejantes tonterías. Anne quería preguntar por qué Lady Catherine continuaba su suscripción, pero no se atrevía del todo.

El señor Collins seguía arrastrándose, divagando sobre nada en su forma verbosa y sin sentido, hasta que finalmente produjo una carta y se la ofreció a Lady Catherine.

—¿Y qué es esto? —dijo Lady Catherine con frialdad, mirando la dirección—. ¿Lee usted el correo de su prima, entonces, señor? Eso es bastante intrusivo de su parte...

Anne se mordió el labio. Nunca había recibido una carta que su madre no hubiera leído primero. Ni siquiera de Georgiana o de su tía Lady Matlock —por supuesto, esas eran las únicas dos corresponsales que tenía. Y qué podrían decirle posiblemente que pudiera ofender a su madre, Anne no podía imaginarlo. Aun así, sería agradable tener un *poco* de privacidad. Pero aparentemente, eso no era algo que se les permitiera a las jóvenes damas. ¡Pobre señorita Elizabeth, que el señor Collins insistiera en leer su correspondencia privada!

—Pero, su señoría —dijo el señor Collins ansiosamente—, le ruego, ¡mire el sello!

Lady Catherine frunció el ceño y dio vuelta a la carta.

Su boca se abrió, y quedó boquiabierta, pensó Anne, muy parecida a una carpa durante varios momentos. Y luego casi rasgó la carta en su prisa por desdoblarla y leerla.

Era una carta larga, varias páginas dobladas juntas. A Anne le habría encantado acercarse, para ver qué hacía que Lady Catherine se pusiera primero de color púrpura y luego blanca, y finalmente púrpura de nuevo, antes de tomar un profundo respiro y dirigirse a su párroco.

—Hizo bien en traerme esto, señor Collins —dijo finalmente—. Muy bien. ¿La leyó usted?

Había una nota en su voz que Anne nunca había escuchado antes. No la entendía, pero sí reconoció la mirada de triunfo que ahora inundaba las facciones de su madre.

—¡No lo hice, su señoría! Solo... desdoble la última página y vi la firma...

—No hablará de esto con nadie. Nadie, ¿entiende? —Lady Catherine se puso de pie y cruzó la habitación con pasos rápidos, arrojando la carta al fuego—. Nadie debe saber jamás que mi sobrino ha estado carteándose con la señorita Bennet.

—Por supuesto, su señoría —se arrastró Collins.

Anne estaba lo suficientemente cerca del fuego para ver la escritura en el papel mientras se quemaba. Para reconocerla como la letra firme y apretada de Darcy, no el garabato suelto de Fitzwilliam.

Parecía que sus sospechas eran correctas. Anne sonrió levemente para sí misma. Uno aprende mucho si simplemente se sienta en silencio y observa. Darcy había estado muy agitado cada vez que estaba en compañía de la señorita Elizabeth Bennet, y muy distraído cuando ella estaba ausente. El hombre estaba profunda y completamente enamorado.

Y Lady Catherine y el señor Collins estaban empeñados en arruinarlo *todo*.

—Lady Catherine, ¡no puedo expresarle cuán profundamente lamento haber traído a la señorita Bennet a su augusta presencia! —exclamó el señor Collins—. Nunca debí permitir que la señora Collins la invitara, sospeché cuando la conocí en Hertfordshire lo que era, pues ¿qué mujer decente rechazaría una propuesta como la mía? Ha lanzado sus encantos a su sobrino, la

desvergonzada descarada, y ciertamente no se puede culpar al señor Darcy por caer víctima de sus artimañas, pues tales son las artes de las mujeres licenciosas...

—¡En efecto, señor Collins! —Lady Catherine lo interrumpió en medio de su diatriba—. ¡Su prima trae vergüenza a su familia, y la traerá a la suya también si no actúa con rapidez! Debe sacarla de su casa *hoy mismo*. Al anochecer, como máximo, ¡o su reputación como clérigo quedará irremediablemente dañada!

—¡Por supuesto, Lady Catherine! ¡Tiene usted toda la razón, Lady Catherine, como siempre!

Anne cerró los ojos horrorizada. *Pobre señorita Bennet*. Aunque sentía mucha curiosidad por saber de qué trataba la carta. *Deshonroso, Darcy*, pensó dirigiéndose a su primo, negando con la cabeza. A menos que la pareja ya estuviera comprometida en secreto, y Darcy solo estuviera esperando a que la señorita Bennet se fuera, para tener a su amada a salvo de la ira de Lady Catherine, antes de dar la noticia.

Debe ser eso, decidió Anne. Seguramente Darcy nunca pondría en peligro la reputación de Elizabeth a menos que ya tuvieran un entendimiento. Bueno, haría todo lo posible por interceptarlo y advertirle antes de que Lady Catherine lo acosara. No había nada que pudiera hacer por Elizabeth en este momento, salvo buscar a Darcy y confiar en que él arreglaría las cosas. Estaba a punto de levantarse cuando el mayordomo entró y tosió educadamente.

—El doctor Trent para verla, su señoría.

—Puede esperar... —Lady Catherine estaba en medio de una diatriba venenosa contra Elizabeth Bennet y todas "¡las desvergonzadas de su calaña!", y no le apetecía que la interrumpieran.

El mayordomo tosió. —Le ruego me disculpe, su señoría, pero es un asunto urgente.

—Oh, está bien —dijo Lady Catherine con petulancia, pensando que tendría mucho tiempo en los próximos días para despotricar contra Elizabeth ante el complaciente oído del señor Collins —. ¡Vaya, señor Collins, y eche a esa desvergonzada inmediatamente!

—¡Sí, su señoría!

Anne no pensaba que el corpulento clérigo pudiera moverse tan rápido como lo hizo entonces, pues prácticamente salió disparado de la habitación. Estaba a punto de levantarse para seguirlo, para ir en busca de sus primos, cuando se le ocurrió que el doctor podría estar allí para verla a *ella*. Se quedó en su asiento, por el momento.

El doctor entró, vio a Anne enseguida junto al fuego y le dirigió una sonrisa tranquilizadora y un asentimiento. Ella le devolvió la sonrisa. Eran buenos amigos, ella y el doctor Trent, por necesidad. La salud de Anne era realmente frágil, y estaba bastante segura de que no habría

sobrevivido los últimos inviernos sin los excelentes esfuerzos y la atención constante y cuidadosa del buen doctor.

—Lady Catherine —Trent fue al grano rápidamente después de hacer una breve, aunque profundamente cortés, reverencia—. Su mayordomo y ama de llaves me han informado que usted debe dar su aprobación para que se utilice cualquier hielo de la nevera de Rosings, así que he tenido que venir a solicitárselo directamente. La señorita Elizabeth Bennet, a quien sé que usted conoce, ha sufrido una desagradable herida en la cabeza y necesita hielo para aliviarla.

—Ciertamente que no —dijo Lady Catherine fríamente.

El doctor Trent parpadeó. —¿Me permite?

—Ciertamente que no, doctor. No lo permitiré. De hecho, le prohíbo que la trate. Déjela desangrarse hasta morir.

—¡Madre! —exclamó Anne, verdaderamente conmocionada.

Obviamente sorprendido, el doctor Trent miró fijamente a la dama, quien le devolvió la mirada con la cabeza en alto.

—Su señoría, no puedo obedecer esa orden. El juramento hipocrático lo prohíbe, incluso si la caridad cristiana lo permitiera —dijo lentamente—. Le suplico que reconsidere.

—No lo haré. Salga de mi casa en este instante, y reconsiderará esa elección si desea permanecer en mi empleo. —Lady Catherine tiró bruscamente del cordón de la campana—. El doctor Trent se marcha —dijo con frialdad cuando entró el mayordomo.



Capítulo Siete

—¡AHÍ ESTÁ TRENT AHORA! —dijo Fitzwilliam a Darcy mientras se acercaban a la casa. El doctor bajaba rápidamente las escaleras, encajándose el sombrero en la cabeza.

—¡Doctor! —ambos se apresuraron hacia él.

—Les suplico, señores —dijo Trent rápidamente cuando llegaron a él—, deben persuadir a su tía para que reconsidere.

—¿Reconsiderar qué? —Darcy parpadeó.

—No concederá permiso para que se tome hielo de la nevera para socorrer a la señorita Bennet. Hice todo lo posible, pero no se dejó convencer. Está —enfurecido y desconcertado por la actitud de Lady Catherine, sacudió la cabeza, frustrado—. ¡No se podía razonar con ella! Exigió que ni siquiera tratara a la señorita Bennet, amenazó con despedirme...

—No puede hacer eso, ya que usted está bajo *mi* empleo, no el de ella —espetó Darcy, furioso —. ¡Yo me encargaré del hielo, doctor, no se preocupe! —Subió las escaleras de la entrada de tres en tres y entró.

—Coronel, se lo ruego, ¿qué está pasando? —preguntó Trent, completamente confundido—. ¿Por qué Lady Catherine desprecia tanto a la señorita Bennet?

Fitzwilliam resopló. —Mi primo Darcy admira a la señorita Bennet —admitió—, creo que mucho. Lady Catherine, por supuesto, pretende que se case con la señorita De Bourgh, y obviamente ha percibido de alguna manera el aprecio de Darcy. —Sacudió la cabeza—. Darcy está devastado porque la señorita Bennet haya sido herida de esta manera tan grave, doctor.

—Oh —asumiendo por sus palabras que Charlotte, en su angustia, debía haber dejado escapar que Elizabeth había sido agredida, Trent asintió—. Bueno, por supuesto. Dadas las circunstancias. Usted la encontró, ¿no es así, coronel? ¿Puede decirme exactamente cómo?

—Por supuesto, cualquier cosa para ayudar a la señorita Bennet. Iba camino a la rectoría desde Rosings, tomando el sendero a través del bosque de hayas, cuando la encontré. Estaba tendida en el arroyo, con la cabeza afortunadamente fuera del agua. Por las marcas en la orilla, deduje que había resbalado en el barro y caído.

—¿Había algún signo de lucha? ¿Vio a alguien más en su camino?

Fitzwilliam parpadeó. —No.

Trent se mordió el labio inferior. El coronel acababa de admitir que Darcy admiraba a la señorita Bennet. Seguramente *el señor Darcy* no podría haber... pero era mejor preguntar. —¿Vio al señor Darcy antes de salir de la casa?

El coronel Fitzwilliam no era tonto. Muy rápidamente sumó dos y dos y obtuvo cuatro. Después de todo, había visto el corpiño rasgado de la señorita Bennet, pero lo había atribuido a su caída por la orilla. Pero considerando las preguntas que el doctor acababa de hacer...

—¡Dios mío, hombre! ¿Está diciendo que fue *atacada*? —Conservó la suficiente presencia de ánimo para mantener la voz baja.

Tal conmoción no podía ser fingida. Trent asintió lentamente. —Me temo que sí. Había moretones en su, eh, parte superior del cuerpo —gesticuló vagamente hacia su pecho—. La señora Collins la examinó y *no* tememos que haya ocurrido lo peor. Aun así...

Fitzwilliam estaba recordando, con horror, que Darcy había entrado empapado por la tormenta justo cuando él estaba saliendo. Lo que significaba que Darcy bien podría haberse encontrado con la señorita Bennet en algún lugar ahí fuera, antes de que Fitzwilliam la encontrara.

De mala gana, recordó la mirada de culpabilidad en el rostro de Darcy cuando dijo que no sabía cómo iba a enfrentar a la señorita Bennet mayor a su llegada. En su preocupación por Elizabeth, Fitzwilliam no había pensado en ese momento en su significado. Lo hizo ahora.

¡Seguramente no! ¡Nunca!

Desechó el pensamiento indigno. Darcy nunca, *jamás* podría lastimar así a ninguna mujer, y menos aún a Elizabeth Bennet.

—Dr. Trent, esto es muy impactante —dijo—, y el culpable debe ser aprehendido. ¿Tiene alguna idea de quién podría ser?

Trent negó con la cabeza. —Me temo que tendremos que esperar a que la señorita Elizabeth despierte para que nos lo diga ella misma.

—Bueno, si puedo ser de algún servicio para usted... Soy investigador en el ejército, quizás lo sepa. Por favor, estoy a su disposición. —Vio, por el rabillo del ojo, a Darcy bajando a grandes

zancadas las escaleras de Rosings hacia ellos—. Por el amor de Dios, no mencione esto a Darcy —dijo Fitzwilliam con urgencia, manteniendo la voz baja—, ¿se lo ha dicho a Lady Catherine?

—No es asunto mío decírselo a nadie —dijo Trent rápidamente—, aunque me había estado preguntando si debería acercarme al magistrado local. Agradeceré su orientación y asistencia en el asunto, coronel.

—La tendrá —prometió el coronel inmediatamente—. Me consultaré con usted mañana, con suerte la señorita Elizabeth habrá despertado y podrá decirnos más. —Los dos hombres compartieron una mirada determinada.

—El asunto está resuelto, doctor —dijo Darcy imperiosamente, acercándose a ellos—. El ama de llaves va ahora a abrir la nevera, y el hielo será llevado directamente a la rectoría. También he instruido a la asistente del ama de llaves, la señora Soward, para que vaya y ayude en todo lo que pueda mientras la señora Collins está ocupada cuidando a la señorita Elizabeth.

—Gracias, señor Darcy —dijo Trent agradecido—, es muy amable de su parte. ¿Le preguntó, um, a Lady Catherine?

—No lo hice. —La boca de Darcy se tensó—. Hablaré con ella, sin embargo, sobre su actitud poco generosa, de hecho poco cristiana. Hasta que llegue su familia —concluyó—, nos corresponde a nosotros como sus amigos hacer todo lo que esté en nuestro poder para proporcionar alivio a la señorita Elizabeth.

—Bien dicho, señor —dijo Trent aprobadoramente, seguro ahora de que ninguno de los dos hombres tenía nada que ver con el ataque a Elizabeth Bennet—. Debo irme.

—En efecto, no lo retrasaremos —dijo Darcy rápidamente—, pero le pido que nos mantenga informados de cualquier novedad, y por favor envíenos a buscar de inmediato si hay alguna manera en la que podamos ayudar. Iremos a ver cómo se encuentra la señorita Bennet por la mañana.

El doctor asintió amablemente, estrechó las manos de ambos y partió a paso ligero. Darcy y Fitzwilliam se miraron por un momento.

—Bueno, supongo que nuestra partida se retrasará al menos unos días —dijo finalmente Fitzwilliam—. Será mejor que vaya a decirle a Hodges que desempaque de nuevo.

—En efecto, y debo escribirle a Georgiana. Aunque no le diré por qué nos hemos retrasado; se angustiaría al enterarse de la lesión de la señorita Elizabeth —Darcy desvió la mirada ante las expresiones inquisitivas de Fitzwilliam—. Yo, eh, puede que haya mencionado a la señorita Elizabeth algunas veces en mis cartas —murmuró tímidamente—. Georgiana se ha vuelto bastante curiosa sobre ella.

—Ya veo —dijo el coronel Fitzwilliam, y ciertamente veía bastante—. Bueno. ¡Y parece que debemos enfrentar a lady Catherine y preguntarle qué demonios la ha poseído para actuar de manera tan poco caritativa al negarse a ayudar a la señorita Bennet!

Darcy negó con la cabeza, su rostro tornándose en un ceño fruncido.

—Yo me encargaré de eso, Fitzwilliam, si tú vas y pides a Hodges y Burnett que desempaquen de nuevo.

Fitzwilliam se encogió de hombros; si Darcy estaba lo suficientemente decidido como para enfrentarse al dragón en su guarida, ¡ciertamente él no estaba inclinado a discutir el asunto! Se dirigió hacia las escaleras mientras Darcy marchaba hacia el salón.



Capítulo Ocho

AÚN CONMOCIONADA POR LAS terribles palabras de Lady Catherine al Dr. Trent, Anne permanecía paralizada junto al fuego, mirando fijamente a su madre mientras Lady Catherine iba y venía, murmurando entre dientes, con un destello de júbilo en los ojos.

—Madre —intentó intervenir.

—¡Calla, Anne! Lo tenemos ahora. Oh, sí, lo tenemos —Lady Catherine se frotó las manos con regocijo. Parecía completamente loca, pensó Anne horrorizada, como un villano shakespeariano sobre el escenario.

—¿A *quién* tenemos? Madre, esto no me gusta...

—¡Te he dicho que te calles! —espetó Lady Catherine, girándose para señalarla con el dedo, y Anne se encogió, reprochándose mentalmente su timidez, pero incapaz de evitarlo—. Yo sé lo que es mejor. ¡Yo, tu madre! Harás lo que yo diga. Y Darcy también —Se rio entre dientes—. ¡Vaya que sí lo hará!

Completamente confundida, Anne solo pudo sentarse en un silencio miserable hasta que la puerta se abrió de golpe y Darcy entró a zancadas. Se puso de pie, abriendo la boca para dirigirse a su primo, pero Darcy ya estaba hablando, con tono severo.

—Lady Catherine, ¿qué significa esto? ¡El Dr. Trent me ha informado que usted ha negado ayuda a la señorita Bennet en su hora de necesidad!

—Ciertamente lo hice —respondió Lady Catherine con desdén—, y te digo, Darcy, que estoy profundamente avergonzada de ti. ¡Tu madre se revolcaría en su tumba si supiera de tu vergonzosa conducta!

Darcy primero palideció y luego se puso rojo.

—No se atreva a hablar de mi madre —dijo en voz baja y peligrosa—. A ella le habría agradado mucho Elizabeth.

—¡No te atrevas *tú* a pronunciar ese nombre en presencia de Anne nunca más! —ladró Lady Catherine, antes de bajar la voz, tornando su tono conciliador, dulce como la miel—. Vamos, Darcy. Ya has sembrado tu avena loca. Es hora de dejar a un lado a esa *mujer*, cumplir con tu deber hacia tu familia y casarte con Anne.

Darcy lanzó una mirada a Anne, quien negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Él no sonrió, solo asintió bruscamente.

—Es hora de que *usted* deje de lado esta ilusión de que Anne y yo nos casaremos algún día, tía Catherine. Ninguno de los dos lo desea. Nos tenemos afecto, pero...

—¡Pues eso es mucho más de lo que la mayoría tiene como base para el matrimonio! —le espetó Lady Catherine—. Te casarás con Anne, Darcy —Se acercó a él, con una sonrisa afilada—. Haré que se publiquen las amonestaciones a partir del próximo domingo. El señor Collins estará encantado de complacerme.

—¡No hará tal cosa, porque no me voy a casar con Anne! —la voz de Darcy se elevó.

—Oh, sí que lo harás —dijo Lady Catherine—. Debes hacerlo. ¿De qué otra manera salvarás la reputación de Georgiana?

Darcy se quedó helado.

—¿Cómo dice?

Los dos protagonistas estaban tan concentrados el uno en el otro que ninguno notó al coronel entrar en la habitación. Miró el cuadro, a Darcy y Lady Catherine mirándose fijamente en silencio, y luego miró a Anne con las cejas levantadas. Ella negó con la cabeza desesperadamente.

—Será mejor que se explique claramente, Lady Catherine —dijo Darcy bruscamente al fin.

—No solo has estado coqueteando con tu ramera bajo mis propias narices...

Darcy la interrumpió.

—¡No llamará a la señorita Bennet con tales nombres, Lady Catherine, o le irá muy mal! —La fulminó con la mirada. Ella no retrocedió ni un ápice, devolviéndole la mirada.

—¡También has demostrado ser un tutor totalmente inadecuado para Georgiana! ¡Tu juicio es espantoso, Darcy!

—¡Cómo se atreve! —ahora estaba gritando.

—Tranquilo, Darce. La tía Catherine está decepcionada, eso es todo... —Cuidadosamente, Fitzwilliam se acercó a su primo y puso una mano conciliadora sobre su hombro.

—Estoy decepcionada de ambos —Cruzó los brazos y sonrió—. Los *dos* mostraron un juicio muy pobre, en mi opinión.

—¿En disfrutar inocentemente de la compañía de una encantadora dama? No lo creo, señora —dijo Fitzwilliam con frialdad—. La señorita Bennet no merece su censura.

—Oh, *eso* no es a lo que me refiero —Su sonrisa era francamente malvada—. Hablo de su decisión de emplear a la señora Younge sin comprobar adecuadamente sus referencias. De permitir que Georgiana estableciera un hogar a la tierna edad de quince años, de ir a Ramsgate sin más que una acompañante pagada para vigilarla, y de educarla tan pobremente que no pensó nada malo en aceptar fugarse con el *hijo de un mayordomo*.

Darcy y Fitzwilliam estaban tan conmocionados que solo pudieron quedarse boquiabiertos.

Sintiendo la victoria, Lady Catherine continuó.

—Ambos son tutores inadecuados. ¡No puedo imaginar en qué estaba pensando tu padre, Darcy, al poner a dos jóvenes a cargo de mi sobrina! Yo lo arreglaré todo, créanme. Cuando tú y Anne estén casados y en Pemberley, Georgiana vendrá aquí, conmigo. Pronto le sacaré todas esas nociones absurdas del *amor* de su tonta cabeza.

Incapaces de hablar, completamente horrorizados por lo que estaban escuchando, ambos hombres se quedaron paralizados. Fue la voz de Anne la que rompió el silencio resonante.

—No harás tal cosa, madre —dijo con toda tranquilidad—, porque si vuelves siquiera a *pensar* en manchar el nombre de Georgiana, afirmaré que ya he sido testigo de cómo Darcy comprometía a Elizabeth. Y le diré a mi tío cómo en dos ocasiones has intentado poner a Darcy en una situación comprometedora conmigo, solo para ser frustrada cuando me negué a seguir tus órdenes. Serás el hazmerreír de la *alta sociedad*. Y no, no me importa que *mi* buen nombre pueda arruinarse. No deseo casarme nunca.

Sorprendidos, todos miraron a Anne. El coronel Fitzwilliam, más acostumbrado a las emboscadas que Darcy, fue el primero en recuperar el juicio y apoyar las declaraciones de Anne.

—Señora, no piense que encontrará un aliado en mi padre si busca apartar a Georgiana de la custodia de su hermano. Él está bien al tanto de la... *situación*... y apoya plenamente nuestras acciones en el asunto. Y si intenta chantajear a Darcy en este asunto amenazando con destruir la reputación de Georgiana, sepa una cosa —Se cernió sobre ella, mirándola directamente a los ojos —. Si lo hace, la veré *arruinada*. La haré encerrar en Bedlam. Y no piense que no puedo hacerlo, señora. Darcy y yo tenemos amigos en círculos *muy* altos.

Darcy había estado de pie, armando silenciosamente las piezas del rompecabezas en su mente, y finalmente habló.

—Solo hay una manera posible en la que usted podría haber obtenido esta información, Lady Catherine —dijo en un tono tranquilo, pero letal—. ¿Cómo consiguió ver mi carta?

—¿Carta? ¿Qué carta? —El coronel Fitzwilliam le dirigió una mirada confusa.

—Le escribí una carta a Elizabeth explicándole ciertas cosas, incluyendo mi animosidad hacia Wickham. Ella lo ha conocido, ¿sabes?, y ha sido embaucada para creer su versión de la historia...

—¿Se está prostituyendo con el hijo de un mayordomo y aún así quieres defenderla? ¿Compartiste la noticia del desastre de Georgiana con semejante persona? —Lady Catherine resopló con desdén.

—Lady Catherine, nunca en mi vida he golpeado a una mujer. Ese récord podría mancharse a menos que me diga, *ahora mismo*, cómo llegó a ver esa carta y dónde está ahora —Darcy apretó la mandíbula con rabia.

—La quemó —dijo Anne servicialmente, cuando Lady Catherine no parecía inclinada a hablar —. El señor Collins se la dio.

—¿Y cómo llegó *él* a poseerla? —Fitzwilliam miró a Darcy, quien solo pudo negar con la cabeza.

—Gracias, Anne. Lady Catherine, no me despido de usted. Después de sus acciones de hoy, no lo merece. Ven, Richard. Nos iremos hoy, en lugar de mañana: me atrevo a decir que nuestras maletas aún están mayormente empacadas. Discúlpame, Anne, pero no puedo pasar otra noche bajo un techo donde Lady Catherine cree tener autoridad. Nos alojaremos en la posada de Sevenoaks esta noche; deberíamos llegar allí para la hora de la cena y podremos ir a la casa parroquial mañana para ver cómo está la señorita Elizabeth y si podemos ofrecerle alguna ayuda.

—Como siempre, estoy a tu disposición, primo —dijo el coronel Fitzwilliam con sequedad, pero estaba totalmente de acuerdo con Darcy. Ambos se inclinaron sobre la mano de Anne y salieron de la habitación sin reconocer a Lady Catherine, quien frunció el ceño, enfurecida por ser contrariada, pero no se le ocurría nada que decir.

Al final, gritó a la puerta cuando se cerraba detrás de ellos:

—¡Estoy sumamente disgustada!

La puerta se abrió de nuevo, y Darcy la miró.

—Francamente, querida tía, me importa un bledo.



Capítulo Nueve

ALEJÁNDOSE APRESURADAMENTE DE ROSINGS, el señor Collins se encontraba en un dilema. Tenía que obedecer la directiva de Lady Catherine, por supuesto. Elizabeth debía marcharse de su casa lo antes posible. No la quería allí, de ninguna manera, ¡la desagradecida! Lo mejor sería confrontarla cuanto antes, ordenarle que se fuera de su casa inmediatamente.

El único problema era, ¿y si Elizabeth le dijera algo a Charlotte? Se retorció las manos ansiosamente, sintiendo un sudor frío en la nuca. Sin darse cuenta, sus pasos se ralentizaron y se desvió hacia un camino que tardaría casi el doble en llevarlo de vuelta a la rectoría. Necesitaba tiempo para pensar.

A su eventual regreso a la rectoría, el señor Collins se molestó mucho al encontrar la puerta principal completamente abierta y sin vigilancia. —¡¿Qué es esto?! —exclamó irritado, pero no había nadie allí para escucharlo. Quitándose el abrigo y el sombrero, revisó rápidamente el salón y su estudio; al encontrarlos desocupados, subió las escaleras y se encontró con Charlotte saliendo de la habitación de Elizabeth.

—¿Dónde está la señorita Bennet? —espetó, entrando en pánico instantáneamente ante la idea de que las dos damas hubieran estado hablando entre sí.

Charlotte negó con la cabeza. —¡Es terrible, esposo! La pobre Lizzy sufrió una caída durante su paseo, cayó al arroyo y se golpeó la cabeza.

La boca del señor Collins se abrió de par en par. Por un momento dichoso pensó que Charlotte iba a decirle que Elizabeth había muerto —entonces todos sus problemas se habrían acabado, y Lady Catherine estaría muy complacida, sin duda— pero ella continuó.

—Aún está inconsciente; el doctor Trent ha ido a Rosings a buscar hielo para su pobre cabeza, acaba de perdérselo, y Maria está en la casa de al lado ayudando a su ama de llaves a preparar un ungüento para sus heridas.

—Pero —dijo el señor Collins después de un momento tratando de reunir sus pensamientos dispersos—, ¡esto no puede ser! ¡Tiene que irse, de inmediato! ¡Lady Catherine lo ha ordenado!

Charlotte lo miró fijamente, entrecerrando los ojos. —Señor Collins, lo que Lady Catherine ordene no tiene nada que ver con esta situación. ¿No me ha escuchado? Elizabeth está gravemente herida. No puede ser trasladada.

Enojado y frustrado, el señor Collins realmente dio una patada en el suelo como un niño petulante. —¡Se ha comportado de manera vergonzosa; Lady Catherine ha decretado que no puede quedarse ni un momento más! ¡Debo insistir en que haga sus maletas de inmediato!

—¡No lo haré! —Charlotte cruzó los brazos y lo miró con furia—. ¡Esto es un comportamiento poco cristiano, señor Collins! ¡No puede exigir tal cosa!

—¡No la tendré bajo mi techo! —gritó el señor Collins—. ¡No puedo dormir en la misma casa que esa mujer por más tiempo!

—Señor Collins —dijo Charlotte con frialdad—, en ese caso, será mejor que haga su propia maleta. Si no es capaz de descansar en la misma casa que alguien de quien Lady Catherine desaprueba tan enérgicamente, entonces le recomiendo que encuentre otro lugar donde pasar la noche. Sin duda Lady Catherine podrá encontrarle una cama en Rosings.

Conmocionado y furioso cuando Charlotte le dio la espalda, el señor Collins se alejó enfurecido, entrando en su habitación y cerrando la puerta de un golpe.

Incrédula, Charlotte regresó al lado de Elizabeth, revisando el hielo envuelto en un paño sobre su frente. —Hombre tonto —murmuró entre dientes, sentándose y tomando la mano de Elizabeth entre las suyas. Después de unos largos momentos, Charlotte suspiró—. Te cuidaré, Lizzy —prometió finalmente—. Pase lo que pase.

Aproximadamente media hora después, hubo un golpe en la puerta. Charlotte se levantó fatigada y fue a ver quién era, esperando que fuera Maria quien regresaba. Necesitaba desesperadamente una taza de té, y la ayuda prometida de Rosings aún no había llegado.

Era el señor Collins. Charlotte suspiró de nuevo, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí, enfrentándolo en el rellano. —¿Qué sucede, señor Collins?

—Charlotte, querida —le dirigió una sonrisa untuosa, frotándose las manos—. Sé que, después de haber tenido tiempo para reflexionar, habrás llegado a comprender lo insostenible que es esta situación. Lady Catherine ha ordenado que la señorita Bennet se marche de nuestra casa antes del anochecer.

—Lady Catherine presumiblemente no estaba al tanto de las lesiones de Elizabeth cuando hizo tal demanda absurda —dijo Charlotte con firmeza.

—Charlotte, querida, no sabes lo que ha hecho. ¡Se ha deshonrado a sí misma! ¡Ha deshonrado el nombre de su familia! Oh, sabía que esos Bennet eran una mala influencia...

—¡Señor Collins, no se hace ningún honor con tales comentarios! —La voz de Charlotte resonó como un latigazo—. No sé si tal discurso proviene de su rencor después de que Elizabeth lo rechazara, ¡pero no toleraré nada de eso en mi casa!

Él se encogió por un momento, y luego se enderezó repentinamente. —¿Puedo recordarle, señora, que es *mi* casa? ¡Y en nuestros votos matrimoniales, usted prometió amarme, honrarme y *obedecerme*! ¡Ahora empacará las maletas de mi prima inmediatamente!

Charlotte lo miró fijamente durante un largo y silencioso momento. Y luego hizo una reverencia burlona. —Le ruego que me dé permiso ahora, entonces, señor Collins. Si debo empacar las maletas de Elizabeth, también debo empacar las mías. Porque si Elizabeth ya no será bienvenida en esta casa, entonces yo tampoco lo seré. Volveré a Hertfordshire a su lado.

Después de unos momentos de tenso silencio mientras se miraban fijamente, Charlotte asintió lentamente. —Que así sea.

—¡No! —gritó el señor Collins cuando Charlotte comenzó a darse la vuelta, alcanzando el pomo de la puerta—. Mi querida Charlotte, ¡te lo suplico! ¡No me dejes!

—¡Es su decisión, señor Collins! Debe cesar, *de inmediato*, de exigir que Elizabeth sea retirada de esta casa mientras está tan gravemente enferma. Su familia ha sido alertada por correo urgente, y sin duda estarán en camino tan pronto como sea posible; puede que incluso lleguen esta noche. ¡Puede presentar sus quejas sobre Elizabeth al señor Bennet cuando llegue! —Se dio la vuelta abruptamente y volvió a entrar en la habitación de Elizabeth, cerrando la puerta firmemente en su cara. No vio cuán pálido se había puesto su semblante ante sus palabras.

—Me matará —croó el señor Collins, tropezando al doblar la esquina y apoyándose contra la pared, cubriéndose el rostro con las manos—. *Oh Señor, ¿qué he hecho? ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué pusiste tal tentación en mi camino, en la forma perfectamente exuberante y sensual de mi prima, y luego la hiciste lo suficientemente orgullosa y tonta como para rechazarme?*

Había estado allí de pie un momento o dos, pensando enojado y culpando a todos menos a sí mismo, cuando oyó que la puerta de Elizabeth se abría de nuevo.

Charlotte había encontrado el hielo casi completamente derretido en la frente caliente de Elizabeth cuando regresó a su lado. —Bajaré corriendo a buscar más hielo —dijo suavemente, hablando a su amiga aunque sabía que Elizabeth no podía oírla—. Y una taza de té para mi pobre garganta. Estoy segura de que Maria ya debe haber regresado, le pediré que se siente contigo un

rato, mi querida Lizzy... —Recogió algunas cosas para llevar abajo, colocó la pantalla frente al fuego y salió de la habitación con pasos rápidos y decididos, sin darse cuenta de que su marido la observaba mientras bajaba las escaleras.

El señor Collins se quedó mirando fijamente la puerta de Elizabeth mientras los pasos de Charlotte se alejaban. —Qué conveniente sería si mi prima simplemente nunca despertara —murmuró en voz baja para sí mismo, antes de cruzar de puntillas el descansillo y abrir la puerta muy silenciosamente.

Durante un largo momento se quedó mirando a la hermosa joven en la cama, sus largas pestañas oscuras descansando serenamente sobre sus mejillas, rizos oscuros cayendo a su alrededor. Sus labios llenos y rojos, hinchados y magullados.

—Qué tonta has sido, Elizabeth —dijo suavemente—. Tú misma te lo has buscado, ¿sabes?, con tu excesivo orgullo, cuando me rechazaste. ¡Yo, que gozo de la gran condescendencia y patrocinio de Lady Catherine de Bourgh!

Y con eso, recogió una almohada que había caído al suelo, la puso sobre el rostro de Elizabeth y presionó con ambas manos.



Capítulo Diez

—OH, ¿DÓNDE ESTÁ CHARLOTTE, señor Collins? —la inocente voz de Maria en la puerta lo hizo saltar, y rápidamente acomodó la almohada detrás de la cabeza de Elizabeth, aparentando que solo estaba velando por su comodidad.

—Ha bajado por unos momentos, hermana —dijo él.

—Oh, ya veo. Estoy segura de que usted tiene cosas más importantes que hacer que acompañar a Elizabeth, señor Collins. ¿Me permitiría sentarme con ella?

—Tienes una comprensión tan fina para alguien tan joven, querida hermana —el señor Collins le hizo una reverencia y se marchó rápidamente.

Maria tomó el asiento junto a Lizzy y le levantó la mano, acariciando sus dedos suavemente.

—Querida Lizzy, no creo que sea apropiado que dejemos al señor Collins sentarse a solas contigo —murmuró—. No me atrevo a decirle nada a Charlotte, pero no me gusta nada la forma en que te mira... o me mira a mí.

Muy joven y bastante tonta, Maria se había asustado mucho con el accidente de Elizabeth. Ver a la chica mayor, a quien respetaba y admiraba enormemente, tan quieta y silenciosa, cuando Elizabeth siempre estaba tan vibrante y llena de vida, la había conmocionado más allá de lo imaginable. Estaba derramando unas silenciosas y asustadas lágrimas en su pañuelo cuando Charlotte regresó.

—Calla, Maria —la gentil mano de Charlotte en su hombro enderezó la espalda de Maria—. Está bien. Lizzy se pondrá bien pronto, por favor, no te angusties tanto. —No se sentía ni de lejos tan segura como aparentaba, pero su hermana necesitaba esa tranquilidad en ese momento—. Me quedaré con ella, pero por favor... estoy segura de que su familia pronto caerá sobre nosotros. ¿Puedo pedirte que revises la habitación que usó padre cuando estuvo aquí y te asegures de que esté lista para recibir invitados?

—¡Por supuesto! —Contenta de ser útil, Maria se puso de pie de un salto—. Y mi habitación también, Charlotte, porque estoy segura de que Jane vendrá. ¿Debo prepararme para compartirla con ella?

—Me temo que Jane querrá quedarse con Lizzy —dijo Charlotte con suavidad—, pero no sabemos quién vendrá de Longbourn.

Maria se mordió el labio.

—Espero que Kitty y Lydia no vengan —dijo muy rápidamente, sintiéndose desleal con sus amigas—. No creo que ninguna de las dos sea de mucha utilidad.

Charlotte miró a su hermana pequeña con orgullo.

—A diferencia de ti, querida Maria —dijo con ternura, besando la mejilla de Maria y abrazándola—. Tú has sido de muchísima utilidad.

Eso hizo que Maria se sonrojara antes de salir apresuradamente a cumplir el encargo de Charlotte. Charlotte sonrió antes de volver junto a Elizabeth, quitando el paño de su frente y envolviéndolo alrededor del hielo que había traído de la cocina.

—Querida Lizzy —murmuró suavemente. Con cuidado, tomó otro paño, lo humedeció con un poco de agua fresca y mojó los labios de su amiga, esperando que bebiera un poco, al menos. Desanimada cuando Elizabeth no lamió la humedad, no se dio por vencida, sino que lo intentó una y otra vez, olvidándose de su propio té hasta que se enfrió por completo. Al fin, fue recompensada cuando Elizabeth dejó escapar un leve suspiro y lamió el agua, abriendo brevemente los ojos.

—¡Lizzy! Lizzy, ¿puedes oírme? Soy Charlotte, oh Lizzy, ¡por favor, háblame!

Elizabeth abrió los ojos de nuevo, pero estaban desenfocados, inconscientes de su entorno. Los cerró, sin siquiera girar la cabeza hacia un lado, y no se movió de nuevo a pesar de las súplicas de Charlotte.

El Dr. Trent, cuando regresó un poco más tarde, se mostró alentador a pesar de todo, y lleno de elogios por los esfuerzos de Charlotte.

—Lo ha hecho magníficamente bien, señora Collins. Que esté siquiera ligeramente receptiva en esta etapa temprana es una señal maravillosa; es bastante común que se produzca un estupor durante veinticuatro horas o más después de haber sufrido una herida en la cabeza de esta magnitud. ¡Muy bien hecho, en efecto, señora!

Encantada con tan felices noticias, Charlotte redobló sus esfuerzos, cambiando a un té curativo en lugar de agua por recomendación del Dr. Trent. Fue recompensada cuando Elizabeth abrió los

ojos de nuevo, mirando alrededor, aunque no parecía ver a Charlotte ni al doctor sentado a su lado.

—¿Dónde estoy? —preguntó con una voz lenta muy diferente a su tono habitual.

—Lizzy, soy yo, Charlotte, estoy contigo —le dijo Charlotte—. ¿Lizzy? ¡Lizzy! —Pero su amiga había cerrado los ojos de nuevo.

—Tranquila, señora Collins —la calmó el Dr. Trent cuando las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Charlotte—. Evoluciona muy bien. Algo de confusión es inevitable. Espero que para mañana parezca bastante recuperada, aunque debe tener cuidado de evitar esfuerzos durante algún tiempo. —Con suavidad, tomó el paño húmedo de los dedos flácidos de Charlotte y lo dejó a un lado—. Por favor, siéntese. Debe descansar y alimentarse usted también. —Probó la taza de té intacta de Charlotte, la encontró completamente fría y negó con la cabeza—. Haré que la señorita Lucas le traiga más té y algo de comer.

—Por... por supuesto —Charlotte sacó su pañuelo del bolsillo del delantal y se secó los ojos—. No sé cómo agradecerle, Dr. Trent, ha sido usted maravilloso.

Él negó con la cabeza tímidamente, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, señora Collins. Una y otra vez he visto que unos cuidados devotos pueden lograr una cura que los médicos más hábiles del mundo no podrían conseguir. La señorita Bennet mejora gracias a *sus* esfuerzos.

Fue el turno de Charlotte de sonrojarse, y Trent salió apresuradamente de la habitación, reprendiéndose a sí mismo. ¡Era muy inapropiado que tuviera sentimientos tiernos hacia una mujer casada! Incluso si estaba casada con un completo cobarde. Encontró al señor Collins abajo, reprendiendo a la cocinera llorosa porque la cena no estaba lista para ser servida exactamente a las cinco en punto. La asistente del ama de llaves de Rosings, la señora Soward, finalmente había llegado, pero no hacía nada para ayudar a la cocinera, simplemente se quedaba de pie observando cómo su empleador regañaba a la pobre mujer.

—¡Señor Collins! —interrumpió Trent la diatriba—. ¿Podría hablar con usted un momento? ¡Sin duda su cena llegará a la mesa mucho más rápidamente si permite que su personal proceda a prepararla! —Asintió a la cocinera, que le dio una sonrisa llorosa, y lanzó una mirada dura a la señora Soward. La mujer dio un respingo y se apresuró a ocuparse rápidamente.

—¿Qué sucede, Dr. Trent? —dijo el señor Collins irritado, privado de una víctima para su enojo.

—En su estudio, si me lo permite, señor. —Trent hizo un gesto cortés. El señor Collins apretó los labios, pero se adelantó, dejando que Trent entrara detrás de él y cerrara la puerta. Trent

observó con cierto disgusto cómo Collins abría un panel oculto en la pared, sacaba una licorera y se servía una generosa copa de brandy.

—¿Trent? —Collins agitó la licorera en su dirección.

—Gracias, pero no. Deseaba discutir sobre el cuidado de la señorita Bennet...

—¿Cuándo podrá salir de esta casa? —lo interrumpió el señor Collins para preguntar.

Las cejas de Trent se elevaron casi hasta la línea del cabello.

—No tengo el placer de entenderle, señor Collins.

—La señorita Bennet se ha comportado de una manera totalmente impropia de una dama y no la tendré en esta casa ni un momento más de lo necesario. Lady Catherine insistió en que debe marcharse de bajo este techo antes del anochecer —el señor Collins hizo una pausa para mirar por la ventana el cielo que oscurecía rápidamente y frunció el ceño—. Mi señora esposa declaró que era imposible, ya que la señorita Bennet está herida, pero estoy bastante seguro de que esa desvergonzada no está tan malherida como todo eso. Así que le pregunto de nuevo, doctor, ¿cuándo podrá ser sacada de mi casa?

Completamente conmocionado, el doctor Trent tuvo que buscar a tientas una silla.

—¿Qué le pasa a usted, hombre? —exclamó cuando por fin recuperó el habla—. La señorita Bennet está *gravemente* herida; si el coronel Fitzwilliam no la hubiera encontrado cuando lo hizo, podría... probablemente *habría* muerto. Su actitud, y la de Lady Catherine de Bourgh, hacia una pobre joven que es una víctima inocente de... —hizo una pausa repentina, dándose cuenta de que el señor Collins no podía estar más al tanto de la verdadera naturaleza de las heridas de Elizabeth que su patrona— ...un terrible accidente, cuyo mayor pecado es ser tan encantadora y virtuosa que se gana la admiración de todos los que la conocen, es francamente repugnante. ¡Y usted, señor, se hace llamar hombre de Dios! —Asqueado, se levantó y se dirigió a la puerta, volviéndose solo para decir:

—Si no fuera un riesgo mayor mover a la señorita Bennet ahora que no hacerlo, ¡la llevaría a mi propia casa para su recuperación!

—¡A usted también lo ha embrujado! —gritó el señor Collins, totalmente fuera de razón.

El rostro del doctor Trent se sonrojó y apretó los puños.

—No todas las personas piensan solo en los motivos más repugnantes posibles, señor Collins —dijo fríamente—. Preferiría dormir afuera sobre el frío suelo, a la vista de todas las personas que pasaran por mi puerta, antes que arriesgar por un momento la más mínima mancha en la reputación de una dama. Es una vergüenza para usted y para su profesión que aparentemente *usted* no pueda sentir lo mismo. —La puerta se cerró de golpe tras él al salir.



Capítulo Once

LOS AYUDAS DE CÁMARA de Darcy y Fitzwilliam estaban bastante exasperados al descubrir que sus respectivos amos habían cambiado de opinión una vez más, pero siendo sirvientes eficientes, pronto tuvieron las maletas de sus empleadores listas para la partida. Los caballos fueron enganchados al carruaje de Darcy, los baúles cargados a bordo, y los dos caballeros montaron sus caballos de montar listos para partir.

Ninguno de ellos deseaba despedirse más de Lady Catherine, así que partieron sin fanfarria, recorriendo las cinco millas hasta el pueblo de Sevenoaks sin necesidad de pasar por la rectoría de Hunsford, dejando a los residentes de esa casa completamente ajenos a su partida.

Al llegar a la posada alrededor de las cinco de la tarde, encontraron al posadero bastante confundido en cuanto a por qué huéspedes tan importantes deseaban alojarse en su humilde establecimiento, pero muy ansioso por complacer. Las mejores habitaciones de la posada pronto fueron puestas a su disposición y una admirable comida de pastel de pichón, cerdo asado y quesos fue servida ante ellos en un salón privado.

Después de la comida, Fitzwilliam se puso de pie y se estiró.

—Será mejor que vaya a escribir algunas cartas, viejo amigo Darcy. Informaré al Mayor General que me retrasaré unos días. ¿Quieres que le escriba a Padre, para informarle que Lady Catherine probablemente estará insoportable por un tiempo ahora que finalmente le has dicho que no te casarás con Anne?

Darcy asintió, con los ojos fijos en el plato vacío frente a él.

—Gracias, Richard.

—Supongo que le escribirás a Georgie para informarle que no llegaremos a Londres como estaba planeado.

—Por supuesto.

—Entonces te veré por la mañana.

Al entrar en su habitación, Darcy miró a su alrededor. Su ayuda de cámara había dispuesto su escritorio, consciente de que probablemente tendría cartas que escribir, y ciertamente debería enviar una nota a Georgiana, así como a su acompañante la señora Annesley, y probablemente a su hombre de negocios en Londres. Sin embargo, al quedarse de pie mirando el papel dispuesto pulcramente y listo para él, no pudo evitar pensar en la última carta que escribió.

Una maldición escapó de sus labios, y giró sobre sus talones. Por la mañana sería suficiente. No podía enfrentarse a ese papel en blanco burlón y provocador esta noche. No podía soportar estar a solas con la vocecita en el fondo de su cabeza burlándose de él, diciéndole que era su culpa que Elizabeth hubiera resultado herida. Que debió haberse angustiado al leer su carta. Aunque todavía no podía entender cómo el señor Collins había entrado en posesión de ella. ¡Seguramente Elizabeth no se la habría dado!

Darcy pensó en ir a la sala común y pedir una pinta de cerveza, pero la habitación era ruidosa y estaba llena de humo, y no deseaba que la gente empezara a especular sobre él. En su lugar, salió al patio de la posada, respirando un poco del aire fresco de la noche. Todavía había luz, aunque apenas; el cielo se desvanecía en un profundo color lavanda mientras miraba hacia arriba.

El coche de correos entró justo entonces con un gran estrépito de cascos y ruedas, hombres gritando. Darcy se retiró a un lugar tranquilo junto a la puerta y se quedó quieto, observando el alboroto de gente corriendo, bolsas siendo descargadas, una joven dama bajando y dirigiéndose al posadero. Parecía de alguna manera familiar. Tal vez era solo su sombrero. Había visto uno en ese mismo tono de azul no hace mucho tiempo - la dama se giró para alejarse del coche que partía, y él vio su rostro.

Darcy se apresuró hacia adelante.

—¡Señorita Bennet!

Jane estaba hablando con el posadero, pidiendo indicaciones para llegar a Hunsford, cuando Darcy se acercó corriendo hacia ellos. Su boca se abrió de sorpresa.

—¡Señor Darcy!

—Señorita Bennet, sin duda está buscando llegar hasta su hermana... ¿vino en el correo... *sola*?

—Parecía un poco sorprendido, pero no completamente desaprobador.

Jane se encogió de hombros, mirándolo.

—Mis tíos estaban fuera cuando llegó el Expreso, no se les esperaba hasta la noche. No podía esperar, así que revisé el horario del coche de correos, reuní algunas cosas y tomé un coche de alquiler hasta el Bolt-in-Tun en Fleet Street. Pude conseguir un billete para el coche de las tres,

pero nadie pudo decirme exactamente qué tan lejos está Sevenoaks de Hunsford. ¿Está lejos? ¿Podré caminar la distancia?

—¡Ciertamente que no! —exclamó Darcy horrorizado—. Son casi cinco millas hasta la Rectoría, señorita Bennet; incluso su hermana dudaría en caminar tan lejos, y de noche ciertamente no debería intentarse. Por favor, permítame enviarla en mi carruaje. Estoy seguro de que el posadero puede proporcionar una doncella para que la acompañe, y el carruaje la traerá de vuelta después. Mi primo y yo tenemos la intención de visitar por la mañana...

—¿Sabe, entonces, sobre Elizabeth? —Jane tragó saliva, y él pudo ver que apenas contenía las lágrimas—. ¿Qué tan mal... qué tan mal está herida?

—He hablado con el médico que la atendió, y confía en que se recuperará —dijo Darcy amablemente, viendo su evidente angustia y temor por Elizabeth. Dolorosamente recordó la forma en que Elizabeth había corrido a Netherfield para cuidar a Jane cuando estaba enferma, el profundo y amoroso vínculo entre las dos hermanas. Respirando profundamente, ofreció su brazo a Jane.

—Ahora le ruego que entre, señorita Bennet, le conseguiré un salón privado y una doncella mientras preparan mi carruaje... y algo de comer, creo, debe estar hambrienta y pienso que la Rectoría aún estará en alboroto, tendría suerte de conseguir una comida esta noche...



Jane estaba bastante feliz de dejar que el señor Darcy se hiciera cargo. Nunca lo había escuchado hablar tantas palabras juntas antes, pero estaba siendo excesivamente amable y considerado. En cinco minutos se encontró sentada en un cómodo saloncito, con una doncella trayéndole té para beber y un delicioso tazón de sopa caliente con pan crujiente y una porción de mantequilla fresca.

Justo cuando Jane terminaba su comida, el señor Darcy volvió a entrar en la habitación y le hizo una reverencia.

—Señorita Bennet, mi carruaje está listo para llevarla a Hunsford. He dispuesto que la doncella Susan que le trajo la cena la acompañe allí, y por supuesto mi confiable cochero Jakes, y dos lacayos para garantizar su seguridad. Espero que encuentre a su hermana mejorada, y llamaré por la mañana con mi primo para ver cómo se encuentra.

Jane le sonrió con gran alivio.

—Oh, señor Darcy, ha sido usted *muy* amable. Le debo una gran deuda.

—Es lo menos que puedo hacer, señorita Bennet —dijo él, pareciendo avergonzado, y la escoltó hasta un carruaje muy elegante—. Debe cuidar prodigiosamente de la señorita Bennet y escoltarla a la rectoría de Hunsford tan rápido como pueda hacerlo de manera segura —instruyó a su cochero, mientras ayudaba a Jane a subir—. Luego regrese aquí con la señorita Susan. El coronel y yo iremos a Hunsford por la mañana: esté listo para partir a las... ¿nueve, creo, o un poco después? Entonces llegaremos allí alrededor de las diez, lo que debería dar tiempo a las señoritas Bennet y a la señora Collins para prepararse para el día —sonrió amablemente a Jane, asintió a la criada de la posada que estaba sentada en silencio en un rincón del carruaje y cerró la puerta.

Desconcertada por tal extraordinaria amabilidad por parte del señor Darcy, Jane se recostó contra el asiento casi pecaminosamente cómodo e intentó relajarse. Esperaba que su tía y su tío no estuvieran demasiado preocupados por ella: les había dejado una nota explicando claramente lo que tenía la intención de hacer. Sin duda, la seguirían mañana en el carruaje de su tío, pero Jane, al recibir el expreso justo después del mediodía, había decidido que no había un minuto que perder. Ni siquiera había hecho el equipaje: solo agarró su bolso y puso todo el dinero que tenía en él, agradeciendo en silencio que su padre hubiera sido tan generoso con su asignación y que ella se hubiera sentido demasiado afligida como para querer gastarlo.

Revisando el itinerario de las diligencias que su tío guardaba en su despacho, había encontrado una que partía hacia Sevenoaks a las tres de la tarde todos los días, desde una posada no muy lejos de Gracechurch Street. La última carta de Lizzy le había mencionado que iban al mercado en Sevenoaks un día, así que no podía estar muy lejos de Hunsford, razonó Jane: estaba completamente decidida. De una manera u otra, estaría con Elizabeth esa noche.

Jane escribió una nota para sus tíos y la dejó en el escritorio de su tío. Y luego se puso la pelliza y el sombrero, se ató sus botas más resistentes, recogió su bolso y le pidió al hombre de su tío que le llamara un coche de alquiler. Él era reacio a dejarla salir sola, pero ella afirmó que solo iba a unas pocas calles a visitar a una amiga y que había dejado una nota para su tía, así que finalmente accedió.

Y ahora, aquí estaba, en un lujoso carruaje propiedad del señor Darcy —¡*el señor Darcy*!— apresurándose a través de la oscuridad para llegar a Lizzy. Gracias a Dios que lo había encontrado: Jane no podría haber imaginado una manera más rápida de llegar a su hermana. Aún parecía estar tomando un tiempo interminablemente largo, a pesar de que podía notar que

viajaban rápido. Las lámparas del carruaje proyectaban poca luz hacia afuera, pero podía ver árboles y setos pasando velozmente, y oír el trueno de los cascos de los caballos.

Por fin, el carruaje redujo la velocidad, y Jane se asomó por la ventana, tratando de ver. Distinguió una casa; pero siguieron adelante y finalmente se detuvieron frente a la puerta de la siguiente casa a lo largo del camino.

La puerta se abrió y el lacayo bajó el estribo, luego extendió una mano enguantada.

—Rectoría de Hunsford, señorita Bennet.

—Gracias —dijo Jane, bajando con gracia.

—Su bolso, señorita —habló la criada de la posada, las primeras palabras que Jane le había oído hasta ahora.

—¡Oh, gracias! Susan, ¿verdad? —Jane buscó en su bolso y encontró seis peniques—. Tenga, le ruego que acepte esto, estoy muy agradecida de que me haya acompañado.

—Oh no, señorita, no podría, muchas gracias. El caballero ya me pagó generosamente —la chica puso sus manos detrás de su espalda y se negó obstinadamente, así que Jane suspiró y guardó su dinero.

—Bueno, supongo que es una cosa más por la que tendré que agradecer al señor Darcy —también agradeció al cochero y a los lacayos con gracia, y para entonces la puerta de la rectoría se había abierto y el señor Collins bajaba apresuradamente por el camino, sosteniendo una linterna en alto.

—¿Qué sucede? ¿Qué calamidad? ¿Lady Catherine se ha enfermado? —Se detuvo al ver a Jane —. ¡Señorita Bennet! ¿Qué hace *usted* aquí?

—Estoy aquí para atender a mi hermana, señor Collins; lamento abusar de su hospitalidad sin previo aviso —dijo Jane, haciéndole una pequeña reverencia, y luego, como él no parecía inclinado a escoltarla adentro, lo rodeó y caminó decididamente hacia la puerta.



Capítulo Doce

—¡JANE, GRACIAS A DIOS que has venido!

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas al ver a Charlotte bajando apresuradamente las escaleras; rodeó con sus brazos a su amiga y la abrazó fuertemente.

—Dime rápido, ¿cómo está Lizzy? —suplicó desesperadamente—. ¡He venido tan rápido como he podido!

—No me atrevía a esperar que llegaras tan pronto, Jane, es realmente maravilloso —Charlotte le apretó la mano—. Lizzy está un poco mejor. El médico acaba de irse hace unos minutos, ha sido maravilloso, pero estuvo despierto toda la noche anterior asistiendo el parto del bebé de la señora Gorman y no durmió nada, le hice ir a casa a comer y descansar...

Jane no le importaba, solo quería llegar hasta su Lizzy. Casi rasgando las cintas de su cofia en su prisa por quitársela, se la arrancó de la cabeza y corrió tras Charlotte, ignorando la voz quejumbrosa del señor Collins abajo, comentando que los invitados que llegan tarde son una señal de gran mala educación.

—Oh, Lizzy —susurró Jane cuando finalmente llegó a la presencia de su hermana. Elizabeth se veía tan pálida, tan pequeña y frágil. Hundiéndose para sentarse en la cama junto a ella, Jane tomó las manos de Elizabeth entre las suyas, frotándolas suavemente—. Estoy aquí ahora, Lizzy. Tu Jane está aquí. No te dejaré, ni de día ni de noche, hasta que estés bien de nuevo; solo quiero cuidarte con la amorosa devoción que me mostraste en Netherfield.

Con lágrimas corriendo por sus mejillas, besó las manos de Elizabeth y se acercó para acariciar su mejilla. —¿No despierta, Charlotte?

—Se ha despertado, pero no parecía reconocerme; sus ojos no me veían. El médico dijo que ha hecho muy bien en despertar tan rápido, y espera que mañana esté mejor.

Jane se acercó cuidadosamente para levantar el paño —el paño muy frío, descubrió— de la frente de Elizabeth, y contuvo un respiro horrorizada ante el color y el tamaño de la contusión debajo. —*Lizzy*, oh Dios mío. —Apretó los labios y se limpió las lágrimas de las mejillas—. ¿Has estado poniendo hielo en esto, Charlotte? ¿Tienes hielo fresco?

—Maria acaba de bajar a buscar un poco —asintió Charlotte, y en ese momento Maria rasguñó la puerta.

Pronto tuvieron preparada una nueva compresa de hielo; Charlotte envió a Maria a su habitación por un rato y fue a buscar té fresco.

—Gracias, Charlotte —dijo Jane suavemente mientras Charlotte le entregaba una taza—. No sé qué haríamos sin tu amabilidad.

Charlotte solo negó con la cabeza, preguntándose si debería decirle la verdad a Jane. Era una carga insoportable para ella llevarla sola, y seguramente alguien de la familia de Elizabeth debería saberlo. Charlotte no creía poder soportar hablar de ello con el señor Bennet, y cualquiera de las otras damas Bennet estaba totalmente fuera de cuestión, incluso si estuvieran aquí.

Jane, sin embargo, nunca revelaría el secreto, nunca juzgaría a Elizabeth. Y aunque la mayoría de la gente pensaba que Jane Bennet era suave y débil, Charlotte conocía la fuerza del carácter de la otra mujer. Tomando un respiro profundo, Charlotte dijo suavemente: —Jane, hay algo que debo decirte.

¡Pobre Jane, que hasta ese momento no había sospechado que tal maldad existiera en el mundo! Escuchó con una expresión incrédula, con creciente incredulidad, el relato de Charlotte. Hasta que al terminar de hablar, Charlotte se levantó, retiró la manta que cubría a Elizabeth y suavemente desató el cuello de su camisón para mostrar los moretones y rasguños en su pecho.

Charlotte había esperado más lágrimas, había esperado angustia. No había esperado que el rostro exquisito de Jane se volviera tan inmóvil y frío como si hubiera sido esculpido en el más fino mármol.

—¿Quién se *atrevería* a tocar así a mi hermana? —espetó Jane, enfurecida—. De ninguna manera está desprotegida; ¡mi padre y mi tío se asegurarán de que quien haya hecho esto sufra hasta el final de sus días! —Volvió a atar el camisón de Elizabeth con dedos que temblaban de rabia, cubriendo a su hermana con delicadeza—. Encontraremos al miserable que ha cometido esta infame acción —dijo, su voz resonando con justa ira—. Y lo haremos *pagar*.

El señor Collins, preparándose para dormir en su propia habitación cercana, escuchó la voz alzada de Jane, su furioso juramento, y comenzó a temblar. Arrastrándose bajo las mantas, cerró

los ojos con fuerza, pero el sueño no llegó a él esa noche.

Jane rechinó los dientes, calmando lentamente su ira. En toda su vida, nunca había estado ni una fracción tan enojada como se sentía en ese momento. Si tan solo pudiera poner sus manos sobre el demonio que había herido así a su Lizzy, ¡pensó que podría haberlo despedazado ella misma!

Charlotte le habló, preguntándole cómo había llegado tan rápido, y Jane logró reunir el suficiente ingenio para responder tolerablemente, explicando cómo había tomado el correo y afortunadamente se había encontrado con el señor Darcy en Sevenoaks.

—¿El señor Darcy estaba en Sevenoaks? —preguntó Charlotte confundida.

—En efecto, lo cual parece muy extraño. ¿Dijo que vendría aquí mañana por la mañana? Pero, ¿no se estaba quedando con su tía? En su última carta, Lizzy escribió que todos ustedes habían cenado en Rosings Park con el señor Darcy y su primo, un Coronel no sé qué...

—El Coronel Fitzwilliam, en efecto —perpleja, Charlotte negó con la cabeza—. Bueno, supongo que eso se explicará mañana. —Mirando a Elizabeth, que descansaba tranquilamente en ese momento, extendió la mano y tocó la de Jane—. Vamos, debemos pasar el tiempo de alguna manera. ¿No me contarás qué has estado haciendo en Londres?

Hablaron hasta muy tarde, hasta que los ojos de Charlotte se volvieron pesados y luchó por mantenerse despierta. Jane extendió la mano y le agarró suavemente el hombro.

—Por favor, Charlotte, ve a descansar un poco —Jane despertó gentilmente a su amiga—. Yo me quedaré con Lizzy.

Cansada, pero indeciblemente feliz de ya no llevar sola la carga de su secreto, Charlotte se puso de pie y abrazó a Jane. —Cierra el pestillo de la puerta cuando me vaya, querida Jane —murmuró en voz baja antes de marcharse.

Obedeciendo la directiva de Charlotte, Jane se detuvo para mirar alrededor de la habitación. El fuego ardía bajo, así que añadió otro leño, comprobó la frente de Elizabeth. Estaba demasiado caliente; pero considerando lo que Charlotte le había contado, ¡no sería sorprendente que Lizzy sufriera al menos un poco de fiebre, acostada en un arroyo frío durante quién sabe cuánto tiempo! Suavemente, Jane humedeció un paño y limpió el rostro y las manos de su hermana, tratando de refrescarla.

Elizabeth se despertó algunas veces durante la noche, murmurando y revolviéndose, abriendo los ojos, pero como había dicho Charlotte, no parecía realmente consciente de su entorno. Se calmaba de nuevo cuando Jane le hablaba con dulzura y le acariciaba la frente, y una vez susurró el nombre de Jane.

Poco después del amanecer, la fiebre de Elizabeth bajó y su piel volvió a sentirse fresca. Suspirando aliviada, Jane se puso de pie y se estiró cansada, yendo a mirar por la ventana. Exhausta ella misma, Jane pensó que podría acostarse junto a Elizabeth por un rato. Rodeando a su hermana con un brazo protector, se quedó dormida en cuestión de momentos.

Jane se despertó al oír a Lizzy murmurar en sueños: —¡No! ¡Señor Darcy, no! —Las lágrimas se escapaban de sus párpados cerrados.

—Calla, Lizzy, calla —susurró Jane con dulzura, acariciando el cabello de Elizabeth—. Todo está bien. Tu Jane está aquí contigo.

—¡No debe, señor Darcy! —sollozó Elizabeth, y Jane redobló sus esfuerzos para tranquilizarla. Finalmente, Elizabeth se calmó y volvió a sumirse en un sueño más profundo, dejando a Jane inquieta y nerviosa.

Seguramente no, pensó, mirando hacia la ventana que poco a poco se iluminaba. *Seguramente el señor Darcy no podría haber hecho esto*. Pero Charlotte, después de todo, había dicho que él había estado en su compañía varias veces y creía que admiraba a Lizzy. ¿Acaso le habría hecho una proposición poco honorable y se habría enfadado cuando Lizzy lo rechazó?

Jane no quería creerlo, pero el hecho ineludible era que *alguien* le había hecho esta cosa terrible a Elizabeth, y Lizzy era la única persona que podía decirles quién había sido.



Capítulo Trece

DARCY SE DESPERTÓ ANTES del amanecer, paseando impaciente hasta que su primo golpeó con fuerza la puerta de su habitación.

—¿Quieres dejar de dar esas vueltas infernales, Darce? ¡Podría haber dormido una hora más si tus grandes botas no me hubieran sacado de la cama con su golpeteo! —Sus ojos brillaban con humor, y Darcy logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Lo siento, Richard. No pude dormir más, estoy demasiado preocupado por la señorita Elizabeth.

—¿Has dormido algo? —Richard miró las oscuras ojeras bajo los ojos de Darcy, y sus sospechas se confirmaron cuando su primo se encogió de hombros y desvió la mirada—. Bueno, al menos puedo asegurarme de que comas algo. Vamos, Darce, no podemos ir a ninguna parte todavía. Démosle tiempo a la señora Collins para que empiece el día, y tiempo para que el doctor Trent atienda de nuevo a la señorita Bennet.

Darcy exhaló profundamente. —Tienes toda la razón, maldita sea. —Cansado y entristecido, no opuso resistencia cuando su primo le rodeó los hombros con un brazo fuerte y lo arrastró para buscar el desayuno. Con sus pensamientos llenos de Elizabeth, no se le ocurrió mencionar la llegada de Jane y su posterior partida hacia la casa parroquial la noche anterior.

Los dos primos llegaron a la casa parroquial puntualmente a las diez de la mañana. Charlotte bajó para hablar con ellos y pudo decirles que Lizzy había pasado una noche inquieta con fiebre, pero que ahora parecía descansar cómodamente. El doctor Trent ya había pasado a verla y se declaró cautelosamente satisfecho de que la contusión en su cabeza estuviera menos hinchada y de mejor color hoy; esperaba volver un poco más tarde y deberían intentar despertarla entonces si Elizabeth no mostraba antes signos de actividad.

Después de escuchar sus agradecidas expresiones de alivio, Charlotte se disculpó por unos momentos para subir y hablar con Jane y obtener las últimas noticias.

Jane, al ver llegar a los caballeros desde la ventana, se sentó junto a Elizabeth y tomó su mano con suavidad.

—Querida hermana —dijo suavemente—, no puedo creer que el señor Darcy te haya hecho esto. Oh, querida Lizzy, ¿no despertarás ahora? Tu Jane está aquí para cuidarte, deseo tanto que te recuperes para que podamos volver a Longbourn y todo sea como antes.

Charlotte entró entonces en la habitación, diciendo: —Jane, el señor Darcy y su primo el coronel Fitzwilliam están aquí para preguntar por Lizzy; por favor, ¿hay alguna noticia que pueda compartir con ellos? ¿Muestra ya signos de despertar? El médico estará aquí pronto... ¡Jane, mira!

Los párpados de Lizzy temblaron, y miró a Jane con ojos que por fin enfocaban correctamente.

—¿Jane?

—Lizzy, oh, Lizzy, ¡gracias a Dios! —Jane luchó por no llorar—. Querida, has vuelto con nosotros... ¿sabes dónde estás?

Elizabeth parpadeó y miró alrededor de la habitación, moviendo solo los ojos debido al dolor en su cabeza, divisando a Charlotte de pie cerca de la puerta. —Todavía estoy en Hunsford, ¿no es así? ¿Por qué estás aquí, Jane?

—Oh, Lizzy, has sido herida. ¿Quién te hizo esto, Lizzy? ¿Quién te lastimó?

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Elizabeth al recordar la terrible pelea, las cosas insensibles que había dicho, ¡la forma espantosa en que el señor Darcy había insultado a su familia mientras esperaba con arrogancia que ella aceptara su propuesta! ¡Había herido a *Jane*, la mejor, la más dulce y amable persona sobre la faz de la tierra, con su oficiosa interferencia!

—Oh, Jane —sollozó—, el señor Darcy... ¡no sabes lo que ha hecho!

El rostro de Jane se endureció y se puso de pie. —El señor Darcy. —No era una pregunta. Podía ver la angustia en el rostro de su hermana, ¡*Elizabeth*, que casi nunca lloraba! Jane se dio la vuelta y salió de la habitación, casi en trance.

Charlotte, dividida entre no querer dejar sola a Elizabeth y pensar que debería ir tras Jane, miró de una a otra en una agonía de indecisión. Se decidió cuando Elizabeth susurró:

—Charlotte... me duele tanto la cabeza...

—El doctor ha dejado algo para eso, pero nos advirtió que no te lo diéramos hasta que estuvieras lúcida —dijo Charlotte, acercándose a la cama y levantando una botella y una cuchara—. Oh,

Lizzy, ¡apenas puedo creerlo! ¡Que el señor Darcy te haya hecho esto!

Elizabeth frunció el ceño, luchando contra la agonía en su cabeza. —¿Hacer... qué? Fue muy grosero, pero ha herido más a Jane que a mí...

Charlotte parpadeó. —Lizzy, ¿cuál es la última cosa que recuerdas?

Otra lágrima se deslizó por la mejilla de Elizabeth. —El señor Darcy... vino a verme... fingí que tenía dolor de cabeza para no tener que ir a Rosings. Me dijo que separó deliberadamente a Jane del señor Bingley...

—¡Oh, Dios mío! —Charlotte le agarró la mano—. ¿No te tocó? ¿No te hizo daño? ¿Quién fue, Lizzy?

Elizabeth solo la miró con expresión vacía, y Charlotte se dio cuenta de que no tenía más tiempo para hacer preguntas. Se dio la vuelta y corrió tras Jane.

Abajo, tanto Darcy como el coronel Fitzwilliam estaban desgastando la alfombra, paseando con ansiedad, aunque en lados opuestos de la habitación para no chocar. La puerta se abrió, y el Coronel se volvió, pero no era la señora Collins quien entró. Era una dama alta y asombrosamente hermosa de cabello rubio que le dedicó una sola mirada desdeñosa —¡había recibido desaires menos tajantes de duquesas!— caminó a través de la habitación hacia Darcy, levantó el brazo y lo abofeteó con toda la fuerza que pudo en la cara.

La cabeza de Darcy se volteó hacia un lado con la fuerza del golpe, y luego volvió a mirar a la hermosa rubia —Fitzwilliam ya la estaba llamando Freyja, la diosa vikinga de la batalla, en su mente— y dijo:

—Me atrevo a decir que me lo merecía, señorita Bennet.

—¿Se atreve a decirlo? ¡*Se atreve a decirlo*! ¡Usted... monstruo despreciable! —Fitzwilliam podría haber esperado un chillido de valquiria, pero no, su voz salió suave y dulce, trémula de lágrimas—. ¡Haré que *sufra* por esto aunque sea lo último que haga! —Lo abofeteó de nuevo, en la otra mejilla—. ¡Ese es todo el castigo que puedo dar, en nombre de mi pobre hermana, pero tenga por seguro que ella no está en absoluto desprotegida!

—Un momento —Fitzwilliam se adelantó—. ¡*Darcy* no lastimó a la señorita Elizabeth!

—¡Lo escuché de sus propios labios, señor! —la diosa se volvió hacia él.

—Espera, ¿qué? —exclamó Darcy, desconcertado.

—¡Darcy nunca buscaría imponerse a una mujer de esa manera! —Fitzwilliam estaba absolutamente seguro de eso. Darcy estaba demasiado preocupado por la señorita Elizabeth, de todos modos. Solo después de haber dicho las palabras se dio cuenta de que Darcy aún no conocía el alcance de las lesiones de Elizabeth.

—¿*Qué*? —Darcy se tambaleó—. ¿*Imponerme*... a la señorita Elizabeth... qué quieres decir?

—Darcy —Fitzwilliam intentó mitigar el daño diciéndole directamente—, parece que alguien pudo haber abusado de la señorita Elizabeth. Sus heridas así lo sugieren.

Darcy cayó de rodillas, llevándose las manos al rostro.

—No —sollozó—. No, ella no. Elizabeth no...

Jane permaneció de pie, mirando con incertidumbre del repentinamente conmocionado y derrumbado señor Darcy al hombre alto al que había ignorado al entrar en la habitación. Era un hombre muy *corpulento*, pensó de repente, no tan alto como el señor Darcy pero de complexión aún más ancha. Tenía el cabello castaño bien cortado, ojos azul oscuro que parecían atravesarla y un rostro cuadrado, no del todo apuesto. Llevaba un aire de mando como si fuera una capa, y Jane se dio cuenta de que este debía ser el primo del que Elizabeth había mencionado en sus cartas y del que Charlotte había hablado la noche anterior.

—¿Coronel? —dijo con cautela.

—A su servicio —se inclinó automáticamente—. Y usted es... ¿una señorita Bennet?

—*La* señorita Bennet —corrigió, volviendo también a la cortesía—. Soy Jane, la hermana mayor de Elizabeth.

—Es un placer conocerla, aunque sea en circunstancias tan difíciles. Señorita Bennet, debe permitirme asegurarle que mi primo Darcy nunca lastimaría a ninguna mujer, y en particular no a la señorita Elizabeth. Tengo razones para creer que la tiene en muy alta estima. —Richard miró a Darcy, quien estaba agachado, con las manos sobre los ojos, conteniendo sollozos desgarradores.

—¡Mi hermana nombró al señor Darcy como su agresor, señor! —dijo Jane, aunque miró con incertidumbre al señor Darcy. En ese preciso momento, Charlotte entró apresuradamente en la habitación.

—Jane, no... oh, Dios mío —al ver a Darcy gimiendo—. Coronel, es un malentendido. Elizabeth no recuerda haber sido atacada. No recuerda nada desde que vio al señor Darcy anteanoche y... discutió con él.

—Oh —Jane miró horrorizada al señor Darcy—. Oh, Dios mío, lo que le acusé... nunca me perdonará... ¡y le *golpeé*! —Se llevó las manos al rostro y comenzó a temblar—. ¿Qué he hecho?

—Señorita Bennet —de repente, se transformó de la magnífica valquiria en una joven angustiada. Fitzwilliam no deseaba nada más que tomarla en sus brazos y consolarla, pero todo lo que pudo hacer fue ofrecerle su pañuelo mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas—. No dudo que mi primo la perdonará. Él parecía pensar que quizás había cometido alguna ofensa contra usted que podría haber justificado sus acciones de todos modos, pero como puede ver, está profundamente afligido por el descubrimiento del... *accidente* de la señorita Elizabeth. Debo pedirle unos momentos a solas con él para ayudarlo a recuperar su ecuanimidad, y luego le prometo que *ambos* la ayudaremos a asegurarnos de que el malhechor responsable sea llevado ante la justicia. Haré todo lo que esté en mi poder para ayudarla, señorita Bennet; lo juro por mi honor.

Ella asintió en silencio, y Charlotte la tomó del brazo.

—Ven, Jane, debemos volver con Lizzy. La dejé muy confundida. Y dejaremos al Coronel y al señor Darcy solos. Nadie los molestará aquí, señor —le aseguró a Fitzwilliam mientras cerraba la puerta tras ellas.



Capítulo Catorce

—¿DÓNDE ESTÁ EL SEÑOR Collins? —preguntó Jane con cansancio mientras ella y Charlotte subían las escaleras.

—Lo envié a la iglesia. Hoy es sábado, y como no puedo ayudar con las flores y los arreglos para mañana, lo mandé con Maria para consultar con el sacristán y su esposa. —Charlotte apretó los labios—. El señor Collins dijo algunas cosas poco cristianas sobre Lizzy ayer y le dejé claro que sentía que esos sentimientos eran indignos de él, y que debería pasar su tiempo hoy en la iglesia consultando al Señor y meditando sobre el amor de Dios por toda la humanidad y su disposición a perdonar, en lugar de la intolerancia de Lady Catherine por todo aquello que no se ajusta precisamente a sus deseos.

—Digo, bien hecho, Charlotte —dijo Elizabeth débilmente, al escuchar la última parte de ese pequeño discurso mientras volvían a entrar en su habitación—. ¡Ya era hora de que alguien le señalara al señor Collins que Lady Catherine, por benevolente y omnisciente que él crea que es, es un pobre sustituto del Todopoderoso!

Tanto Jane como Charlotte sonrieron al oír a Elizabeth sonar tan parecida a su habitual yo descarado. Apresurándose al lado de su hermana, Jane le agarró la mano.

—¡Oh Lizzy, querida, nos has dado a todos un susto terrible!

La sonrisa de Elizabeth era confusa.

—Jane... no puedo entender... ¿por qué estás aquí?

Jane miró a Charlotte, sin saber qué decir. Charlotte se sentó al otro lado de la cama y extendió la mano para tomar la otra mano de Elizabeth entre las suyas.

—¿Qué recuerdas, querida?

A Elizabeth aún le dolía terriblemente la cabeza, aunque la pequeña dosis de láudano que Charlotte le había administrado estaba amortiguando el dolor a un latido lento, en lugar de un

tamborileo frenético. Frunció el ceño y miró a Jane.

—Recuerdo que el señor Darcy vino a verme —dijo vacilante—, cuando todos ustedes se habían ido a cenar a Rosings. Nosotros... discutimos, y él se fue. Yo estaba alterada, y me fui a la cama antes de que ustedes regresaran.

Charlotte negó con la cabeza.

—Eso fue anteayer. ¿No recuerdas nada de ayer en absoluto?

Con los ojos muy abiertos, Elizabeth empezó a negar con la cabeza, hizo una mueca y dijo:

—¡No! ¿Por qué, qué pasó?

—Sufriste una desagradable caída —dijo Charlotte después de otra mirada elocuente a Jane—. El coronel Fitzwilliam te encontró caída por un terraplén en el arroyo que corre a lo largo del camino del este. Tu cabeza estaba sangrando.

—Oh —Elizabeth parpadeó varias veces—. Bueno, eso explica por qué mi cabeza se siente como si estuviera partida; ¡lo está!

—¡No bromees con eso, Lizzy! —dijo Jane con fiereza, agarrando su pañuelo y secándose los ojos—. ¡He tenido el susto de mi vida! Pero, ¿de verdad no recuerdas lo que pasó antes de tu caída?

—Deberías descansar ahora, Lizzy —dijo Charlotte, mirando significativamente a Jane—. El doctor Trent volverá pronto a verte y no dudo que tendrá muchas más preguntas para ti.

Elizabeth suspiró, cerrando los ojos.

—Me siento muy cansada. —Sus dedos se apretaron alrededor de los de Jane por un momento —. Me alegro de que estés aquí, Jane... lo siento mucho por el señor Bingley... —su voz se apagó hasta convertirse en un susurro, sus dedos se relajaron.

—¡No me importa nada el señor Bingley! —exclamó Jane, muy alterada—. ¡Sólo que tú te pongas bien de nuevo, Lizzy!

Pero Elizabeth había vuelto a caer en la inconsciencia.

Jane se cubrió la cara con las manos y suspiró entrecortadamente, frotándose con fuerza las mejillas. Moviéndose detrás de ella, Charlotte puso sus manos sobre los hombros de Jane con suavidad y los frotó, tratando de calmarla.

—Respira, querida Jane. Todo saldrá bien. El señor Darcy y el coronel Fitzwilliam nos ayudarán a encontrar a quien hizo esta cosa terrible y a llevarlo ante la justicia.

—Pero *Lizzy* —dijo Jane entre sus manos—. La *reputación* de Lizzy. ¡Estará arruinada, Charlotte!

—Estoy segura de la discreción de los caballeros —dijo Charlotte en voz baja—, y aparte de ellos dos, sólo tú, yo y el doctor estamos al tanto de la verdad de la situación. Nos esforzaremos por limitar el conocimiento sólo a ese grupo.

Jane sólo negó con la cabeza.

—La verdad saldrá a la luz, Charlotte, lo sabes tan bien como yo...

—La verdad es que *no pasó nada* —dijo Charlotte con fiereza—, ¡al menos hasta donde Elizabeth recuerda!

—*Alguien* lo sabe, Charlotte —dijo Jane en voz baja pero fría—. El hombre que le hizo esto lo sabe.

Se miraron por un momento.

—El hombre que le hizo esto lo sabe —repitió Jane lentamente—, ¿y sólo nosotras dos, el doctor y los dos caballeros, además?

—Así es —asintió Charlotte—. Así que si oímos a alguien más hablar de ello...

—¡Podríamos rastrear el rumor hasta su fuente y encontrar al culpable! —Jane se animó emocionada.

—No creo que esa deba ser nuestra tarea, querida Jane —Charlotte logró una pequeña risa—. El coronel Fitzwilliam ofreció sus servicios para localizar al malhechor, y no tengo duda de que el señor Darcy estará igual de ansioso por ayudar.

—¿Quién es ese coronel Fitzwilliam del que sigues hablando? —preguntó Jane confundida.

—Pues, lo conociste abajo... oh, me temo que no lo hiciste —dijo Charlotte, y Jane se sonrojó.

—No, me temo que estaba demasiado agitada... oh, Dios mío, creo que debo ir a disculparme con el señor Darcy. —Jane se tocó la frente agitadamente—. ¡Lo *golpeé*! ¿Qué pensará de mí?

—Pensará que estabas justamente inflamada de rabia en nombre de Elizabeth, y te tendrá en mayor estima por ello —Charlotte la abrazó cálidamente—. Pero me temo que realmente deberías disculparte con él de todos modos.

—¿Te quedarás con Lizzy?

—¡Por supuesto que lo haré! No la dejaremos sola ni un momento, entre las dos, Jane —juró Charlotte.

Jane sonrió cansadamente y le besó la mejilla antes de enderezar la espalda y volver a bajar las escaleras.



El señor Darcy estaba encorvado en un sillón, con las manos presionadas sobre los ojos, cuando Jane volvió a entrar en el salón. Un hombre alto y apuesto de cabello castaño —que ahora recordaba que, en efecto, había estado presente antes, le había dado su pañuelo, que ella aún tenía fuertemente apretado en su mano— se levantó de una posición arrodillada al lado del señor Darcy y le hizo una elegante reverencia.

—Señorita Bennet.

Ella miró a Darcy, que parecía no darse cuenta de su presencia, perdido en su propia angustia, y se encogió mentalmente de hombros. Haciendo una ligera reverencia, logró esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Coronel Fitzwilliam?

—A su servicio, señorita Bennet. Lamento nuestra falta de presentación formal, pero... —hizo un gesto un poco impotente hacia su primo—. Me temo que Darcy no está en condiciones de ser de ayuda.

—Parece inusualmente angustiado, ¿coronel? —Jane no pudo evitar decir en tono interrogante.

—Por supuesto, él... —Se detuvo y la miró fijamente—. Usted no lo sabe —dijo, iluminado—. Darcy debe haber ocultado muy bien sus sentimientos mientras estaba en Hertfordshire, pero considerando todo lo que la señorita Elizabeth me contó sobre usted y lo cercanas que son, ¡habría pensado que ella le habría escrito sobre su cortejo aquí!

—¿Su *qué*? —Jane palideció de la impresión y de repente encontró al coronel a su lado, tomándola del codo y guiándola a una silla al otro lado de la habitación, lejos del angustiado y ajeno Darcy.

—Darcy ha estado cortejando a la señorita Elizabeth desde que llegamos a Kent hace unas semanas —explicó el coronel en voz baja, arrodillándose frente a ella—. A su manera, inimitablemente inútil.

—No lo entiendo —dijo Jane lastimosamente—. Elizabeth... —mirando a Darcy, bajó la voz a un susurro—. La primera vez que se vieron, el señor Darcy le dijo a su amigo que encontraba a Lizzy *pasable, pero no lo suficientemente guapa como para tentarlo*. Ella lo escuchó, y...

—Y se ofendió profundamente —murmuró el coronel, empezando a atar cabos en su mente—, y siendo la señorita Elizabeth, probablemente dijo algo impertinente y no poco grosero para tratar

de obtener algo de venganza. Darcy quedó intrigado... y no ha logrado darse cuenta de que ella nunca lo ha perdonado, incluso mientras él se enamoraba de ella por la forma en que se negaba a desmayarse por él como todas las demás mujeres que conoce.

Jane lo miró fijamente, con los ojos como platos.

—Mi primo es un absoluto *idiota* —dijo Fitzwilliam con gran sentimiento, y Jane tuvo que taparse la boca con la mano para no reír a carcajadas. Si empezaba, sentía que nunca podría parar.

—Tal vez... ¿tal vez podríamos dar un paseo por el jardín para que podamos discutir estos acontecimientos sin angustiarlo más? —susurró al fin—. Le debo una gran disculpa, pero creo que me gustaría entender mejor lo que ha sucedido estas últimas semanas.

—Nunca es una molestia escoltar a una dama tan encantadora como usted por un jardín en un hermoso día de primavera —dijo Fitzwilliam galantemente y sin faltar a la verdad, poniéndose de pie y ofreciéndole su brazo.



Capítulo Quince

JANE RECOGIÓ SU BONETE en el vestíbulo y salieron al jardín. El coronel le ofreció galantemente su brazo y ella lo aceptó, agotada por la carrera frenética hasta Kent y la larga noche pasada al lado de Elizabeth.

Caminaron durante unos momentos mientras Jane ordenaba sus pensamientos, Fitzwilliam permanecía en silencio mientras ella reflexionaba, aunque tenía varias preguntas que deseaba hacerle.

Por fin, Jane habló. —¿Está usted completamente seguro de los sentimientos del señor Darcy, coronel?

—No podría estarlo más, señorita Bennet. Darcy y yo somos primos, con menos de un año de diferencia. Es mi mejor amigo y lo ha sido durante toda mi vida —Fitzwilliam sonrió—. No había estado en presencia de la señorita Elizabeth por más de cinco minutos antes de darme cuenta de sus sentimientos: sus celos extraordinarios al verla reír y sonreír mientras yo hablaba con ella, su... —se tragó la palabra *deseo*— gran admiración por su persona y su ingenio.

—No puedo comprenderlo —Jane sacudió la cabeza—. Lizzy está convencida de que él solo la mira para encontrar defectos, ¡y ha dejado muy clara su opinión sobre nuestra familia! Vaya, Lizzy está tan en contra de él que está convencida de que fue su persuasión lo que ha mantenido al señor Bingley alejado de Netherfield Park...

Fitzwilliam se sobresaltó. Miró a Jane detenidamente por un momento. —¿Usted... conoce al señor Bingley?

—Él es la razón de nuestro conocimiento con su primo, señor —Jane le lanzó una mirada desconcertada—. El señor Bingley alquiló Netherfield Park, una finca vecina a Longbourn, nuestro hogar, el otoño pasado, y el señor Darcy fue su invitado allí durante algunas semanas.

—Creo... que puedo haber cometido un error bastante grave —dijo Fitzwilliam débilmente.

—¿Señor? —Jane lo miró fijamente.

La única pregunta era, ¿de cuál de las hermanas Bennet se había enamorado Bingley? ¿Elizabeth? No, Fitzwilliam no podía creer que Darcy hubiera caído tan bajo como para desalentar el cortejo de Bingley a Elizabeth solo porque la quería para sí mismo. La señorita Bennet era la opción más probable, y por lo que sabía de Bingley, muy del tipo del otro caballero.

¿Había objeciones a *esta* hermosa y dulce dama? Bueno, él *había* pensado que era una valquiria antes, pero tenía una buena razón: Jane Bennet era indiscutiblemente una dama, y dado los antecedentes comerciales de la familia Bingley, sería una excelente pareja. Sin embargo, ¿qué había dicho Darcy sobre las serias objeciones a la familia Bennet?

¡Elizabeth había hablado de ellos con cariño en varias ocasiones, de sus hermanas menores "tontas, pero aún creciendo" y de su padre "enterrado en sus libros", incluso de su madre "tristemente desesperada por casar bien al menos a una de nosotras, debido a la desafortunada situación del mayorazgo"! Se había reído de sus propias descripciones, pero Fitzwilliam había escuchado el amor en su voz, y no podía creer que alguien a quien Elizabeth Bennet tuviera en estima pudiera ser menos que digno de respeto, como mínimo.

—¡Señor! —Jane apretó suavemente su brazo, y Fitzwilliam salió de su ensimismamiento, aunque no pudo evitar recordar cómo Elizabeth se había excusado tan apresuradamente después de su conversación hace dos días, cómo había alegado un dolor de cabeza y no había acudido a cenar a Rosings. Cómo Darcy había desaparecido.

—Estoy bien, señorita Bennet, solo me sorprendió un pensamiento repentino —dijo con ligereza —. Venga, vayamos por aquí. El señor Collins está muy orgulloso de su rosaleda, le he oído hablar con entusiasmo sobre ella en varias ocasiones.

¿Qué había ocurrido entre Darcy y Elizabeth aquella noche?, se preguntó. Bueno, tendría que sacárselo a Darcy. Si Fitzwilliam había empeorado la situación con sus desastrosos comentarios sobre Bingley y los esfuerzos de Darcy por "cuidar" de su amigo, entonces le correspondía a él arreglar la situación.

Darcy se llevó a Bingley de Hertfordshire para alejarse *él mismo* de la tentación, se dio cuenta Fitzwilliam en un repentino momento de lucidez. *Por supuesto.* Mientras que la hija de un simple caballero rural era una buena pareja para Bingley, que el Señor de Pemberley hiciera tal alianza causaría bastante revuelo en la Sociedad.

Pensé que eras mejor que esto, como para preocuparte por la opinión de la alta sociedad, Darcy, pensó Fitzwilliam, con los labios apretados. *¡Qué enredo has tejido aquí! Y al hacerlo,*

probablemente has roto el corazón de esta pobre ángel. Había oído a Elizabeth hablar algunas veces de la reciente melancolía de su hermana mayor, aunque nunca de la razón de ello.

Lanzó una mirada de soslayo a Jane, que se inclinaba para oler una rosa, su delicada mano acunando los pétalos, una suave sonrisa iluminando brevemente sus hermosas facciones mientras inhalaba. *Bueno, ciertamente no puedo culpar el gusto de Bingley.*



El coronel parecía haber superado su distracción temporal, sus ojos pensativos mientras la miraba ahora. Jane se enderezó de su inspección de la rosa y se volvió para mirarlo directamente.

—La señora Collins me dijo que usted se ofreció a ayudar en la... *investigación* de lo que le sucedió a Lizzy, señor —Jane mantuvo su voz baja, un murmullo que no podía ser escuchado por nadie más que ellos dos.

—En efecto, señorita Bennet —Fitzwilliam asintió inmediatamente, inclinando la cabeza y hablando también en voz baja—. No se puede permitir que tal ataque quede impune; ¿quién sabe si la próxima vez la víctima podrá escapar?

—¿Cree usted que Elizabeth *escapó*? —preguntó Jane, curiosa por su elección de palabras.

—Así es. Darcy y yo volvimos al lugar donde la encontré antes de venir aquí esta mañana. Había habido una tormenta justo antes del incidente, y el terreno estaba embarrado, pero el tiempo ha estado seco desde entonces. Pudimos discernir claramente las huellas de las botas de media caña de una dama, con un espaciado demasiado amplio para ser un paso normal, y las marcas donde creo que la señorita Elizabeth resbaló y cayó por la orilla del arroyo. Estaba corriendo, señorita Bennet, huyendo de su atacante; y no encontré señales de huellas de botas de hombre, aparte de las mías, en ese camino.

—Fue atacada en otro lugar y corrió en esa dirección —concluyó Jane, perpleja—. Pero, ¿por qué? Charlotte me dijo que usted la encontró mientras caminaba de Rosings a la casa parroquial. ¿No habría corrido Lizzy hacia aquí, hacia la seguridad? ¿Por qué correr hacia Rosings?

—Tal vez su atacante estaba entre aquí y el lugar donde comienza el sendero —sugirió Fitzwilliam—. Mire, si camina por aquí conmigo, podremos ver —La acompañó hasta la puerta lateral del jardín y caminaron juntos por el sendero hasta donde comenzaba el camino.

Jane se volvió y miró hacia atrás. —¿Crees que la atacaron en algún punto entre *aquí* y *allá*? —dijo con incredulidad—. Pero... ¡hay otras *dos* casas desde las que podrían haberlos visto! ¡La

casa del médico, allí, y esa cabaña!

Tenía toda la razón, se dio cuenta Fitzwilliam; esta señorita Bennet no era solo una cara bonita. Se reprendió a sí mismo por siquiera pensar tal cosa.

—La encontré a no más de un par de minutos caminando desde este punto —dijo pensativamente —. ¿Le gustaría ver el lugar?

Jane dudó, luego negó con la cabeza. —No... no, hoy no, señor. Por favor, ¿podemos volver?

—Por supuesto. —Se reprendió mentalmente de nuevo. *¡Qué cosa tan estúpida de sugerir!*—. Mis disculpas si mi sugerencia la angustió, señorita Bennet, de ninguna manera fue mi intención. Me temo que he pasado demasiado tiempo entre soldados y mis modales se han resentido por ello.

Ella le obsequió una sonrisa radiante y dulce. —De ninguna manera, señor, ¡no debe pensar así! Solo pensé que quizás deberíamos ver si su primo se ha recuperado lo suficiente para hablar. La señora Collins y yo nos dimos cuenta de algo importante, ¿sabe?

—Le ruego que me ilumine —pidió Fitzwilliam, devolviéndole la sonrisa irremediablemente. *No es de extrañar que Bingley se enamorara de ella. ¿Quién no lo haría?*

—Bueno, Charlotte y yo nos dimos cuenta de que solo hay seis personas que saben lo que realmente le pasó a Elizabeth, ya que ella no lo recuerda y no tenemos intención de angustiarla contándoselo —le confió Jane—. Charlotte y yo, usted y el señor Darcy, y el médico.

—Esos son cinco... oh, ya *veo* —la miró con admiración—. *Muy astuta*, señorita Bennet.

Ella se sonrojó encantadoramente. —Si puedo tener su seguridad...

—¡Ni una palabra saldrá jamás de mis labios o los de Darcy, se lo prometo!

—Por supuesto. Y Charlotte me asegura que también se puede confiar en la discreción del Dr. Trent. Así que si llegáramos a oír en alguna parte un rumor de que Elizabeth pudiera haber sido comprometida, en lugar de simplemente que sufrió una caída, entonces quizás el rumor podría rastrearse hasta su fuente, ¿no cree? —lo miró suplicante, mordiéndose el labio inferior, ansiosa por su opinión.

—Creo, señorita Bennet, que usted es tan inteligente como hermosa —levantó su mano hasta sus labios para un beso galante, haciendo que su sonrojo se intensificara aún más—. Pero debo insistir en que podría ser peligroso para usted si *usted* intentara rastrear la fuente de tales rumores. Por favor, se lo ruego, tráigame cualquier información que escuche y me encargaré de investigar.

—Lo haré, se lo prometo, señor. Y gracias, muchísimas gracias, por todo. —Jane lo miró con sinceridad—. Podría haber sido mucho peor para Lizzy si usted no la hubiera encontrado, si no la

hubiera llevado de vuelta a la rectoría y llamado al Dr. Trent tan rápidamente. Nunca podré agradecerle lo suficiente; tiene mi eterna gratitud y amistad.

Fitzwilliam se encontró inclinando la cabeza tímidamente ante sus elogios. —Cualquier caballero habría hecho lo mismo.

—*Cualquier* caballero no encontró a mi hermana. *Usted* lo hizo. Fue usted, también, quien escribió las notas a mi familia para que Charlotte pudiera estar libre para cuidar de Lizzy; usted quien entregó terribles noticias con las palabras más gentiles posibles. No, coronel Fitzwilliam, no sé nada de su carrera militar, pero siempre será un héroe para mí de todos modos.

Se alegró de no llevar puesto su abrigo rojo, porque estaba bastante seguro de que sus mejillas estarían aún más rojas que su tela.

Ya estaban casi de vuelta en la rectoría cuando el traqueteo de las ruedas de un carruaje en el camino hizo que Jane levantara la vista, rescatando a Fitzwilliam de las profundidades de su vergüenza. —¡Es mi tío! —exclamó, recogió sus faldas y echó a correr, sobresaltando a Fitzwilliam, quien, no obstante, no perdió tiempo en salir corriendo tras ella.

Al conocer al señor Gardiner, el desconcierto de Fitzwilliam se redobló. Cómo alguien podía encontrar objetable esta conexión estaba más allá de su comprensión. Sí, el hombre se dedicaba al comercio, pero era claramente un hombre respetable, bien vestido e inteligente, que hacía preguntas incisivas a Jane de inmediato. Fitzwilliam apreció, también, que no reprochara a Jane por su imprudente carrera desde Londres más allá de decir:

—Desearía que me hubieras esperado, querida. ¿Qué le habría dicho a tu padre si te hubiera ocurrido algún mal? —cuyo suave reproche hizo que Jane se sintiera culpable y se disculpara por su desconsideración.

—Vamos, vamos, no ha pasado nada —el señor Gardiner le dio unas palmaditas en la mano—. No dudo que Lizzy se alegró de verte. —Dirigió una mirada inquisitiva a Fitzwilliam, empujando suavemente a su sobrina para que cumpliera con su deber.

—Oh, tío, ¡te ruego me perdones! Este es el coronel Fitzwilliam, que es primo del señor Darcy y amigo de Lizzy. Él fue quien la encontró ayer después de que se lesionara y la llevó con Charlotte...

—¡Entonces me alegro mucho de conocerle, señor! —el señor Gardiner le estrechó la mano calurosamente mientras Jane completaba la presentación.



Capítulo Dieciséis

DARCY PARECÍA HABERSE RECOMPUESTO un poco cuando volvieron al interior, lo suficiente al menos para ser presentado al señor Gardiner sin derrumbarse. Jane acompañó al recién llegado al piso de arriba para que viera a su sobrina por sí mismo, y Fitzwilliam se quedó mirando a su primo.

—Has hecho un desastre de esto, Darce —dijo finalmente, y Darcy lo miró con ojos vacíos.

—¿Qué te contó la señorita Bennet?

—En realidad, fue más lo que no dijo. ¿Separar a Bingley de esa criatura angelical solo para alejarte de la tentación, Darcy? Esperaba más de ti. Especialmente porque parece que el destino se empeña en poner a la señorita Elizabeth en tu camino de todos modos.

—Debí saber que lo descifrarías bastante rápido —dijo Darcy con pesadumbre—. Me he comportado como un completo idiota, y ahora la señorita Elizabeth ha pagado el precio por ello. ¿Qué voy a hacer, Fitz? —fue un grito desesperado y angustiado.

—Ya, ya —Fitzwilliam le dio unas palmaditas en el hombro para consolarlo—. Deja que el primo Fitz lo arregle.

—¿Acaso tienes un plan?

Fitzwilliam lo consideró, ladeando la cabeza.

—Más o menos. Parte de un plan. Quizás la mitad de un plan, como mucho. Pero hay dos damas muy inteligentes arriba que no dudo podrán ayudarnos a refinarlo hasta convertirlo en una estrategia de batalla digna del mismísimo Wellington.

—¿La señorita Elizabeth y...?

—La señorita *Bennet* y la señora Collins. Por el bien de todos los implicados, probablemente sea mejor que la señorita Elizabeth nunca recuerde lo que ha sucedido, y por lo tanto nunca debe

saber que se necesita un plan. —Fitzwilliam le lanzó una mirada de advertencia a Darcy, y luego hizo un gesto—. Ven conmigo. Quiero que veas algo que la señorita Bennet acaba de señalarme.

Se dirigieron al sendero, y Fitzwilliam señaló lo que Jane había notado: que Elizabeth probablemente habría corrido hacia la casa parroquial en lugar de Rosings, ya que estaba mucho más cerca, a menos que su atacante hubiera estado entre ella y la seguridad.

—Oh —Darcy miró el sendero entre la casa parroquial y el inicio del camino a Rosings. Miró las casas que daban al sendero—. Oh... ya *veo*.

—Volvamos a subir por el camino, a ver si hay algo que se me haya escapado —propuso Fitzwilliam, pero de inmediato vieron que las huellas de los pasos apresurados de Elizabeth en el suelo ya seco comenzaban justo al inicio del camino, donde su superficie más blanda había retenido la impresión.

—Ya estaba corriendo cuando llegó aquí —dijo Darcy lentamente—. Esto... no tiene sentido, Fitzwilliam. Si el ataque ocurrió en el sendero, seguramente se habrían oído sus gritos, porque estoy muy seguro de que habría gritado como para despertar a los muertos.

—Y si *no fue* aquí en el sendero, ¿por qué no corrió hacia la casa parroquial? —coincidió Fitzwilliam.

—Fue atacada *en* la casa parroquial —concluyó finalmente Darcy.

—Eso es lo que pensé. Quería ver si llegabas a la misma conclusión.

—Tendremos que interrogar al personal...

—Creo que deberíamos dejar eso a la señora Collins, en realidad —interrumpió Fitzwilliam a Darcy bruscamente—. Podemos pedirle que lo haga, y creo que luego deberíamos visitar al Dr. Trent y hablar con su ama de llaves, y los Farley que viven en la otra casa de por allí. La señora Farley tiene dos niños muy pequeños, está en casa todo el día y bien podría haber oído algo.

Regresaron caminando, discutiendo en voz baja sobre la mejor manera de manejar el asunto sin informar a nadie que Elizabeth había sido agredida, y finalmente concluyeron que lo mejor sería dejar que Charlotte se encargara de todo. Se alegraron de encontrarla esperándolos en la sala con ideas muy similares para proponer.

—Creo que deberíamos volver a la posada —sugirió finalmente Fitzwilliam, y Darcy aceptó a regañadientes, reconociendo que estaban abusando de la hospitalidad de Charlotte y de hecho impidiendo su capacidad para cuidar mejor a Elizabeth. Sin embargo, antes de que pudieran despedirse, se oyó otro juego de ruedas de carruaje en el sendero y en cuestión de momentos el señor Bennet entraba en la casa.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi Lizzy? —exigió de inmediato, y luego vio al señor Gardiner bajando las escaleras—. ¡Edward! ¿Qué demonios ha pasado? ¿Dónde está Elizabeth? ¿Jane está con ustedes? ¿Madeline?

—Por favor, hermano, tranquilízate —el señor Gardiner tomó al señor Bennet por el hombro y lo guió hacia la sala.

Fitzwilliam y Darcy se miraron y se dispusieron a seguirlos, pero Charlotte se interpuso graciosamente en su camino, con las cejas arqueadas.

—Caballeros. Creo que esto es un asunto familiar ahora.

Era innegablemente cierto y no tuvieron más remedio que aceptar elegantemente el punto y partir, agradeciendo a Charlotte e implorándole que se pusiera en contacto con ellos de inmediato si descubría alguna información que pudiera llevar a la identificación del atacante de Elizabeth.

Una hora más tarde, sentados en una habitación privada en la posada de Sevenoaks, discutiendo posibles formas de desenmascarar al atacante de Elizabeth, se sorprendieron un poco por un golpe en la puerta y la entrada del posadero, disculpándose profusamente por la interrupción.

—Disculpen, señor Darcy, coronel Fitzwilliam, pero hay un señor Gardiner aquí preguntando si podrían concederle un momento de su tiempo.

—Por supuesto, hágalo pasar —respondió Fitzwilliam inmediatamente, poniéndose de pie para saludar al señor Gardiner cuando entró en la habitación.

—Me disculpo por la intrusión —dijo el señor Gardiner una vez que se observaron las formalidades del saludo—, pero planeo quedarme aquí esta noche, ya que la casa parroquial carece de espacio, e insistí en que el señor Bennet debería ser quien se quedara con sus hijas.

—Muy bien, muy bien —asintió Darcy, haciendo un gesto para que Gardiner acercara una silla —, y no está interrumpiendo, estamos muy contentos de estar en compañía de cualquier familiar de las señoritas Bennet.

Fitzwilliam lo miró de reojo, pensando: *Eso no es lo que he oído. He oído que hay "serias objeciones" respecto a su familia*. Pero difícilmente podía contradecir a Darcy delante del señor Gardiner, así que también sonrió cordialmente y ofreció a su invitado una copa de brandy, invitándolo a compartir la comida que el personal de la posada les traería en breve.

No fue hasta después de haber cenado que el señor Gardiner se recostó en su silla, los miró a ambos pensativamente mientras rellenaba una pipa y la encendía, y finalmente dijo:

—Mi sobrina Jane me dijo que debería preguntarles por la historia *verdadera*.

Ambos jóvenes lo miraron fijamente, y luego se miraron entre sí.

—Ya veo —dijo el señor Gardiner en voz baja y con cierta tristeza—. ¿Saben quién es el culpable?

—No, pero... le ruego que no piense lo peor —dijo Darcy apresuradamente. Él y Fitzwilliam casi hablaron al mismo tiempo, tratando de asegurar al tío de Elizabeth que ella había escapado de lesiones graves según Charlotte y el médico, que afortunadamente ni siquiera era consciente de que había *sido* agredida, y que ambos tenían la intención de hacer todo lo posible tanto para protegerla como para encontrar y castigar adecuadamente al canalla que se había atrevido a ponerle las manos encima.

El señor Gardiner escuchaba, ocasionalmente levantando una mano para frenarlos cuando ambos hablaban a la vez, haciendo preguntas incisivas para aclarar ciertos puntos. Al final, se quedaron sin palabras y simplemente lo miraron mientras él los consideraba a ambos en silencio.

—¿Y cuál de ustedes está enamorado de Lizzy? —preguntó al fin.

—Él —Fitzwilliam señaló a Darcy.

—¡Yo...! —comenzó Darcy, vio cómo las cejas del señor Gardiner se alzaban exactamente de la misma manera arqueada que Elizabeth había usado con él tantas veces, y suspiró—. Sí. Lo estoy.

—¿Y está dispuesto a casarse con ella de todos modos si este episodio lleva a que su reputación se vea comprometida, aunque Elizabeth en sí no lo haya sido?

Los ojos de Darcy se ensancharon. Ni el señor Gardiner ni Fitzwilliam podían saber los pensamientos que pasaban por su mente. *Aceptaría a Elizabeth bajo cualquier circunstancia, pero* ella *no me aceptará a* mí*... a menos que sea posible que con su pérdida de memoria, haya olvidado mi desastrosa propuesta. Esa sería la respuesta a muchas de mis plegarias, que pudiera tener una segunda oportunidad, que pudiera mostrarle mi verdadero carácter, contarle sobre el dolor de Georgiana y la perfidia de Wickham, ganar la oportunidad de hacerla cambiar de opinión sobre mí...*

—Estaría muy dispuesto. Sí. Siempre y cuando Elizabeth misma consienta, por supuesto.

El señor Gardiner dio una calada a su pipa, dirigiendo a Darcy una larga mirada pensativa, antes de preguntar: —¿Hay alguna razón para que su consentimiento esté en duda? Quizás deba decirle que mi esposa Madeline pasó algunos años en Lambton en su juventud, señor Darcy. Soy muy consciente de su situación, y que podría aspirar mucho más alto que mi sobrina para esposa.

Los labios de Darcy se tensaron, y miró brevemente al coronel Fitzwilliam antes de decir: —Algunos miembros de mi familia sin duda estarían de acuerdo con usted, señor, pero en lo que a mí respecta, no puedo pensar en un honor más grande que hacer a Elizabeth mi esposa. Dicho

esto, no la tomaría bajo ninguna circunstancia que no fuera con su propio consentimiento de todo corazón.

Unos astutos ojos marrones que se parecían mucho a los de Elizabeth lo examinaron durante varios momentos más antes de que el señor Gardiner esbozara una sonrisa.

—Usted servirá, hijo. Usted servirá.



Capítulo Diecisiete

—MI QUERIDA LIZZY —LA voz de Thomas Bennet estaba bastante quebrada mientras se sentaba junto a su cama, tomando su mano entre las suyas y sujetándola con fuerza—. Nunca debí haberte dejado venir aquí. Nunca debí permitir que salieras de bajo mi techo.

Ella le dio una débil sonrisa que aún conservaba algo de su habitual picardía.

—Oh, papá, no puedes mantenernos envueltas en pañales para siempre, ¿sabes? Te habría hecho la vida imposible si me hubieras negado el permiso para venir.

Él se rio con pesar ante eso.

—¿Acaso no lo sé? ¡Lydia en este momento está haciendo exactamente eso porque le dije que no debería ir a Brighton!

—¡Lydia en Brighton; ahora sí que es un pensamiento de pesadilla! —Elizabeth sonrió, aunque la sonrisa se desvaneció ante la expresión irónica de su padre—. ¿Por qué demonios querría ir a Brighton, papá?

—La esposa del Coronel Forster se ha hecho su amiga y desea que Lydia sea su acompañante allí durante el verano. ¡Todo de lo que Lydia puede hablar es de "un campamento entero lleno de soldados"! —imitó los tonos excitables de su hija menor.

—Oh papá, *no* —dijo Elizabeth horrorizada—. ¡No puedes considerar eso posible! Sé bien lo mal que se comportará si no se sale con la suya, pero...

—No temas, Lizzy, he aprendido mi lección —el señor Bennet negó con la cabeza—. Si tú puedes sufrir un percance tan terrible mientras te alojas en una tranquila aldea rural en la casa de un pariente clérigo, ¡me estremezco al pensar lo que podría sucederle a Lydia en Brighton!

Jane, sentada silenciosamente al otro lado de Elizabeth, se llevó la mano a la boca y luego tuvo que apartarse, fingiendo una tos mientras recuperaba el control sobre sus emociones. Forzándose a esbozar una sonrisa, se volvió para hablar.

—Yo también me alegro mucho de que no permitas que Lydia vaya a Brighton, papá —dijo Jane suavemente—. Incluso si tuviera edad para casarse, temería por cualquier joven agradable entre tantos hombres. Se instó a los padres a vigilar de cerca a sus hijas cuando el regimiento llegó a Meryton, como sin duda recuerdas.

—Y eso era solo un regimiento —asintió el señor Bennet, sonriendo a Jane—. Sabias palabras, querida Jane, y unas que no olvidaré, ¡créeme! Vaya, cuando os tenga a todas sanas y salvas en casa de nuevo, ¡no permitiré que ninguna de vosotras salga de mi vista durante al menos un año!

Eso hizo reír tanto a Jane como a Lizzy.

—Oh papá —Lizzy le apretó suavemente la mano—. Te cansarías de nuestra cháchara y te retirarías a tu biblioteca antes de que pasaran doce días, ¡ni hablar de doce meses!

El señor Bennet le devolvió el apretón.

—Me hace bien al corazón oírte sonar tan descarada, Lizzy —dijo con voz un poco ronca—, y escuchar palabras tan dulces y sabias de ti, Jane.

Sonriendo, Jane se levantó y rodeó la cama para besarle la mejilla.

—Nos hace bien al corazón verte de nuevo, papá —le dijo con cariño—. Ahora, iré a buscarnos un poco de té, y debes contarnos qué ha estado sucediendo en Meryton desde que nos fuimos. Todos sois tan malos corresponsales, excepto mamá...

—¡Y todo lo que ella escribe es sobre sus nervios! —dijo Elizabeth con una risita.

Reprimiendo gentilmente sus propias risas, Jane dejó a su padre y a Elizabeth y se dirigió escaleras abajo. Al pasar por la puerta abierta de la sala, echó un vistazo adentro y se detuvo, sobresaltada, al ver a Charlotte sentada en el sofá, secándose los ojos con su delantal.

—¡Charlotte! —jadeó Jane, apresurándose hacia su amiga y abrazándola—. Oh, querida, ¿qué sucede?

Charlotte levantó sus ojos llorosos hacia el rostro de Jane.

—Oh Jane, ¡es demasiado horrible! ¿En mi propia casa? ¿Cómo podremos sentirnos seguros de nuevo?

Estalló en sollozos angustiados, apoyándose en el hombro de Jane, y Jane solo pudo acariciarle el cabello y preguntarse qué demonios había sucedido en la última media hora para llevar a Charlotte —¡la fría y serena Charlotte!— a tal estado.

Charlotte permaneció indecisa en la sala durante unos minutos después de que el señor Gardiner partiera y Jane llevara al señor Bennet arriba. Finalmente, cuadró los hombros y tomó su decisión; después de todo, la vida debía continuar, y todos necesitarían comer. Saliendo a la cocina, dio instrucciones a la cocinera antes de recoger algunas cosas en su cesta y salir de la casa parroquial por la puerta de la cocina.

A Charlotte le había tomado solo unos días después de llegar a Hunsford como la señora Collins para aprender el nombre de cada persona en el pueblo, y apenas unas semanas antes de conocer todas sus dolencias y problemas. Viendo como su deber ineludible ayudar a los menos afortunados que ella, Charlotte pronto se ganó el cariño de todo el vecindario con su manera firme pero amable y sus formas sensatas.

—Esa señora Collins es una dama mucho más grande que Lady Catherine, sin duda —se decía en muchos hogares alrededor de Rosings, aunque nunca cuando alguien que pudiera delatar tal traición a oídos de Lady Catherine pudiera escuchar.

Por lo tanto, cuando hizo una visita a su vecina, la señora Farley, llevando una cesta de vegetales recién cosechados del jardín de la casa parroquial, y pasó veinte minutos meciendo a uno de los bebés gemelos Farley con cólicos hasta dormirlo, la señora Farley fue más que comunicativa con la información.

—¿Ayer, señora? Pues sí, escuché algunos ruidos extraños, ayer por la mañana, fue. Acababa de dormir al pequeño Jimmy y había salido un paso afuera meciendo a Alicia cuando creí oír gritos en dirección a la casa parroquial, y alguien corriendo por el camino. Pero estaba en el jardín, no en la casa, así que no pude verlos, quienquiera que fuese. —Negó con la cabeza en señal de simpatía—. El ama de llaves del Dr. Trent me dijo que la señorita Elizabeth sufrió una caída, qué cosa terrible. ¡Mis mejores deseos para la recuperación de su amiga, señora Collins, rezaré por ella en la iglesia mañana!

Charlotte logró esbozar una débil sonrisa.

—Gracias, señora Farley. Ahí, creo que Alicia está dormida ahora —acomodó a la niña en la cuna junto a su hermano—. Y será mejor que vuelva. La familia de Lizzy está con ella, pero quiero asegurarme de atender su comodidad.

—Por supuesto, señora Collins, y gracias por pasarse.

Respirando profundamente al salir de la cabaña de los Farley, Charlotte se volvió hacia la casa parroquial; pero aún no se dirigía a su propia casa. En su lugar, empujó la siguiente pequeña puerta a lo largo del camino y se dirigió por el sendero hacia la modesta casita del Dr. Trent.

El jardín del doctor era más bonito que el suyo, pensó; mientras que ella tenía que discutir con el señor Collins por cualquier flor (aparte de las rosas, que eran aprobadas por Lady Catherine), y estas se mantenían estrictamente confinadas en un pequeño rincón, el jardín del doctor era un frenesí de colores. Sin embargo, incluso con menos verduras, el jardín no era menos útil; todas las plantas que reconocía tenían usos medicinales. Se detuvo para inspirar junto a un arbusto de lavanda particularmente fragante, y se sorprendió cuando el mismo doctor apareció por el camino.

—¡Señora Collins! ¿Cómo está usted? ¿Le ha pasado algo a la señorita Elizabeth?

—¡No, no! —Sonrió ante su expresión preocupada—. De hecho, ella está mucho mejor, doctor. Su padre y su tío han llegado y está en buenas manos bajo su cuidado y el de la señorita Bennet.

La expresión del Dr. Trent se alivió.

—Y ¿cómo está *usted*, con una casa llena de huéspedes inesperados, señora Collins? ¡Debe cuidarse también, ya sabe!

Charlotte se sonrojó un poco.

—Oh, estoy bien, Dr. Trent. Muy bien, por favor no se preocupe por mí.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarla? —le dirigió una mirada desconcertada y le ofreció su brazo para escoltarla hasta la puerta—. ¡No es que no sea siempre un placer estar en su compañía, por supuesto!

Esto la hizo reír un poco, pero se puso seria rápidamente.

—Me preguntaba, Dr. Trent, si podría hablar con su ama de llaves —mantuvo su voz muy baja mientras entraban en la casa—. Estoy intentando reconstruir los pasos de Lizzy de ayer por la mañana.

—Ah —Trent le dirigió una mirada comprensiva—. Ya veo. Bueno, ¿quizás podríamos ir a la cocina y molestarla por una taza de té, si tiene tiempo? Le aseguraré que estará en lo correcto al responder a sus preguntas.



Capítulo Dieciocho

LA SEÑORA THOMAS, EL ama de llaves del señor Trent, era una dama parlanchina y amigable que estaba más que feliz de preparar una tetera y servir gruesas rebanadas de pastel de frutas. Invitada a sentarse con ellos por el doctor Trent, lo hizo con gusto, mirando inquisitivamente a Charlotte cuando le informaron que esta quería hacerle algunas preguntas.

—Cualquier cosa que pueda hacer, señora Collins, lo que sea. ¡La señorita Elizabeth es una joven tan agradable! ¡Quedé *impactada*, impactada al enterarme de su accidente! ¡Impactante!

—Sí, en efecto —dijo Charlotte con una pequeña sonrisa—, pero como el doctor Trent puede haberle dicho, la pobre Lizzy se golpeó la cabeza y no recuerda nada en absoluto, y solo estoy tratando de descifrar qué demonios estaba haciendo.

—Bueno, en mi opinión, estaba bastante alterada, ¿sabe, señora Collins? —la señora Thomas se inclinó hacia adelante confidencialmente—. Yo estaba justo junto a la ventana aquí en la sala delantera cuando la vi apresurándose por el sendero. Llovía a cántaros. Debe haberse empapado por completo.

—¿Usted la *vio*? —Charlotte parpadeó, sorprendida.

—Pues sí, pero eso debe haber sido mucho antes de su caída, porque se dirigía hacia la casa parroquial, ¿ve? —la señora Thomas asintió y tomó un sorbo de su té.

Confundida, Charlotte se recostó. —Eso fue de regreso de su paseo —dijo lentamente—. Pero ¿por qué cree que estaba alterada, más allá de solo mojarse en la lluvia?

—He visto a la señorita Elizabeth mojada por la lluvia antes, ¿no es así? —la señora Thomas asintió sabiamente—. Normalmente no se ve tan infeliz. Estaba pálida como una sábana, abrazándose a sí misma. Parecía como si acabara de escuchar algo terrible.

Charlotte y el doctor se miraron con el ceño fruncido, preguntándose qué podría significar eso; pero la señora Thomas aún no había terminado.

—Y no diez minutos después, la vi corriendo de vuelta en la otra dirección.

—¿Usted la vio...? —el doctor Trent se quedó boquiabierto.

—Así es. No piense que estaba holgazaneando, señor, se lo ruego... Estaba sentada puliendo esos candelabros de latón —señaló dos candelabros brillantes en la mesa junto a la ventana—. Pero es un trabajo aburrido, no necesita mis ojos, así que estaba mirando por la ventana. No vi al buen coronel regresar con la señorita Elizabeth, sin embargo, porque no pasó ni un minuto después de que ella pasara corriendo que usted mismo llegó a casa, todo empapado. Aunque no tan mojado como habría estado la señorita Elizabeth para ese momento, porque la segunda vez que pasó, ¡ni siquiera llevaba puesto su spencer!

—¿Pero lo llevaba puesto cuando la vio la primera vez? —preguntó el doctor Trent.

—Oh, sí, señor. Estoy bastante segura de ello. Ese bonito gris que tiene con las rosas rosadas bordadas. —La señora Thomas suspiró, sacudiendo la cabeza—. ¡Una joven tan encantadora! Espero que se sienta mejor pronto. Bueno, será mejor que vuelva a mis deberes, señora Collins, a menos que haya más preguntas, pero no creo que haya nada más que pueda decirles que sea de utilidad...

—Muchas gracias, señora Thomas —dijo el doctor Trent, poniéndose de pie para acompañarla a la salida—. Ha sido de más ayuda de lo que pueda imaginar.

Cerró la puerta detrás del ama de llaves, que aún parloteaba, y volvió a sentarse frente a Charlotte.

—Bueno —dijo.

—Yo... no sé qué pensar —dijo Charlotte, aún un poco aturdida.

—No creo que la señora Thomas se invente nada. Le gusta charlar, pero no hay maldad en ella.

—¡Desde luego que no! No, doctor Trent, solo estoy pensando que debe tener razón. Lizzy llevaba puesto ese spencer cuando la vi salir a dar su paseo ayer por la mañana, pero no lo llevaba cuando el coronel Fitzwilliam la trajo de vuelta.

Se miraron fijamente. —Entonces —dijo el doctor Trent lentamente—, en el espacio de diez minutos, Elizabeth corrió bajo la lluvia desde aquí hasta la casa parroquial y de vuelta, habiendo perdido su spencer en algún punto del camino.

—Y fue atacada en algún punto del camino —dijo Charlotte con tristeza.

—¿Está completamente segura de eso?

—¡Por supuesto, señor! —Procedió a contarle la información que el coronel y Darcy habían compartido, que Elizabeth ya estaba corriendo cuando llegó al sendero, y continuó corriendo

hasta que cayó en el arroyo—. Y la señora Farley escuchó gritos —terminó, poniéndose de pie y mirando por la ventana. El doctor se unió a ella después de un momento.

—Corrió en esa dirección —el doctor señaló—. No habría ido a ningún otro lugar más que a la casa parroquial bajo la lluvia, ¿verdad?

—En efecto —Charlotte estuvo de acuerdo—. Y unos minutos después, corrió de vuelta, presumiblemente después de los gritos que escuchó la señora Farley... ¿pero que la señora Thomas no escuchó?

—Es un poco sorda —confió el doctor, haciendo que Charlotte sonriera.

—Eso lo explica, entonces.

—¿Pero dónde se quitó el spencer? ¿O lo perdió en la lucha?

—Si se lo quitó, debe estar en la casa parroquial —abruptamente Charlotte se volvió hacia la puerta—. Debo encontrarlo. ¡Debo hacerlo!

—¡Señora Collins! —sorprendido por su movimiento repentino, él extendió la mano y la tomó del brazo.

—¿No lo ve, doctor? —ella se volvió hacia él, con los ojos brillantes de lágrimas—. Si está en la casa parroquial, entonces es allí donde fue atacada. *En mi casa*.

Conmocionado, la soltó.

Charlotte se apresuró a volver a la casa parroquial, entrando por la puerta de la cocina. —Señora Shandy —se dirigió a su cocinera, ignorando a la señora Soward, la asistente del ama de llaves de Rosings que estaba de pie con los labios fruncidos—, ¿puedo preguntar si usted o Agnes encontraron por casualidad el spencer gris de la señorita Elizabeth en algún lugar ayer?

—No, señora —la señora Shandy negó con la cabeza—, yo no lo hice, y Agnes se lo habría traído a usted para devolvérselo a la señorita Elizabeth, ¿no cree?

—Sí, en efecto —murmuró Charlotte, dejando a las dos mujeres y saliendo al pasillo—. Sí, lo habría hecho. —Deteniéndose, miró a su alrededor, pensando—. ¿Dónde podría estar? —Entró en la sala—. Lizzy habría entrado aquí, probablemente... se lo habría quitado frente al fuego. —Mirando alrededor, revisó por todas partes, pero no había señal del spencer. Perpleja, volvió a salir al pasillo y abrió el armario del vestíbulo, sin ninguna expectativa real de encontrar el spencer, porque el ridículo armario tenía estantes, según lo decretado por Lady Catherine, en lugar de ganchos para colgar las cosas.

Pero allí, empujado al fondo de un estante, había una bola arrugada de tela gris.

Horrorizada, Charlotte extendió la mano y agarró la tela, sacándola. Todavía estaba húmeda, pero al sacudirla, vio que estaba completamente intacta. Rompiendo en llanto, corrió a la sala y

se sentó en el sofá, aferrando el spencer húmedo en sus manos.

—¿Charlotte? —dijo una voz suave con incertidumbre—. ¿Qué sucede?

Levantó la mirada para encontrar a Jane que acababa de entrar en la habitación, sentándose a su lado y rodeándola con un brazo gentil y reconfortante.

—Oh, Jane —sollozó Charlotte con total desesperación—, ¡oh, Jane, es todo demasiado terrible para expresarlo con palabras!

Poco a poco, Charlotte logró contarle a Jane lo que había descubierto.

—Debió haber sido algún comerciante —sollozó—, pero no puedo soportar pensarlo, Jane, *¡en mi propia casa!*

—Tranquila —la consoló Jane, acariciando su cabello—. Tranquila, Charlotte, has sido maravillosa, una verdadera detective. Los Bow Street Runners desearían tener a alguien la mitad de inteligente que tú.

Charlotte soltó una pequeña risa entre hipos, antes de recostarse y secarse los ojos, limpiando sus lágrimas, decidida a no sentir más lástima por sí misma. —Bueno, pero el trabajo está solo a medias —dijo con decisión—. Ahora, debemos averiguar quién vino a la casa.

—¿Quién vino a la casa cuándo, querida? —dijo una voz, y ambas miraron sobresaltadas para ver al señor Collins de pie en la puerta.

Charlotte estaba a punto de responder cuando Jane le apretó la mano en señal de advertencia.

—Una visita que perdimos el otro día, señor Collins —dijo Charlotte rápidamente—. Agnes no anotó el nombre del visitante, la tonta muchacha.

—En efecto, en efecto. Bien. ¿Y cuándo podríamos esperar cenar hoy, señora Collins? La cena de ayer dejó mucho que desear, se lo aseguro.

Charlotte sospechaba que estaba mirando a su marido con tanto disgusto como Jane en ese momento.

—En breve, señor Collins, acabo de estar en la cocina y la señora Shandy tiene todo bajo control. ¿Por qué no va a lavarse? ¿Está Maria con usted?

—Acaba de subir ella misma, mi querida Charlotte —el señor Collins inclinó la cabeza hacia ella, favoreció a Jane con una sonrisa untuosa y se marchó.

—No puede saberlo —susurró Charlotte a Jane con fiereza—. Si siquiera *sospecha*, se lo dirá a Lady Catherine, ¡y ella se lo contará al mundo entero! Ya ha sido bastante terrible porque sospecha que Lizzy busca atrapar al señor Darcy...

Jane se llevó las manos a la cabeza. —¿Qué demonios ha estado pasando entre Lizzy y el señor Darcy? —exclamó lastimeramente—. ¡La última vez que supe, ella odiaba su mera presencia, y

él solo la miraba para encontrar faltas! Ahora el coronel Fitzwilliam me dice que Darcy ha estado enamorado de ella todo este tiempo, y Lizzy... ¿qué ha estado haciendo *ella*, Charlotte?

—¡Siendo intencionadamente ciega, como siempre! —suspiró Charlotte—. Intenté decírselo, de verdad que sí, pero todo lo que podía decir es que él es más orgulloso y arrogante que nunca.

—¿Cómo acabará todo esto, me pregunto? —dijo Jane, sacudiendo la cabeza.

—Él *lo sabe*, Jane —dijo Charlotte con tristeza—. Nunca se casaría con ella ahora, en cualquier caso.

Las dos amigas se miraron con tristeza, preguntándose si habría alguna forma posible de que este desastre pudiera salir bien.

Jane convenció al señor Bennet de bajar a cenar, mientras ella se quedaba con Elizabeth. Elizabeth se sintió capaz de tomar un poco de caldo claro, que era todo lo que el Dr. Trent le había recomendado por ahora, pero después se sintió bastante exhausta y no necesitó convencimiento alguno para acostarse y cerrar los ojos. Se quedó dormida en cuestión de momentos, dejando a Jane mirando silenciosamente por la ventana y preguntándose qué traería el mañana.



Capítulo Diecinueve

—DÉJAME VER SI LO entiendo bien —preguntó el señor Gardiner al coronel Fitzwilliam—, ¿este idiota animó a su amigo Bingley a abandonar a mi sobrina Jane, todo porque estaba aterrado por sus sentimientos hacia Elizabeth? —Hizo un gesto en dirección general a Darcy, quien se había quedado profundamente dormido en un diván en la esquina después de consumir la mayor parte de una botella de un brandy bastante bueno.

Fitzwilliam hizo una mueca, rellenando el vaso del señor Gardiner.

—Cuando lo pones así, suena bastante espantoso.

—¡Ya lo creo! La pobre Jane ha estado deprimida en mi casa estos dos meses, con el corazón completamente roto. Aunque —el señor Gardiner hizo una pausa con el vaso en la mano—, considerando lo que mi esposa me contó sobre el comportamiento grosero de las hermanas, parece que Jane podría haber tenido suerte de escapar. Le habrían hecho la vida un infierno.

—Las he conocido —Fitzwilliam se estremeció—, y no le desearía a ninguna pobre mujer tenerlas como cuñadas. Han puesto sus miras en la hermana menor de Darcy, Georgiana, como posible novia para Bingley, todo parte del plan de la señorita Bingley para conseguir a Darcy para sí misma, y como cotutor de la señorita Darcy, puedo decirte que nunca aprobaría el matrimonio, aunque el propio Bingley sea un tipo bastante decente. —Levantó su propio vaso en un brindis—. Por la divina señorita Bennet, que merece algo mejor.

No se dio cuenta de que el señor Gardiner le dirigía una mirada muy astuta antes de levantar su propio vaso.

—¡Señorita Bennet! —Darcy se despertó de repente, sobresaltándolos a ambos—. ¡Sí! Debo hacer enmiendas —y se puso de pie tambaleándose y salió de la habitación, dejando a los otros dos hombres mirándose en un silencio perplejo hasta que el señor Gardiner dijo:

—Será mejor que vayas y te asegures de que no haga algo más idiota para complicar aún más este lío, coronel.

Fitzwilliam encontró a Darcy sellando una nota garabateada apresuradamente en su habitación.

—¿Y eso qué es? —preguntó mientras Darcy se la entregaba a su ayuda de cámara.

—Una carta para Bingley.

—No estoy tan seguro de que sea la mejor idea que hayas tenido últimamente, incluso para ti.

—¿Y qué se supone que significa eso? —exigió Darcy indignado—. Le debo una *deuda* a Bingley, Fitz. ¡Le oculté deliberadamente que la señorita Bennet estaba en la ciudad y le negué una oportunidad de felicidad! Jane Bennet es una mujer verdaderamente buena, ¡y he sido injustamente cruel con ambos, sin más razón que mi propio orgullo insensato!

Presionando las yemas de los dedos contra el puente de su nariz, Fitzwilliam se dio cuenta con pesar de que quizás había bebido una copa de más para debatir con Darcy sobre los méritos de su plan en ese momento.

—¿No podría esto esperar hasta la mañana? —preguntó esperanzado—. ¿Tal vez podríamos consultar con el señor Gardiner sobre el curso de acción más sabio?

—Quieres decir que pretendes disuadirme —dijo Darcy astutamente—, y no lo harás, no lo permitiré. Vete, por favor —le hizo un gesto a su hombre—, busca un jinete expreso, quiero que esto esté en manos de Charles Bingley antes de medianoche.

Fitzwilliam observó con desánimo cómo el hombre se marchaba. Tenía la terrible sensación de que Darcy acababa de poner en marcha otra serie de eventos que resultarían ser completamente desastrosos. Con un suspiro desmoralizado, se dio la vuelta y se dirigió a su propia habitación.

Fitzwilliam fue despertado a la mañana siguiente por su ayuda de cámara, que lo sacudía suavemente.

—Disculpe, señor, pero el doctor de Hunsford está aquí para verlo. Dice que es urgente —dijo su ayuda de cámara cuando se despertó.

—Cinco minutos —murmuró Fitzwilliam, incorporándose.

Encontró al Dr. Trent esperándolo en el salón privado de abajo, caminando de un lado a otro, con el ceño fruncido ansiosamente.

—¿La señorita Elizabeth? —fue la primera pregunta de Fitzwilliam.

—Está bastante bien, se lo aseguro. Pasó una noche tranquila según la señora Collins, con quien hablé antes de salir de Hunsford esta mañana.

—Me alegra oírlo. ¿Qué le trae aquí tan temprano, entonces, doctor? —Hizo un gesto al otro hombre para que se sentara a la mesa.

—Ayer, la señora Collins y yo hablamos con una vecina, y con mi ama de llaves —comenzó el doctor—, y anoche pasé por la rectoría para ver cómo estaba la señorita Bennet. —Continuó contándole a Fitzwilliam sobre el spencer desaparecido, y cómo el hallazgo de Charlotte había solidificado sus sospechas de que Elizabeth había sido atacada en la rectoría.

Fitzwilliam solo asintió atentamente mientras el doctor hablaba.

—¿Y hay algún sospechoso? —preguntó finalmente.

—Los Collins no tienen un sirviente, como sabrá, coronel; Lady Catherine envía trabajadores de Rosings para cualquier trabajo que necesite hacerse, y el señor Collins mantiene su poni y calesa en la granja a lo largo del camino. La señora Collins pensó que podría ser un comerciante que vino de visita, pero hice algunas preguntas en el pueblo ayer por la tarde y todos los que podría haber sospechado capaces de tal acto tenían coartada para el momento del incidente.

—Maldición —Fitzwilliam sopló sus mejillas y se desplomó en su silla—. ¿Nadie vio a nadie en el camino?

Trent bajó la mirada, de repente muy ocupado con el ala de su sombrero que sostenía en su regazo.

—Solo a la señorita Bennet y, un poco más tarde, cuando la lluvia había terminado... al señor Collins.

Fitzwilliam se quedó inmóvil, mirando a Trent.

—¿Qué está diciendo exactamente, hombre? —preguntó cuidadosamente.

—Que yo mismo vi al señor Collins saliendo de la rectoría, y que tuvo que ser poco *después* de que se viera a la señorita Elizabeth corriendo hacia Rosings, y antes de que usted regresara con ella.

Los dos hombres se miraron en silencio por un largo momento.

—El señor Collins estaba en la rectoría cuando la señorita Elizabeth fue atacada —dijo Fitzwilliam, apenas capaz de creerlo él mismo.

—Y el hecho de que la señora Collins encontrara su spencer mojado, sin daños, también en la rectoría parece indicar que Elizabeth llegó allí, se lo quitó, fue atacada y luego huyó. Y que su atacante lo metió en el armario del pasillo en un intento de ocultarlo.

—Es un *clérigo* —dijo Fitzwilliam con tono de absoluta incredulidad—. Un clérigo pomposo y engreído que escucha demasiado las palabras de mi tía y presta poca atención a las del Todopoderoso, pero... un *clérigo*.

—Nada menos que el primo de la señorita Elizabeth —el doctor Trent parecía tan repugnado como se sentía Fitzwilliam—. Pero los hechos son irrefutables. Lo repasé de nuevo con mi ama

de llaves después de que la señora Collins se marchara. Vieron a Elizabeth corriendo hacia la casa parroquial, bajo la lluvia. Unos minutos después, se oyeron gritos, y la vieron salir corriendo de la casa parroquial, sin su spencer. Unos diez minutos después, yo mismo llegué a casa. Mientras me cambiaba de ropa seca en el piso de arriba, desde la ventana de mi dormitorio vi al señor Collins saliendo de la casa parroquial, dirigiéndose hacia el camino occidental rumbo a Rosings.

—El camino occidental —dijo Fitzwilliam pensativamente—. Es una ruta más lenta que aquella en la que encontré a la señorita Elizabeth.

—Mucho más seca, sin embargo, con una base pedregosa. El señor Collins conoce bien los caminos, sabría que el otro estaría embarrado después de la lluvia. Es un tipo meticuloso.

—¡La carta! —exclamó Fitzwilliam de repente—. ¡Así es como consiguió la carta de Darcy!

—¿Carta? —Trent lo miró sin comprender, y Fitzwilliam se dio cuenta de que estaba pisando terreno peligroso. Dudó antes de decidir que ya confiaban en el doctor Trent con varios secretos peligrosos.

—El señor Darcy le dio a la señorita Elizabeth una carta que contenía información conocida por muy, muy pocas personas. La señorita Elizabeth estaba... algo alterada, y creemos que se apresuró directamente de vuelta a la casa parroquial.

Trent solo parecía desconcertado.

—La carta, descubrimos, llegó a manos de Lady Catherine. Mi prima Anne nos dijo que Collins se la había entregado.

—Y *él* solo podría haberla obtenido si vio a la señorita Elizabeth —dijo Trent con creciente comprensión—. Esa es, sin duda, una prueba condenatoria.

—Un *clérigo*, su *primo*, un hombre casado bajo cuya protección ella residía —dijo Fitzwilliam con absoluto disgusto.

—Bajo cuya protección *aún* reside —señaló Trent.

Se miraron el uno al otro con repentino horror antes de levantarse de un salto y correr hacia la puerta.

Que se abrió justo cuando llegaron, revelando a un Charles Bingley inesperadamente furioso.



Capítulo Veinte

—¿DÓNDE ESTÁ? —EXIGIÓ BINGLEY—. ¿Dónde está Darcy?

—Eh... —Fitzwilliam se detuvo en seco. Trent le lanzó una mirada incrédula.

—¿Qué estás haciendo, hombre? ¡No tenemos tiempo que perder!

—Tranquilo, tranquilo —su cerebro había vuelto a funcionar—. La señorita Elizabeth no corre peligro inmediato. No con su hermana y su padre a su lado. Necesitamos manejar la situación con cuidado.

—¿Qué situación? —preguntó otra voz, mientras Bingley miraba confundido de Trent a Fitzwilliam, y todos se giraron para ver a Darcy bajando las escaleras.

—¡Tú! —Bingley avanzó, con fuego en los ojos. Darcy levantó una mano para detenerlo.

—Me equivoqué y me disculpo.

—¿Qué has dicho? —sorprendido, Bingley parpadeó. No era el único. Fitzwilliam también miró a su primo con total confusión.

—Darcy, no te he oído disculparte por nada en años, ¡y no creo que jamás te haya oído admitir que estabas equivocado!

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Darcy en voz baja—, especialmente cuando uno ha aprendido recientemente una lección sobre el dicho de que el orgullo precede a la caída.

—No tengo la más remota idea de lo que estás hablando —dijo Bingley después de un momento —, pero aún creo que quiero golpearte.

—La señorita Bennet ya me dio una bofetada muy merecida, Bingley. Preferiría no recibir una tuya también.

Bingley parpadeó.

—¿*Jane* te abofeteó? —dijo con un tono de absoluta incredulidad.

—Fue una valquiria —dijo Fitzwilliam, con voz un poco soñadora al recordar su primera visión de la hermosa mayor de las señoritas Bennet—. Magnífica.

—No puedo decir que lo apreciara mucho en ese momento —dijo Darcy secamente—, pero sí. La señorita Bennet fue muy impresionante. Su afecto por su hermana es admirable.

Bingley parecía cada vez más confundido. Trent se había cruzado de brazos y observaba el intercambio entre los tres hombres con cierta diversión.

—Buenos días, Dr. Trent —se dirigió entonces Darcy a él—. Por favor, dígame que la señorita Elizabeth se encuentra bien hoy.

—Así era temprano esta mañana, sí, según la señora Collins que acababa de verla, y de hecho estaba preparándole un té, ya que la señorita Elizabeth expresó su deseo de tomar uno.

—No puede imaginar lo contento que estoy de oír eso —respondió Darcy con una sonrisa genuina.

—¿Alguien podría decirme qué demonios está pasando? —exigió Bingley, agarrándose la cabeza.

—Creo que me gustaría mucho saber eso yo también —declaró una nueva voz, y todos se giraron para ver al señor Gardiner acercándose.

—Creo que volveré a Hunsford —dijo Trent apresuradamente—, ya tiene mis noticias, Coronel, y estoy seguro de que puedo ser de más utilidad allí que aquí.

Compartió una mirada significativa con el coronel Fitzwilliam, un intercambio que no escapó a la atención del señor Gardiner, aunque el hombre mayor no dijo nada.

—Estoy seguro de que nos uniremos a usted allí en breve. ¿Se quedará en la rectoría hasta nuestra llegada? —preguntó Fitzwilliam con una mirada significativa.

—Tiene mi palabra. —Trent extendió su mano para estrecharla antes de partir rápidamente, llamando a su caballo.

Bingley seguía de pie, con aspecto totalmente desconcertado, así que el señor Gardiner se apiadó de él.

—El señor Bingley, supongo —extendió una mano—. Soy Edward Gardiner. Creo que está usted familiarizado con mis sobrinas, las señoritas Bennet.

Bingley se puso alternativamente rojo y luego blanco antes de estrechar cortésmente la mano del señor Gardiner.

—Sí, señor. Sí, en efecto, eso es correcto. La señorita Bennet, y la señorita Elizabeth, y la señorita Mary y la señorita Kitty y la señorita Lydia...

El señor Gardiner hizo una ligera mueca, y mientras Bingley pasaba junto a él hacia el salón privado a instancias de Darcy, dijo en voz baja a Fitzwilliam:

—Supongo que no puedo culpar al muchacho por acobardarse, realmente. Lydia por sí sola es el tipo de pariente que cualquier hombre dudaría en adquirir.

Fitzwilliam le dio una mirada incrédula.

—Bingley no está en posición de criticar a las hermanas de nadie más, señor, créame. Todos tenemos parientes que nos hacen sonrojar. Darcy y yo estamos cargados con Lady Catherine, después de todo; los Bennet con el señor Collins...

El señor Gardiner sonrió.

—Me atrevería a decir que ellos piensan lo mismo de nosotros, señor.

Eso hizo reír a Fitzwilliam, mientras avanzaba para tomar asiento en la mesa.

—Bueno, me atrevería a decir que bien podríamos pedir algo de comer para desayunar, ¿qué dicen? —sugirió.

—¡Excelente idea, Coronel! —se entusiasmó Bingley—. ¡Salí de Londres sin probar bocado y puede que me desvanezca si no como algo pronto! Qué alegría volver a verlo, debo decir.

—Una lástima que no sea en circunstancias más agradables.

—¿Qué? Oh, sí, bueno, puede que esté molesto con Darcy por, ejem —Bingley miró al señor Gardiner con cierta cautela antes de encogerse de hombros y decir—, bueno, por ser imposiblemente Darcy, pero no hay razón para que esté molesto contigo. ¿O sí? ¿O también estabas metido en este plan perverso para mantenerme alejado de mi ángel?

—Le agradeceré que no se refiera a mi sobrina como "su ángel" —dijo el señor Gardiner en un tono marcadamente frío, haciendo que Bingley se sonrojara intensamente y balbuceara disculpas y que Fitzwilliam riera por lo bajo.

—No hubo ningún plan perverso, Bingley —dijo Darcy con cansancio—, al menos no por mi parte, aunque no puedo hablar de los motivos de tus hermanas. Ellas estaban al tanto de la presencia de la señorita Bennet en Londres mucho antes que yo, te lo aseguro.

El rubor de Bingley se intensificó aún más.

—Y me ocuparé de eso con ellas, te lo aseguro, ¡cuando las vea la próxima vez!

—¿No las esperamos, entonces? —preguntó Darcy esperanzado.

—Bueno, no les dije a dónde iba, ¡ya que recibí tu carta poco después de medianoche y salí una hora después! —Bingley le lanzó una mirada fulminante—. Aunque —pareció pensativo—, le dije a mi criado que empacara mis baúles y enviara el carruaje aquí, así que es posible que puedan enterarse de esa manera...

—Oh, Dios mío, ayúdanos —dijo Darcy, sin molestarse en bajar la voz, haciendo que Fitzwilliam se atragantara con su risa y que las cejas del señor Gardiner se elevaran.

—¿Hay algo de lo que deba estar al tanto, señor Darcy? —preguntó.

Fue Bingley quien respondió cuando Darcy solo suspiró.

—Mi hermana... mi hermana menor, la señorita Caroline Bingley... ha, em, ha puesto su mira en convertirse en la señora Darcy —se sonrojó intensamente—. Planeaba avanzar en su agenda concertando un matrimonio entre yo y la señorita Darcy.

—Quien solo tiene dieciséis años —intervino Fitzwilliam.

—Y, perdóname, Darcy, porque tu hermana es una joven encantadora, dulce y hermosa con quien cualquier hombre se consideraría afortunado de casarse, pero... —Bingley se interrumpió miserablemente.

—Pero no tú —dedujo correctamente el señor Gardiner.

—La señorita Darcy es muy tímida —dijo Bingley débilmente.

—Y Bingley aquí es el epítome de la mariposa social —dijo Fitzwilliam alegremente—. Georgiana odiaría absolutamente su estilo de vida, aunque el hombre en sí no sea tan objetable.

La expresión de Bingley era todo un poema, tanto que el señor Gardiner tuvo que reír.

—Ya veo —dijo al fin.

—En fin —dijo Bingley, lanzando una última mirada fulminante a Fitzwilliam—, Caroline estaba bastante decidida a desviar mi atención de la señorita Bennet.

—Y la del señor Darcy de Lizzy —murmuró el señor Gardiner, iluminado—. Empiezo a entender.

—¿Darcy y Lizzy...? ¿Te refieres a la *señorita Elizabeth*? —Bingley parecía aún más desconcertado. Sacudiendo la cabeza, tomó asiento en la mesa—. ¡Por el amor de Dios, que alguien pida algo de comer! ¡No puedo pensar tan intensamente con el estómago vacío!



Capítulo Veintiuno

ELIZABETH DESPERTÓ SINTIÉNDOSE MUCHO mejor que el día anterior, para ver a Jane durmiendo a su lado, con su hermoso rostro sereno apoyado en su mano. Con cuidado, Elizabeth alzó los dedos para tocar ligeramente el chichón en su cabeza. No había dolor hasta que sus dedos lo rozaron, y entonces hizo una mueca, soltando un siseo. Eso dolía.

Jane se agitó cuando Elizabeth hizo un sonido. Sus ojos azul aciano se abrieron, se ensancharon al ver a Elizabeth sentada en la cama, con los dedos en la frente. —¡Lizzy! —se incorporó, extendiendo la mano—. ¡Oh, vuelve a acostarte!

—No lo haré, ya estoy harta de estar en cama fingiendo ser una inválida —Elizabeth sonrió para suavizar sus palabras—. Mira; es un día hermoso afuera y me gustaría tomar algo de aire.

—Lizzy, no creo que sea prudente. ¿No podrías al menos esperar hasta que venga el Dr. Trent?

Elizabeth suspiró ante eso y accedió a las súplicas de Jane, aunque insistió en levantarse y vestirse. Jane fue a buscar té para ambas y pasaron una tranquila media hora ayudándose mutuamente a vestirse y cepillándose el cabello, Jane siendo especialmente cuidadosa con la frente dolorida de Elizabeth.

—No, no lo recogeré —dijo en respuesta a la petición de Elizabeth de hacerlo—. Nadie espera que te veas perfecta, querida. No después de... después de lo que pasó. —Trenzó los largos rizos de Elizabeth en una trenza suelta, atando el extremo con una cinta—. Ahí está, perfectamente respetable para quedarte en tu habitación.

—Lo cual no voy a hacer.

—Lizzy... —Jane suspiró, meneando la cabeza con cariño—. Tuviste un accidente terrible. ¿Acaso recuerdas lo que pasó?

—No —admitió Elizabeth un poco avergonzada—. No recuerdo nada antes de despertar y ver tu rostro.

—¿Desde cuándo? —preguntó Jane. Elizabeth frunció el ceño, sin entender la pregunta—. ¿Cuál es la última cosa que recuerdas de antes? ¿Recuerdas algo de ese día?

Elizabeth se reclinó, sorbió su té y pensó, mirando a su hermana con curiosidad. Nunca había visto a Jane tan vehemente, tan apasionada. —¿Qué está pasando, querida? —preguntó finalmente—. ¿Qué me estás ocultando?

—¡Nada! —dijo Jane, demasiado rápido. También apartó la mirada, incapaz de mirar a Elizabeth a los ojos.

—¿Qué es lo que quieres que recuerde? —dijo Elizabeth suavemente, estrujándose el cerebro—. Hay algo... —sus dedos revolotearon hasta sus pechos, y Jane jadeó, con lágrimas en los ojos.

—¡Darcy! —exclamó, con la voz temblorosa—. Cuando me hablaste por primera vez, cuando te pregunté qué había pasado, gritaste y te aferraste a mí, diciéndome que Darcy había hecho algo terrible. ¿A qué te referías?

Entonces fue el turno de Elizabeth de gritar, alcanzando las manos de Jane. —Oh Jane, oh, ¡apenas puedo soportar pensar en ello, incluso ahora!

—Pero debes hacerlo —Jane intentó estabilizar su voz—. *Debes* decírmelo.

—¡Me dijo que ayudó a la señorita Bingley a separarte de tu querido Bingley! ¡Estaba *orgulloso* de ello, el ser vil, orgulloso de herir tan gravemente a la chica más dulce y querida que jamás haya vivido! Oh Jane, lo siento mucho, mucho... —las lágrimas corrían por las mejillas de Elizabeth, pero Jane solo la miraba, negando lentamente con la cabeza.

—No me importa un comino el señor Bingley.

—¿Qué? —sorprendida, las lágrimas de Elizabeth se detuvieron.

—Lizzy, hasta hace dos días, nunca me conocí a mí misma. Fue solo cuando me llegó la noticia de tu accidente y tuve que pasar esas largas horas en la diligencia viniendo hacia ti, sin saber si aún vivías, que llegué a una realización. Me importaban más las opiniones de nuestra familia, incluso de nuestros vecinos, que el señor Bingley. Dejé Longbourn no porque tuviera el corazón roto, sino porque estaba avergonzada. Avergonzada de lo que se decía de mí, la pobre Jane Bennet, que con toda su belleza no puede ni siquiera tentar al primer pretendiente serio que ha tenido a hacerle una propuesta.

Jane se cubrió los ojos, respirando rápidamente tras su repentino arrebato. Elizabeth se movió para sentarse a su lado, poniendo su brazo alrededor de sus hombros en un gesto de silencioso consuelo.

—Tengo muchas más razones para avergonzarme ahora, de mi propio comportamiento —dijo Jane en voz baja al fin—. Por mucho que ambas hayamos jurado casarnos solo por el amor más

profundo y verdadero, yo habría dicho que sí a Charles Bingley, si me lo hubiera pedido. Y no lo amo, ahora lo veo. Amaba la idea de ser la señora de Netherfield, la primera entre los vecinos, aceptada como igual por damas tan elegantes como la señorita Bingley y la señora Hurst. El señor Bingley era un medio amable para ese fin.

—Creo que quizás fue un poco más que eso para ti, Jane —dijo Elizabeth con suavidad.

—Quizás lo fue, una vez, pero no regresó por mí, ni envió palabra alguna. Así que o no me ama, o ha puesto los deseos de otros —sus hermanas, y sí, el señor Darcy— por encima de su consideración por mí. Si es lo primero, entonces ninguno de los dos está realmente herido; si es lo segundo, nunca fue el hombre para mí de todos modos. No podría respetar a un hombre que no es lo suficientemente fuerte como para tomar tales decisiones por sí mismo. —Jane bajó las manos. Dos manchas de color ardían en sus mejillas; mantenía la cabeza alta, los ojos azules brillantes—. Así que no reproches al señor Darcy por mantener al señor Bingley alejado de mí, Lizzy. A fin de cuentas, estoy agradecida por sus acciones.

—¡Aun así actuó con un sentido del orgullo abominable, y si solo hubieras escuchado sus opiniones sobre nuestra familia, Jane! —Elizabeth negó con la cabeza enojada.

—El señor Darcy estaba indudablemente en lo correcto, Lizzy.

—¡Jane! —Elizabeth jadeó, sorprendida.

—El señor Darcy sabe lo que es el verdadero amor, Lizzy. Creo que sabía muy bien que no lo veía entre el señor Bingley y yo. En cuanto a nuestra familia —Jane tomó un profundo respiro, mirando sus manos—, seamos honestas entre nosotras. Aunque los amo a todos entrañablemente, no niego que sus faltas existen. Puede que no se las eche en cara como tú a veces tienes la costumbre de hacer, porque por nada del mundo heriría sus sentimientos.

Elizabeth abrió la boca, y luego la cerró de nuevo sin hablar.

—Creo que es *tu* orgullo el que fue herido, querida, al tener al señor Darcy menospreciándonos —dijo Jane perspicazmente—. Tus sentimientos son los que están heridos, mucho más que los míos. Ahora que sabes que no estoy verdaderamente herida, ¿no puedes encontrar en tu corazón el perdón para él? ¿Acaso no advertiste tú a Charlotte que sería infeliz en su matrimonio con el señor Collins, quizás de la misma manera en que el señor Darcy pudo haber advertido al señor Bingley que sería infeliz en un matrimonio conmigo?

Elizabeth se sobresaltó por la pregunta de Jane, sus mejillas sonrojándose de repente. —¡Nunca lo consideré así! —exclamó—. Y Charlotte parece bastante contenta —terminó débilmente.

—Como yo podría haber estado bastante contenta en un matrimonio con el señor Bingley —dijo Jane implacablemente—, pero ¿por qué está mal que el señor Darcy quiera que su amigo tenga

amor, no solo mera satisfacción, cuando tú solo querías eso para Charlotte?

Elizabeth hundió el rostro entre sus manos con un gemido de vergüenza. —Lo hice, ¿no es así? ¡Actué tan terriblemente como él!

—Actuaste por amor a tu querida amiga tanto como él —corrigió Jane con suavidad—. Y sabiendo eso, quizás puedas encontrar en tu corazón el perdón para él.

—Eres demasiado buena, Jane. Demasiado buena. —Elizabeth guardó silencio por un momento, pensando—. Aun así, está el asunto del señor Wickham.

Se miraron la una a la otra por un largo momento, y luego Jane dijo:

—Lizzy, lo siento, pero simplemente no lo creo.

—¿Qué no crees?

—No creo que el señor Darcy haya tratado al señor Wickham tan abominablemente como dice. Creo que el señor Wickham reconoció el interés del señor Darcy por ti, posiblemente antes de que el propio señor Darcy lo supiera, y que deliberadamente vertió su veneno en tu oído para ponerte en contra del señor Darcy incluso antes de que tuviera la oportunidad de cortejarte.

Elizabeth se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. —¿Tú... lo sabes?

—¿Que el señor Darcy está irremediablemente enamorado de ti? Oh, todo el mundo lo sabe ahora, Lizzy, aunque lo mantuvo en secreto, creo —Jane sorbió su té y arqueó una ceja hacia Elizabeth—. Incluso de ti, aunque considerando tu animosidad hacia él, es comprensible, supongo.

—¿Qué quieres decir con que *todo el mundo* lo sabe ahora? —Elizabeth apenas podía creer lo que estaba escuchando.

—Lizzy, nunca he visto a un hombre tan angustiado como cuando pensó que tú... que podrías morir —Jane se contuvo en el último momento—. Estaba al borde del colapso. El coronel Fitzwilliam me dijo que cree que el señor Darcy se enamoró de ti desde el principio, cuando te negaste a impresionarte lo más mínimo por su riqueza e importancia.

Elizabeth se presionó las manos contra la frente, apenas capaz de asimilar lo que Jane estaba diciendo. —Si hubiera comenzado diciendo algo así cuando me propuso matrimonio, en lugar de decirme cuánto iba en contra de su inclinación el que yo le gustara, quizás no me habría enojado tanto con él —dijo en voz baja.

—¿Cuando él *qué*? —Jane se quedó boquiabierta.

—Así que no lo sabes *todo*, entonces. Sí, el señor Darcy me propuso matrimonio, Jane, en una propuesta que superó incluso a la del señor Collins en cuanto a lo terrible, ¡y lo rechacé

rotundamente mientras le echaba en cara todas las cosas horribles que alguna vez he pensado de él!

—Así que *por eso* te escribió la carta —dijo Jane, comprendiendo al fin—. El coronel Fitzwilliam no me dijo qué contenía, pero debe haber sido alguna reivindicación de las acusaciones que hiciste contra el señor Darcy.

—¿Qué carta? —dijo Elizabeth desconcertada.

Los ojos de Jane se agrandaron, y estaba a punto de responder, cuando ambas chicas se sobresaltaron por la voz de un hombre que gritaba desde fuera. Poniéndose de pie, Jane se asomó por la ventana.

—¡Vaya, es el doctor Trent! —dijo—. Y... Dios mío, Lizzy, ¡creo que algo le ha pasado a Charlotte!

Ambas se pusieron de pie de un salto y corrieron hacia las escaleras, Jane olvidando por completo que Elizabeth no debería estar fuera de la cama.



Capítulo Veintidós

EL DOCTOR TRENT NO se había demorado en su viaje de regreso a Hunsford; aunque estaba razonablemente seguro de que Elizabeth estaría a salvo, la impactante probabilidad de que el señor Collins fuera su atacante significaba que el doctor sentía que no había un minuto que perder antes de advertir al señor Bennet, como mínimo, que Elizabeth aún podría estar en considerable peligro.

Deteniéndose en la puerta de la rectoría, desmontó su caballo y empujó la puerta para abrirla. Podría, supuso, haber continuado hasta su propia casa y dejar allí su caballo, pero un terrible presentimiento le hizo decidir que no quería demorarse los cinco minutos que eso le costaría. Guiando a su caballo por el sendero, casualmente miró hacia un lado y vio algo oscuro tirado en el suelo.

Por un breve momento, el doctor Trent no podía creer lo que sus ojos le mostraban, y luego soltó las riendas de su caballo con un grito de horror y saltó hacia el cuerpo que yacía demasiado quieto. Cayendo de rodillas, alcanzó cuidadosamente para voltear a la mujer del vestido oscuro y dio un grito ahogado de angustia al ver aquello que más temía: el rostro pálido y sereno de Charlotte Collins.

—¡Doctor Trent! —Gritos femeninos llegaron a sus oídos; levantó la vista para ver a Jane y Elizabeth Bennet corriendo hacia él.

—Doctor Trent, qué... —Elizabeth se detuvo abruptamente; dos pasos por delante de Jane, había visto lo que Jane no, los moretones que rápidamente se ennegrecían alrededor del pálido cuello de Charlotte—. Dios mío —conmocionada, se tambaleó—. Qué... qué...

Jane se aferró a su brazo. —No mires, Lizzy, no mires...

Elizabeth dirigió una mirada sorprendida a su hermana; había esperado que Jane se hubiera desmayado ante la vista, pero su hermana, aunque pálida, parecía bastante firme.

—¿Aún vive, doctor? —preguntó Jane.

—Yo... no lo sé. —Las manos de Trent temblaban, como no lo habían hecho en muchos años al examinar a un paciente. Cuidadosamente, se inclinó y presionó su oído contra el pecho de Charlotte, rezando para no estar escandalizando a las señoritas Bennet con sus acciones. Cuando levantó la vista, sin embargo, ambas lo miraban con solo ansiosa esperanza en sus rostros.

—Su corazón late, pero su respiración es muy superficial. Debemos llevarla adentro de inmediato y acomodarla. —Con cuidado, deslizó sus manos bajo el cuerpo de Charlotte y la levantó en sus brazos. Era más ligera de lo que esperaba, casi frágil mientras la llevaba al interior de la casa.

—Iré a ver si el señor Collins está en su habitación —se apresuró Jane detrás de él.

—¡No! —Trent casi gritó, llevando a Charlotte al salón—. No, señorita Bennet —dijo, más tranquilo—. Yo... hay algo que necesito discutir con usted, con bastante urgencia —desvió sus ojos hacia Elizabeth y de vuelta a Jane.

—¿Respecto al señor Collins? —dijo Jane, desconcertada.

Trent la ignoró, depositando suavemente a Charlotte sobre el sofá. —Por favor, señorita Bennet, no me cuestione ahora. Necesitaré mi maletín de médico, de mi casa de al lado, no lo tenía conmigo, oh, y mi caballo...

—Atraparé su caballo y lo llevaré a su casa, y volveré con su maletín —dijo Jane, reconociendo que él no estaba en disposición de hablarle ahora—. Lizzy...

—¿Hay algo que pueda hacer aquí para que Charlotte esté más cómoda? —preguntó Elizabeth esperanzada, dando un suave empujón a Jane hacia la puerta—. Por favor, doctor Trent, ella ha hecho tanto por mí; si hay algo que pueda hacer por ella en su hora de necesidad, le ruego que me lo diga.

—Probablemente no deberías estar fuera de la cama —Trent levantó la vista y le dirigió una mirada irónica—, pero ya que lo estás, por favor ve a la cocina. Debemos hacer que la hinchazón en su garganta baje, o sus vías respiratorias pueden obstruirse. Paños fríos, hielo si quedó algo de lo que trajeron de Rosings para tu cabeza...

—¡En seguida, doctor! —Elizabeth salió corriendo inmediatamente.

—Oh, Charlotte —susurró Trent, permitiéndose el pequeño lujo de usar su nombre, en este breve momento de estar a solas con la mujer que amaba—. No mueras. Por favor, no mueras, no puedo soportar pensar en un mundo sin ti en él. —Estaba tan pálida y pequeña; ¿cómo no había notado antes lo pequeña que era? Era una mujer de tal fuerza de carácter, incluso en su quietud, que parecía mucho más grande que su verdadero tamaño.

Suavemente, desabrochó el botón superior de su vestido, examinó la posición de los moretones alrededor de su garganta. No había visto tales marcas desde su entrenamiento en Londres, pero los signos de estrangulamiento eran inconfundibles, las huellas de los fuertes dedos de un hombre claras, oscureciéndose en la piel clara de Charlotte.

—Tengo algunos paños empapados en agua fría de pozo, doctor —dijo Elizabeth, apresurándose a volver a la habitación, y Trent se sobresaltó.

—Gracias, señorita Elizabeth —los tomó de ella, los colocó cuidadosamente sobre la garganta de Charlotte.

—Tengo algunas sales aromáticas aquí... —sugirió Elizabeth tentativamente.

—No, la harán toser, y no debemos arriesgarnos a más tensión en su garganta. ¿Alguna vez has tenido una garganta pútrida?

—Cuando tenía, oh, diez años, creo, sí —asintió Elizabeth—. Estaba bastante miserable con eso.

—La señora Collins se sentirá muy parecido, durante algunos días, aunque esperemos que escape de la fiebre. Bebidas suavizantes; té de manzanilla con miel, caldo de pollo, eso será todo lo que pueda ingerir, junto con un elixir que te daré para ella.

—¿Puedo preguntar qué contiene? —preguntó Elizabeth, viendo su expresión ansiosa y buscando distraerlo—. Mi madre hace una receta que sabe fuertemente a regaliz, que confieso que detesto.

Eso hizo que una pequeña sonrisa apareciera en el rostro del doctor Trent; asintió hacia ella. —Algunos elixires contienen regaliz, pero he descubierto que hay bastantes de mis pacientes que no lo soportan. El que yo prefiero contiene jarabe de violetas, aceite de almendras, miel y una cantidad muy pequeña de jarabe de opio. Ese es el mismo jarabe del que está hecho el láudano, si no lo sabías.

—Lo sabía —asintió Elizabeth—. Esos suenan muy calmantes y curativos.

—Las pastillas hechas con marrubio y aceite de naranja también son muy beneficiosas, he descubierto. —Trent sabía que estaba hablando por el mero hecho de conversar, pero no podía parar, con los ojos fijos en el rostro de Charlotte, en el lento subir y bajar de su pecho—. Debemos mantener los moretones bajo control, tanto como sea posible, o su respiración se volverá muy difícil.

Elizabeth dudó antes de preguntar nerviosamente —¿Ha atendido antes a alguien que ha sido estrangulado?

La cabeza de Trent se giró bruscamente, y ella se acercó un poco más.

—¿Reconoces las marcas? —preguntó en voz baja.

Se lamió los labios nerviosamente. —La biblioteca de mi padre contiene algunas obras escritas por médicos. Confieso que no entendí *todo* lo que decían, pero... el patrón de los moretones parece ser consistente con la descripción. No puedo pensar en una explicación alternativa para tales marcas, en cualquier caso.

Él no sabía qué decir. Ella lo miró con ojos sabios y conocedores, y dijo —¿Crees que fue el mismo hombre que me atacó, quienquiera que fuese, doctor Trent?

—¿Tú... lo sabes?

—Parece bastante evidente, considerando las marcas que yo misma llevo. —Levantó una mano hacia su pecho—. Jane está claramente aterrorizada de que algún día lo recuerde, y no estoy completamente segura de si deseo hacerlo yo misma, así que debo arrojarme a tu misericordia y preguntarte si fui violada.

—Tu valentía me humilla —logró decir Trent a través del nudo en su garganta—, pero no. La señora Collins te examinó bajo mi dirección, y pudimos determinar que aparentemente luchaste y escapaste de tu atacante antes de que... antes de que hiciera algo más que rasgar tu vestido.

Elizabeth asintió pensativamente, arrodillándose junto a Charlotte y tomando la mano inerte de su amiga entre las suyas. —Quienquiera que fuese, no parece haber atacado a Charlotte de la misma manera.

—No.

—Solo intentó matarla. ¿Crees que ella sospechaba quién era? O tal vez lo descubrió merodeando por el lugar...

—¡Tengo su bolso, doctor! —Jane entró apresuradamente en ese momento, interrumpiendo las reflexiones de Elizabeth, por lo que Trent solo pudo estar agradecido. Le hizo señas a Jane rápidamente, tomó el bolso de ella y hurgó brevemente antes de encontrar un frasco, separando cuidadosamente los labios de Charlotte con su dedo y golpeando ligeramente para dejar caer una sola gota sobre su lengua. Sentándose sobre sus talones, observó ansiosamente su rostro.

Fue solo unos momentos después que los párpados de Charlotte temblaron, sus ojos abriéndose lentamente antes de fijarse en el rostro de Trent.

—Daniel —susurró Charlotte débilmente.

—No debes intentar hablar, querida Charlotte —respondió él con su nombre instintivamente, antes de darse cuenta de lo que acababa de hacer, de lo que ella acababa de hacer. Sin embargo, ni Jane ni Elizabeth parecían remotamente preocupadas, ambas solo se inclinaron más cerca para asegurar a su amiga que estaban allí para ella, que estaba a salvo.

—Fue William —Charlotte descartó su preocupación con un gesto, sus ojos fijos en el rostro de Trent—. Mi propio esposo... estoy tan avergonzada...

—Shh —Trent tocó su mano suavemente—. ¿Cómo podría ser culpa tuya?

—Lo sabías. —No era una pregunta. Las lágrimas temblaban en sus pestañas.

—El coronel y yo lo dedujimos, hace solo un momento. Vine directamente aquí, esperando proteger... a todas ustedes. Pero llegué demasiado tarde, Charlotte, y lamentaré hasta el día de mi muerte no haber exigido más a mi caballo al venir aquí.

Ella sonrió, un pequeño tirón torcido y sin alegría en sus labios. —Fue mi culpa. Encontré la spencer. Lo confronté.

Jane de repente se dio cuenta de lo que Charlotte estaba diciendo; jadeó en voz alta. —No. No, *no puede* ser.

Charlotte miró a Trent con una súplica desesperada y cansada. Suavemente, él tocó sus labios con su dedo.

—No intentes hablar más, Charlotte. No ahora. Tu garganta está terriblemente magullada y puede que encuentres difícil respirar; no te dejaré hasta que esté seguro de que estás fuera de peligro.

Elizabeth estaba de pie cerca de la chimenea, con su propia mano presionada contra su garganta, mirando fijamente a Charlotte. Su rostro estaba completamente pálido.

—Lo recuerdo —susurró, haciendo que Jane se volviera hacia ella—. Oh Dios, Jane, lo recuerdo... dijo cosas terribles... intentó... ¡oh, *Jane*! —Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas y Jane instintivamente abrió sus brazos a su hermana, la abrazó para consolarla.

—Nuestro propio primo —murmuró Jane, sacudiendo la cabeza, completamente confundida. No quería creerlo, de hecho, apenas podía concebir que fuera una posibilidad, pero las palabras de Charlotte y Trent parecían constituir una prueba irrefutable.

Un repentino ruido fuerte en el pasillo interior hizo que Jane levantara la mirada; Trent estaba absorto en cuidar a Charlotte y Elizabeth estaba llorando y temblando en los brazos de Jane, así que fue ella quien se enfrentó a los cuatro hombres que irrumpieron en la habitación.



Capítulo Veintitrés

—¿SEÑOR BINGLEY? —LA BOCA de Jane se abrió inelegantemente por la sorpresa—. ¿Qué hace *usted* aquí?

—Vine tan pronto como me enteré de su presencia, queridísima señorita Bennet —declaró Bingley con una amplia sonrisa—. Vaya —notó entonces a Elizabeth—, ¿está bien la señorita Elizabeth?

—Yo diría que claramente no, joven —dijo secamente el señor Gardiner, dando un paso adelante, pero Darcy se le adelantó, con la mano suspendida justo encima del cabello de Elizabeth.

—Eliz... señorita Elizabeth, se lo suplico, por favor no llore. ¡Dígame qué puedo hacer para aliviar su angustia!

Mirándolo, Jane se maravilló de que ninguno de ellos hubiera sospechado la parcialidad de Darcy hacia Elizabeth mientras aún estaban en Hertfordshire; ahora estaba escrito claramente en su rostro, en la expresión agonizante que llevaba, evidentemente deseando tomar a Elizabeth en sus brazos para consolarla aunque no tuviera derecho a hacerlo.

—El señor Collins —dijo Jane claramente, luchando por mantener firme su voz. Mirando más allá del completamente desconcertado Bingley hacia el Coronel, quien encontró su mirada y asintió—. Fue el señor Collins. Me temo que la señora Collins adivinó la verdad y confrontó a su marido. Él la atacó...

—Casi la *mata* —intervino Trent vehementemente, desde su posición arrodillado junto a Charlotte.

El rostro de Fitzwilliam se endureció. —¿Dónde está ahora?

—Huyó —susurró Charlotte débilmente, antes de que Trent la callara de nuevo.

—Vamos, Darcy. Necesitamos encontrarlo. Debe haber perdido el juicio.

—Sí —Darcy miró fijamente a Elizabeth, cuyos sollozos habían disminuido. Sin embargo, ella mantenía su rostro apartado de él; sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció torpemente a Jane—. Lo encontraremos —prometió, agarró la manga de Bingley y lo arrastró fuera de la habitación siguiendo la estela decidida del Coronel.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Bingley lastimeramente mientras se cerraba la puerta—. ¿Por qué está tan angustiada la señorita Elizabeth? La señorita Bennet apenas me miró...

—Por el amor de Dios, hombre —dijo Darcy, exasperado—, no la has visto en seis meses, desde que aparentemente decidiste que ya no te convenía. ¿Esperabas que se arrojara a tus pies? —Se arrepintió del comentario casi al instante, porque Bingley se desplomó como un cachorro pateado.

—No, yo... supongo que no —murmuró—. Especialmente después de que Caroline y Louisa fueran tan poco acogedoras cuando vino de visita.

—Bingley —dijo Fitzwilliam, exasperado—, ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que tu desesperante incapacidad para manejar a tus imposibles hermanas.

La boca de Bingley se abrió y se cerró de nuevo. Miró a Darcy, quien ya se dirigía hacia la puerta.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Bingley de nuevo.

Fitzwilliam dudó, miró hacia la puerta cerrada del salón. —Ahora mismo, necesitamos encontrar al señor Collins. El hombre se ha vuelto loco; casi mata a su esposa. No puede estar lejos. ¡Vamos, Bingley, muévete!

Resultó que, dado una dirección clara y un objetivo claro, Bingley podía moverse bastante rápido. Los tres hombres se apresuraron por el camino hacia la puerta juntos, miraron arriba y abajo del sendero.

—¿Adónde iría? —preguntó Bingley—. No a la iglesia, seguramente...

—Rosings —dijeron Darcy y Fitzwilliam simultáneamente.

—Intentando salvar su propio pellejo arrojando a Elizabeth a los lobos. O a Lady Catherine, más bien —conjeturó Darcy.

—Tenías razón la primera vez, cuando dijiste a los lobos —dijo Fitzwilliam sombríamente—. Sin embargo, ¿por qué camino iría?

—El sendero del este es más rápido —dijo Darcy—, pero ya sabemos que prefiere evitar ensuciarse los pies.

—¡El sendero del oeste, entonces! —Fitzwilliam y Darcy empezaron a correr. Sin ver otra opción, Bingley corrió con ellos.

Estaban a mitad de camino de Rosings cuando el sonido más espantoso hizo que todos empezaran a correr más rápido; era un sonido que los tres habían escuchado antes, el de un caballo con un dolor terrible.

La escena que los recibió al doblar la siguiente curva del sendero fue tan impactante que los tres hombres se detuvieron en seco, mirando con horror antes de apresurarse de nuevo. Un hombre vestido con la librea de Rosings yacía inmóvil en la hierba más cercana a ellos; Bingley se agachó para revisarlo mientras los otros dos continuaban.

Un caballo estaba temblando en los arneses de un carruaje volcado; el segundo yacía chillando y revolcándose en el suelo, con una pata delantera colgando en un ángulo horrible. Fitzwilliam ni siquiera dudó antes de sacar la pequeña pistola que llevaba en el bolsillo de su abrigo y poner fin al sufrimiento del pobre animal.

Cayó un silencio bendito, roto solo por el jadeo angustiado y el ocasional relincho del otro caballo. Bingley se acercó entonces, intentando calmar al animal inquieto.

—El cochero está vivo, parece que se desmayó en el accidente, pero está volviendo en sí ahora. ¿Qué ha pasado?

—Es el pequeño carruaje de Lady Catherine —dijo Fitzwilliam, mirando fijamente la caja volcada. Mirando hacia las piernas que podía ver sobresaliendo de debajo del caballo que acababa de disparar—. Sospecho que atropellaron al señor Collins, en su camino a Rosings...

—Dios mío, ¿está muerto? —Bingley dejó el caballo y se apresuró a mirar.

—Espero que sí, maldita sea —dijo Darcy con vehemencia, pareciendo salir de su shock justo entonces. Avanzando rápidamente, dijo—: Dame una mano aquí, Fitz.

Fitzwilliam ofreció sus manos entrelazadas como escalón y Darcy saltó al lado del carruaje, ahora la parte superior, y abrió la puerta de un tirón. Unos momentos después volvió a bajar, con el rostro sombrío. Respondió a la mirada interrogante de Fitzwilliam con una sacudida de cabeza.

—¿Lady Catherine? —dijo Fitzwilliam conmocionado.

—Y la señora Jenkinson. Gracias a Dios, Anne no estaba con ellas.

—El señor Collins está *muerto* —Bingley se volvió hacia ellos desde donde había estado luchando por mover el caballo muerto.

—No es el único —dijo Darcy sombríamente—. Qué *desastre* tan horrible.

—¿Un *desastre*? ¡Darcy, un hombre está *muerto*! —exclamó Bingley, conmocionado.

—¡También lo es mi tía, y una pobre mujer cuyo único delito fue ser empleada por ella! —le gritó Darcy.

—¡Basta! —Fitzwilliam se interpuso entre ellos—. Ya es suficiente. Debemos actuar ahora; Bingley, ¿puedes soltar ese caballo, pasearlo y quedarte con él y el cochero un rato? Darcy, vuelve a la casa parroquial y busca ayuda, mira si puedes hacer que Trent deje a la señora Collins por un momento.

—¿Y tú? —preguntó Bingley mientras Darcy se daba la vuelta sin decir palabra y comenzaba a correr de vuelta por el camino.

—Iré a Rosings, daré la noticia allí y enviaré hombres para ayudar. También tengo que darle la noticia a mi prima Anne. De cualquier manera, la ayuda llegará en unos minutos, ¡Bingley!

Darcy se detuvo un momento justo fuera de la puerta del salón, preguntándose cómo diablos iba a dar la noticia a los reunidos en el interior. Ahora podía oír la voz del señor Bennet, sumada a la del señor Gardiner, los dos hombres mayores hablando en tonos urgentes cerca de la puerta. Tomando una profunda respiración, Darcy giró el pomo y empujó la puerta para abrirla.

—Señor Darcy —dijo el señor Bennet en un tono bastante asombrado—, ¿se encuentra usted bien?

Se dio cuenta de que debía tener un aspecto espantoso, con el abrigo todo desaliñado por correr, el cabello revuelto y sudor en la cara. Todos en la habitación se volvieron para mirarlo, y el Dr. Trent se puso de pie. Darcy encontró los ojos de Trent, miró a Charlotte y negó ligeramente con la cabeza.

—Señorita Bennet, señorita Elizabeth, ¿puedo pedirles que se queden con la señora Collins unos minutos, por favor? —dijo Trent con firmeza, manteniendo su voz tranquila y serena. Jane y Elizabeth accedieron de inmediato, aunque Elizabeth se encontró con que sus ojos se demoraban en Darcy. Nunca se había imaginado verlo menos que impecablemente vestido, solo lo había visto brevemente descompuesto la noche que le propuso matrimonio y discutieron.

Ahora la estaba mirando con esa misma expresión en su rostro, un anhelo casi desesperado combinado con no poco desprecio hacia sí mismo.

Desprecia su propia debilidad, no a mí, se dio cuenta Elizabeth con un repentino destello de claridad. *Desprecia no poder controlar sus sentimientos hacia mí.*

Fue una oleada bastante embriagadora de poder, darse cuenta de que *ella* tenía el poder de descomponer así a un hombre como el señor Darcy. Le ofreció una pequeña sonrisa tentativa y vio cómo la sorpresa se extendía por su rostro antes de que él le devolviera la sonrisa. Fue solo una breve expresión, pero transformó por completo sus austeras y preocupadas facciones.

Trent lo alcanzó entonces, animándolo hacia la puerta junto con su padre y su tío, pero Darcy mantuvo la cabeza girada hacia Elizabeth, observándola tanto tiempo como le fue posible.

Cuando la puerta se cerró detrás de los hombres, Elizabeth sintió que su corazón latía rápidamente y sus mejillas se sonrojaban. Detrás de ella, escuchó un ruido extraño y se volvió para ver a Charlotte riendo, un sonido ronco y áspero.

—¡*Ahora* te fijas en él! —El esfuerzo de hablar fue demasiado para Charlotte, sin embargo, y comenzó a toser.

Jane y Elizabeth la callaron de inmediato, diciéndole que no debía esforzarse, que no debía forzar su garganta. Elizabeth tocó los paños en la garganta de Charlotte y los encontró calientes; Jane se ofreció a llevarlos a la cocina para conseguir otros frescos y fríos, y también para traer un té calmante.

—Una excelente idea —aprobó Elizabeth—, me sentaré aquí tranquilamente con Charlotte y ambas descansaremos hasta tu regreso.

Eso satisfizo a Jane, y se fue rápidamente, dejando a Charlotte y Elizabeth solas mirándose la una a la otra.

—Recuerdas —dijo Charlotte con voz ronca.

—Sí. —Elizabeth recordaba demasiado bien las cosas horribles que el señor Collins había dicho, su aliento caliente en su mejilla, sus manos desgarrando su corpiño.

—Lo siento tanto, Lizzy... —una lágrima rodó por la pálida mejilla de Charlotte.

—Chist, chist —de inmediato Elizabeth se sentó y tomó la mano de Charlotte—. Querida Charlotte, no te angusties. ¿Cómo podrías haberlo sabido? No, no, nada de esto es culpa tuya.

—¿Lizzy, Charlotte? —dijo una vocecita—. ¿Qué está pasando?

Ambas levantaron la vista y se sobresaltaron horrorizadas al ver a Maria, la hermana de Charlotte, de pie en la puerta, mirándolas con los ojos muy abiertos.



Capítulo Veinticuatro

—MARIA —DIJO ENTONCES EL señor Bennet detrás de ella, y Elizabeth suspiró aliviada cuando su padre, con el rostro desencajado por la conmoción, puso sin embargo una mano gentil sobre el hombro de la joven y la empujó suavemente hacia adelante—. Lo siento mucho, pero tenemos noticias terribles.

Charlotte había cogido un chal del respaldo del sofá cuando Maria miró hacia otro lado, y rápidamente se lo envolvió alrededor del pecho y el cuello para ocultar sus moretones. Una mirada a Elizabeth y se comunicaron silenciosamente entre las dos: Maria nunca, jamás debía conocer la verdad de lo que había sucedido aquí.

—Siéntate —dijo el señor Bennet con mucha suavidad a Maria, y luego a Jane cuando regresó con la bandeja del té en las manos.

—Papá, ¿qué ha pasado ahora? —dijo Jane un poco lastimeramente, pero dejó la bandeja y se sentó.

La puerta principal se cerró de nuevo en ese momento, y Elizabeth, que estaba más cerca de la ventana, miró hacia afuera para ver a Darcy, al doctor y al señor Gardiner apresurándose por el camino. *Algo terrible ha sucedido,* pensó, y volvió a mirar a su padre justo cuando este empezaba a hablar.

—Lamento mucho tener que ser portador de tales noticias, señora Collins —dijo el señor Bennet, y su voz era muy suave—. El señor Collins ha sufrido un accidente terrible.

Charlotte simplemente lo miró fijamente. Jane y Elizabeth se miraron entre sí. Maria fue la única que reaccionó de una manera que el señor Bennet, ignorante de los crímenes del señor Collins, consideró apropiada. Se llevó las manos a la boca y dejó escapar un grito horrorizado.

—¡Oh, no! ¡Oh, mi pobre cuñado! ¡Diga que no es cierto!

—Lo siento mucho, mi pobre niña —el señor Bennet, desconcertado por la mirada silenciosa de las otras tres, se volvió hacia Maria con cierto alivio—. Parece que iba camino a Rosings con prisa cuando asustó a los caballos del carruaje de Lady Catherine de Bourgh. Él... no sufrió.

—¿Lady Catherine? —preguntó Elizabeth, sorprendida.

—Sí, el carruaje volcó, debió ser una colisión bastante fuerte. Lady Catherine y su acompañante, una señora llamada señora Johnson, creo...

—Señora Jenkinson —corrigió Elizabeth.

—Señora *Jenkinson* —el señor Bennet le lanzó una mirada severa—, también han fallecido trágicamente.

Charlotte empezó a toser y se cubrió el rostro con el chal. Elizabeth la atendió rápidamente y descubrió, para su sorpresa, que Charlotte en realidad estaba riendo histéricamente mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Maria también lloraba, con grandes sollozos de verdadero dolor.

Jane miró a su padre y lo vio comenzar a retirarse apresuradamente, lo que pensó que probablemente era lo mejor que podía hacer en estas circunstancias. —¿Por qué no vas a la biblioteca y escribes una carta a mamá? —le sugirió rápidamente—, yo me ocuparé de Maria y Lizzy se quedará con Charlotte... —Apresuradamente lo instó a salir de la habitación, rodeó con su brazo los hombros de Maria y la condujo fuera.

—Charlotte, por favor, debes parar —suplicó Elizabeth—. Esto no puede ser bueno para tu garganta. —Le dio palmaditas suaves en la espalda, sin saber muy bien qué decirle a su amiga mientras esta se ahogaba y jadeaba, secándose los ojos con el chal—. ¡Déjame servirte un poco de té, debes intentar tomar un sorbo! —Añadió varias cucharadas de miel, a pesar de saber que Charlotte detestaría el exceso de dulzura; la miel le calmaría la garganta.

Pasaron varios minutos antes de que Charlotte pudiera detener su ataque de histeria y calmarse, tomando sorbos de té mientras Elizabeth sostenía la taza.

—Gracias, querida Lizzy —susurró Charlotte al fin, recostándose agotada.

—Debes descansar. Todo esto es tan... tan... —Elizabeth no podía pensar en una palabra que siquiera comenzara a describir los acontecimientos de los últimos días—. Abrumador —se decidió al fin—, pero has sido herida. Sé lo preocupado que está el Dr. Trent por tu salud. Debes descansar.

—Tú también, querida —Charlotte tiró suavemente de su mano—. Ven a sentarte conmigo.

—No intentes hablar, entonces —le advirtió Elizabeth, y Charlotte asintió. Elizabeth se sentó a su lado y esperaron en silencio, con la cabeza de Charlotte apoyada en el hombro de Elizabeth,

preguntándose ambas cuál sería el resultado de los extraordinarios acontecimientos del día.



La reacción de Anne no fue en absoluto lo que Fitzwilliam podría haber esperado cuando la hizo sentarse y le comunicó con delicadeza que Lady Catherine había muerto, junto con la señora Jenkinson y el señor Collins. Ella simplemente lo miró en silencio durante varios minutos, con los ojos oscuros, antes de asentir.

—Entiendo. Gracias.

—¿Anne? —dijo Fitzwilliam, desconcertado—. Tu madre...

—¿Esperas que llore y me lamente y rechine los dientes de dolor? Me temo que no haré eso, primo. Mi madre no era una buena persona, y no derramaré lágrimas de cocodrilo por ella. Su muerte me libera, por primera vez en mi vida.

Anne parecía como si le hubieran quitado un gran peso de encima, se dio cuenta. Ella le sonrió, con los ojos brillantes. —Interpretaré el papel de hija debidamente afligida en público, por supuesto; no puedo avergonzar a la familia, pero ¿no puedes estar al menos un poco feliz por mí, Fitzwilliam?

—Querida —dijo él con cariño, cruzando la habitación y arrodillándose para tomar sus manos entre las suyas—, por ver esa sonrisa en tu rostro, yo mismo la habría matado con gusto, a la vieja dragona.

Anne lo hizo callar con una risita escandalizada. —Sin embargo, lamento sinceramente lo de la señora Jenkinson —dijo, cuando se serenó—. Hizo todo lo posible por ser amable conmigo, a pesar de las directrices de mi madre. El señor Collins... bueno, nunca me agradó, pero me aflijo mucho por la señora Collins. Debo ir a verla lo antes posible, asegurarle que no tendrá que dejar la casa parroquial en absoluto si no lo desea.

—Creo que ella deseará hacerlo, y probablemente lo antes posible —dijo Fitzwilliam, tomando la decisión repentina de confiárselo todo a Anne. Después de todo, ella sabía sobre la carta, había sido testigo de la conspiración del señor Collins y Lady Catherine para usarla contra Darcy, y había sido lo suficientemente valiente como para desafiar a su madre para frustrar sus planes.

La expresión de Anne, cuando él terminó, era de puro horror. —Bueno, nunca había oído nada tan terrible —dijo finalmente—. ¡Qué maldad! No me agradaba el hombre, pero pensar que alguien, y menos aún alguien que se presentaba como un hombre de Dios, pudiera actuar así...

¡Es casi increíble! —Su expresión se endureció—. Su comportamiento aquí, y que mi madre lo aprobara... no, no, ella no podía saberlo, ¿verdad? Eso, al menos, no es un pecado que se pueda poner a su puerta. Estaré agradecida por las pequeñas misericordias.

—Debería regresar —dijo Fitzwilliam—, querrán traerla a la casa.

—Ve —dijo Anne—. Iré a buscar algo de ropa negra y me prepararé para interpretar en público el papel de la hija debidamente afligida. Sin embargo, primo, dependeré de tu consejo y el de Darcy en los días venideros. ¡No te atrevas a abandonarme a la misericordia de mis primos De Bourgh! Me casarán con uno de ellos en un santiamén para controlar Rosings, y no puedo imaginar nada peor.

—Nunca tendrás que casarte con alguien que no quieras, Anne. Darcy y yo te lo prometimos hace muchos años y nada ha cambiado ahora —la tranquilizó Fitzwilliam.

—No tengo ningún deseo de casarme, gracias. Mi salud nunca mejorará lo suficiente como para poder tener un hijo, y no tengo intención de vivir un matrimonio siendo constantemente reprochada por mi incapacidad de dar un heredero a Rosings —la respuesta de Anne fue bastante serena.

Eso detuvo en seco a Fitzwilliam, incluso en su camino hacia la puerta. Estaba tan acostumbrado a pensar en Anne como la heredera de Rosings, que nunca se le había ocurrido la cuestión de quién era el siguiente en la línea de sucesión. —Permanecer soltera te dejará expuesta a situaciones potencialmente peligrosas —le advirtió—. Siempre habrá personas sin escrúpulos que codiciarán la riqueza de Rosings, y ya tienes edad para casarte sin el consentimiento de tus tutores.

La sonrisa de Anne era curiosamente enigmática. —Eres un encanto por preocuparte por mí, primo, pero no es necesario. Lo tengo todo planeado. Ya lo verás.

Fitzwilliam llegó de vuelta a la escena del accidente unos minutos después que Darcy, Trent y el señor Gardiner, para encontrar que todo estaba bajo control. El cochero estaba siendo examinado por el Dr. Trent, quien lo declaró conmocionado pero con probabilidades de recuperarse en unos días. Un mozo de cuadra llevaba lentamente de vuelta a Rosings al caballo del carruaje que había sobrevivido, y los tres fallecidos habían sido cuidadosamente colocados en la orilla y cubiertos con paños.

—Presumiblemente, necesitaremos otro párroco para realizar los oficios necesarios —dijo el señor Gardiner, haciendo que Fitzwilliam y Darcy se sobresaltaran y se miraran, ligeramente alarmados.

—Debe haber alguien en Sevenoaks —dijo Fitzwilliam después de un momento—. ¿Podría sugerir que le pidas a Bingley que vaya? —sugirió en voz baja a Darcy—. No creo que necesariamente queramos que sepa todo lo que ha sucedido aquí. El secreto ya se ha extendido demasiado.

Darcy asintió, mirando hacia donde Bingley estaba ayudando al cochero herido a dar unos pasos inestables. —Tienes toda la razón. Tal encargo le dará algo útil, no, esencial que hacer, mientras lo mantiene alejado por unas horas. Se lo pediré directamente.

Claramente desconcertado por los acontecimientos de la mañana, Bingley accedió con presteza cuando se le ofreció la oportunidad de ser útil. Darcy y Fitzwilliam sintieron que les correspondía regresar con el cuerpo de Lady Catherine a Rosings; después de un breve debate, se decidió que el señor Collins también debería ser llevado allí, ya que había poco espacio en la casa parroquial. Bingley acordó escoltar directamente a Rosings a cualquier clérigo que pudiera encontrar y partió para recoger su caballo.

El señor Gardiner decidió regresar a la casa parroquial con el Dr. Trent, por el momento. —¿Volverán esta noche a la posada de Sevenoaks? —preguntó a Darcy.

—Tendremos que quedarnos en Rosings —se dio cuenta Darcy de inmediato—, no podemos dejar a nuestra prima Anne sin apoyo en este momento.

—¿Por qué no trae sus pertenencias y se queda también en Rosings? —sugirió Fitzwilliam.

—No podría de ninguna manera entrometerme en el dolor de la familia en este momento —dijo el señor Gardiner, conmocionado.

—Anne lo sabe todo, señor Gardiner. *Todo* —enfatizó Fitzwilliam cuando Darcy se volvió para mirarlo—. Además, ha sufrido mucho a lo largo de los años bajo la mano opresiva de Lady Catherine. Creo que su emoción principal en este momento es alivio.

—Por favor —añadió Darcy cuando el señor Gardiner aún parecía indeciso—. Nuestro conocimiento es breve, hasta ahora, pero ya lo respeto como un caballero de gran sabiduría. Su cercana presencia e influencia en este momento difícil para ambas familias solo puede ser beneficiosa.

Halagado por tal elogio de un caballero de tanta importancia como el señor Darcy de Pemberley, el señor Gardiner accedió a enviar su coche de vuelta a la posada para recoger sus pertenencias, y a unirse a Darcy y Fitzwilliam en Rosings más tarde ese día.



Capítulo Veinticinco

LA PRESENCIA SERENA DEL señor Gardiner en la casa parroquial aquella tarde proporcionó algo de la estabilidad tan necesaria. Completamente informado de la situación, acomodó al señor Bennet en el estudio para que escribiera las cartas necesarias a familiares y amigos, envió al doctor Trent a atender sus otros deberes, determinó que Jane, Elizabeth y Charlotte se estaban cuidando muy bien entre ellas, y decidió que él mismo sería de mayor utilidad acompañando a Maria Lucas a la iglesia para rezar por las almas de los difuntos.

Charlotte decidió que deseaba descansar, y Jane optó por acompañarla arriba, dejando a Elizabeth sola en la sala, mirando por la ventana, abrazándose a sí misma.

Dos de los momentos más terribles de mi vida han ocurrido en esta habitación, pensó para sí. *Dos momentos en los que juzgué erróneamente a dos hombres; a uno excelente, en su detrimento; y a otro en quien confié, en el mío.*

Apoyando la frente contra la ventana, deseó, en silencio pero con fervor, poder retroceder en el tiempo unos días, intentarlo de nuevo. *Si tan solo...* suspiró, viendo cómo su aliento empañaba el cristal. *¡Si tan solo no hubiera sido tan crítica, tan prejuiciosa, contra el señor Darcy! ¡Si tan solo no le hubiera hablado con tanta dureza!*

Elizabeth podía admitirse a sí misma, ahora, que al menos parte de su dureza hacia él había sido motivada por su orgullo herido, pero que una parte mayor había sido causada simplemente por pura conmoción. Porque ella, que se enorgullecía tanto de sus habilidades para descifrar el carácter de sus conocidos, no había tenido la más mínima idea de que el señor Darcy la hubiera mirado alguna vez con otro fin que no fuera encontrar faltas. Su pasión había sido una sorpresa completa, y ella, incapaz de comprenderla, había arremetido.

Un movimiento en el jardín delantero hizo que levantara la vista, y vio al objeto de sus pensamientos caminando por el sendero de entrada. Al verla en la ventana, se detuvo en su paso

enérgico, mirándola fijamente.

Durante un largo momento se miraron el uno al otro, y luego él hizo una ligera reverencia, aunque no dio un paso más hacia adelante.

Espera mi invitación, se dio cuenta Elizabeth. Lentamente, asintió, y el señor Darcy se dirigió a la puerta principal.

Tuvo unos segundos para recomponerse, arreglarse un poco el cabello y alisarse la falda, antes de que él entrara en la habitación, haciendo otra reverencia un poco torpemente.

—Señorita Elizabeth.

—Señor Darcy —hizo una reverencia. Ya llevaba una cinta negra atada alrededor de la manga, se dio cuenta, y pensó que ella misma debía hacerlo lo antes posible, aunque su alma se rebelaba ante la idea de mostrar el más mínimo signo de luto por el señor Collins.

Durante un momento extremadamente incómodo, solo hubo miradas silenciosas entre ellos, y luego el señor Darcy dio un gran suspiro, dio un paso adelante y dijo:

—Mis acciones causaron un daño irreparable a usted y a sus seres queridos, y nunca podré disculparme lo suficiente. Usted, de todas las personas en este mundo, es la última a quien alguna vez habría deseado ver sufrir.

—¡*Sus* acciones! —exclamó ella, bastante sorprendida—. Pero, señor Darcy, ¿qué quiere decir? ¡No puede considerarse responsable por el señor Collins!

—No, pero me considero responsable por la carta que parece haber sido la causa de su... ¿descenso, quizás deberíamos llamarlo? Y por la forma en que reaccioné tan enojado ante sus acusaciones, lo que hizo necesario que escribiera la carta en primer lugar. Lo cual no debería haber hecho, fue bastante inapropiado...

Elizabeth se encontró sonriendo, dando un pequeño paso hacia él.

—¡Se echa usted gran parte de la culpa, señor Darcy! Siento que debo tener mi parte en ello, pues no debería haber tomado la carta de su mano; ¡ni debería haber actuado de manera tan inconsciente y grosera que le llevó a tener que escribirla!

Él correspondió a su sonrisa con una tentativa propia.

—Debo preguntar si alguna vez tuvo la oportunidad de leerla.

—Me temo que no —sin dudarlo, hizo un gesto hacia una silla—. Pero debo suponer que contenía respuestas a las acusaciones que le lancé tan injustamente. Por favor, ¿no se sentará conmigo y me dirá lo que deseaba decirme?

El señor Darcy esperó solo a que Elizabeth se sentara antes de tomar asiento donde ella había indicado, colocando sus manos sobre sus rodillas y mirándola con franqueza.

—Sus acusaciones no carecían completamente de fundamento. Actué de manera bastante inconsciente al tratar de separar al señor Bingley de su hermana y lo lamento profundamente. Le escribí en un esfuerzo por enmendar las cosas, lo que resultó en su presencia aquí hoy.

Elizabeth sonrió un poco avergonzada.

—Esto puede resultar en otro problema en sí mismo, me temo. Parece que no conozco a Jane tan bien como pensaba... aunque creo que ni ella misma se conocía hasta después de que yo resultara herida.

—Ya veo —dijo Darcy, comprendiendo al instante lo que había sucedido—. ¿La señorita Bennet estaba un poco más enamorada de la idea de *estar* enamorada, que de Charles?

—Por favor, no me malinterprete, creo que ella lo quería y tal vez aún lo quiere, pero se ha dado cuenta de que no puede amar a un hombre que está tan dispuesto a dejar que otros determinen el curso de su felicidad.

Darcy asintió con una sonrisa un poco apenada.

—Charles aún es joven, y definitivamente está demasiado influenciado por sus hermanas. Y sí, por mí —añadió cuando Elizabeth le dirigió una mirada pícara—. Espero haber aprendido la lección, sin embargo, y en el futuro dejaré que Charles y la señorita Bennet tomen sus propias decisiones.

Esto hizo que Elizabeth le otorgara una sonrisa aún más radiante, causando que él la mirara maravillado por un momento antes de recordarse a sí mismo, tosiendo brevemente en su mano y sonrojándose un poco.

—Ahora debo abordar el asunto más serio del que me acusó; el de mi interferencia en los asuntos del señor Wickham.

—Antes de que hable más —dijo Elizabeth, levantando una mano para detenerlo—, debo decirle que ya no creo en los relatos del señor Wickham sobre sus tratos con usted.

—¿Por qué? —preguntó Darcy, desconcertado.

—Porque creo que he aprendido más sobre el tipo de hombre que es usted en los últimos dos días de lo que había imaginado en todo nuestro conocimiento, a pesar de que hemos hablado poco en esos días. Sin embargo, he oído bastante sobre sus acciones de otros, lo suficiente para conocerle mucho mejor, creo; y el hombre que conozco ahora no podría haber actuado así.

La miró entonces con tal adoración que ella se sonrojó y bajó la vista tímidamente hacia sus manos.

—Tiene usted toda la razón —dijo Darcy cuando recuperó la voz—. Sin embargo, los celos me llevaron a ser bastante severo con usted, y mi odio hacia George Wickham solo exacerbó mi

reacción. La idea de que él pudiera haber ganado su corazón era tan dolorosa que apenas podía comprenderla.

—Oh, no —dijo Elizabeth, sobresaltada—. Aunque me agradaba y me halagaba y me prestaba mucha atención, no creo que jamás lo considerara seriamente como pretendiente. Si bien mi madre y mis hermanas menores no pueden ver más allá de un uniforme rojo y un rostro apuesto, espero no ser tan superficial. Si me caso, será con un hombre de sustancia... de carácter, no necesariamente de patrimonio.

—Ciertamente soy consciente de que el tamaño de mi hacienda no fue una consideración en su rechazo hacia mí —dijo Darcy, tratando de sonreír, aunque el recuerdo de sus duras palabras aún le escocía.

—Tiene razón en eso, aunque creo que me equivoqué tristemente en cuanto a la sustancia de su carácter.

Por un momento de incrédula conmoción, él la miró fijamente. La pregunta temblaba de nuevo en sus labios cuando le golpeó la desastrosa realidad del momento. Ambos estaban de luto, sus parientes aún por enterrar. No *podía* pedírselo ahora.

Pasándose las manos por el rostro, Darcy inspiró lenta y profundamente antes de exhalar y mirar de nuevo a Elizabeth.

—Aún deseo contarle la verdad sobre mis tratos con el señor Wickham. Creo que él percibió mi interés por usted incluso antes de que yo estuviera dispuesto a reconocerlo ante mí mismo, y podría seguir apuntando a usted o a su familia simplemente para despreciarme. Estar prevenido es estar armado, señorita Bennet, y en lo que respecta al señor Wickham, he aprendido la lección en ese sentido. Nunca más dejaré que una mujer que me importa ignore de lo que él es capaz.

Un hermoso rubor se extendió por las mejillas de Elizabeth mientras él hablaba claramente de su afecto por ella, pero sostuvo su mirada con firmeza.

—Me alegrará escuchar todo lo que tenga que decirme, señor Darcy.

—He conocido a George Wickham toda mi vida —comenzó Darcy—. Su padre, uno de los mejores hombres que jamás conocí, era el administrador de Pemberley; George y yo jugábamos juntos de niños.

Elizabeth asintió.

—Eso me lo contó él —le dedicó a Darcy una sonrisa alentadora—. Creo que se dice que las mejores mentiras contienen un grano de verdad.

—Wickham es un experto en sembrar sus historias con la suficiente verdad para hacer que sus oyentes le crean, como he aprendido para mi desgracia. Los primeros indicios que tuve de su

verdadero carácter surgieron cuando estábamos juntos en la escuela, en Eton; al principio pensé que era solo una envidia natural.

—¿Natural? —preguntó Elizabeth, preguntándose si el señor Darcy iba a mostrar de nuevo algo de su orgullo por su noble linaje.

—En efecto. Crecimos juntos y mi padre nos trataba por igual; yo quería a George como al hermano que nunca tuve. No fue hasta Eton y que *otros* chicos nos trataran de manera diferente porque yo era el heredero de Pemberley y él nada más que el hijo favorito del administrador, que creo que George mismo comenzó a sentir resentimiento.

—Ya veo —dijo Elizabeth suavemente.

—A mí me acogieron, sin esfuerzo, en los círculos más selectos de Eton, y George quedó fuera. A pesar de mis sinceros esfuerzos por incluirlo, él no era de linaje noble y nunca, *jamás* podría ser aceptado —Darcy suspiró, mirando sus manos—. George me guardaba rencor por las acciones de los otros chicos. Comenzó, entonces, a tratar de enfrentar a mi padre y a mí, y lamento que es enteramente mi culpa que lograra hacerlo parcialmente. Mi padre no podía ver ningún mal en él y no escuchaba mis palabras. En Cambridge, las depravaciones de Wickham solo aumentaron. Supe entonces que nunca debería ser clérigo —Darcy miró brevemente alrededor de la habitación y luego volvió a mirar a Elizabeth—. No habría sido mejor que el señor Collins; quizás peor.

Elizabeth solo lo observaba con ojos grandes, esperando que continuara.

—Tras la muerte de mi amado padre hace unos cinco años, Wickham vino a exigir el beneficio que se le había prometido. Sí, en efecto se le había prometido —dijo cuando los labios de Elizabeth se entreabrieron como para hablar—, estaba escrito en el testamento de mi padre, junto con un generoso legado de mil libras. Sin embargo, Wickham me dijo que no tenía intención de convertirse en clérigo y declaró que deseaba estudiar derecho en su lugar. Le pagué la suma de tres mil libras a cambio de que renunciara a cualquier reclamación sobre el beneficio, y así, esperaba, nuestra relación había terminado.

Cuatro mil libras, pensó Elizabeth, *¡pero eso es una fortuna!* Sin embargo, estaba segura de que lo peor estaba por venir. Darcy respiró hondo y continuó.

—Durante unos tres años supe poco de él, hasta que me escribió confiándome que su estudio del derecho había resultado muy poco rentable, y que ahora estaba absolutamente resuelto a ordenarse, si yo le concediera el beneficio en cuestión. Sus circunstancias, me aseguró, eran sumamente malas, y no tuve dificultad en creerlo, pues sabía que su vida había transcurrido en la ociosidad y la disipación.

Elizabeth se quedó boquiabierta.

—¿Gastó *cuatro mil libras* en *tres años*? —dijo con incredulidad.

—Así lo hizo. Difícilmente me culpará por negarme a cumplir con su súplica y resistir cada repetición de la misma —el señor Darcy sonrió un poco ante su evidente indignación—. Su resentimiento fue proporcional a la angustia de sus circunstancias, y tengo conocimiento certero de que fue muy violento en sus abusos hacia mí con otros. Siendo usted el ejemplo más reciente.

Horrorizada de haber sido tan engañada, Elizabeth asintió, avergonzada. El señor Darcy se inclinó hacia ella y, con bastante osadía, extendió la mano para tocar suavemente la suya.

—Por favor, no se culpe, señorita Elizabeth. Wickham es el mentiroso más talentoso que he tenido la desgracia de encontrar; sin embargo, creí que estaba por debajo de mi orgullo denunciarlo públicamente.



Capítulo Veintiséis

ELIZABETH TENÍA LA SENSACIÓN de que Darcy aún tenía algo peor que contarle, algo que le costaba decir en voz alta. Girando su mano bajo la de él, presionó levemente sus dedos.

—Hay algo más, ¿verdad? Algo aún peor, algún daño directo que le ha hecho a usted. Sea lo que sea, le prometo que ninguna otra alma lo sabrá jamás por mis labios.

Asombrado, Darcy la miró fijamente.

—Eres el alma más perspicaz... Estaba a punto de pedirte que mantuvieras en la más estricta confidencialidad lo que debo decir a continuación.

—No tiene necesidad de pedírmelo —le dijo ella con suavidad—. No tiene por qué contármelo si es demasiado doloroso hablar de ello.

—No —dijo él—, no, no te ocultaré ningún secreto. Aunque este secreto no es solo mío, y su divulgación podría poner en peligro el futuro de la persona que siempre ha sido más querida para mí, mi hermana Georgiana.

Elizabeth no pudo evitarlo; se quedó boquiabierta. Darcy se armó de valor y le contó su secreto más oscuro y profundo.

—El verano pasado, el señor Wickham volvió a entrometerse de la manera más dolorosa en mi vida. Mi hermana, que es más de diez años menor que yo y quedó bajo la tutela del coronel Fitzwilliam y mía, fue con su acompañante, la señora Younge, a Ramsgate. Resultó que el coronel y yo fuimos engañados de la manera más desafortunada respecto al carácter de la señora Younge, pues ella tenía una relación previa con el señor Wickham y conspiró para encontrarse con él allí. Georgiana no sabía nada del carácter del señor Wickham; solo lo recordaba como alguien que había sido amable con ella de niña, y él la convenció de que estaba enamorada de él.

La mano libre de Elizabeth se elevó para cubrirse la boca horrorizada. Darcy la miró con ojos llenos de dolor recordado antes de continuar.

—Fue pura casualidad que me uniera a ellos inesperadamente uno o dos días antes de la fuga planeada. Georgiana, incapaz de soportar la idea de afligirme y ofenderme, me lo confesó todo. En su inocencia, creía que yo estaría feliz por ella; que consideraría todo el asunto una deliciosa sorpresa, encontrar a mi hermana casada con mi mejor amigo de la infancia.

—Oh, *no*.

—En efecto. Puedes imaginar lo que sentí y cómo actué. No podía exponerlos públicamente por temor a arruinar la reputación de Georgiana, pero despedí a la señora Younge de inmediato y trasladé a mi hermana a Londres. El principal objetivo de Wickham era, por supuesto, la fortuna de Georgiana, que asciende a treinta mil libras; pero creo que vengarse de mí mediante su destrucción debe haber sido un incentivo no insignificante —Darcy se mordió el labio, miró la mano de Elizabeth sobre la suya, antes de admitir finalmente—: Georgiana tenía, en ese momento, solo quince años, lo cual debe ser su principal excusa. Ver cómo actuaban tus hermanas menores me hizo entender un poco mejor cuán poco formada debía estar su mente, cuán poco preparada está aún para la maldad de la que algunos hombres son capaces.

Elizabeth no pudo contenerse. Envolvió sus dedos alrededor de los de él y los apretó suavemente, con lágrimas brotando en sus ojos.

—Lo siento mucho —dijo, con la voz entrecortada.

—Creo que ahora entiendes lo que quise decir cuando dije que *nunca más* permitiré que una mujer que me importa quede en la ignorancia de la maldad de la que George Wickham es capaz.

—Oh, sí, ahora entiendo mucho más sobre usted, ¡y lamento tanto haberlo juzgado tan terriblemente mal! —Una lágrima se escapó y rodó por su mejilla—. Lo acusé de orgullo excesivo, pero la culpa fue mía...

—No, querida Elizabeth, no lo fue —Darcy apretó suavemente su mano, sacó su pañuelo del bolsillo y se acercó para secar tiernamente la lágrima de su mejilla—. Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que no te di absolutamente ninguna razón para confiar en mí.

—¡Tampoco el señor Wickham, y fui lo suficientemente estúpida como para creer en sus mentiras! —sollozó ella.

—Oh, por favor, mi querida, no llores. Me comporté de manera atroz en Hertfordshire mucho antes de que Wickham oscureciera el condado con su presencia —Secó más lágrimas con delicadeza—. De todos modos, aún tengo una disculpa más que hacerte. La forma en que hablé de tu familia fue imperdonable. Tus hermanas menores pueden ser tontas, pero ninguna de ellas ha intentado fugarse con un hombre muy por debajo de su posición social. Tu madre puede ser un poco exaltada y ocasionalmente mostrar falta de decoro, pero es mucho menos desagradable

en su búsqueda de buenos matrimonios para sus hijas que mi propia tía. Y tu padre puede a veces fallar en corregir a sus hijas, ¡pero al menos no las envía sin supervisión, salvo por una mujer que apenas conoce, para ser seducidas por bribones!

Elizabeth rio entre lágrimas.

—Creo que solo podemos decir que ninguno de los dos tiene los parientes más perfectos. Yo tengo a mi querida Jane, usted tiene a su primo el coronel Fitzwilliam; debemos considerarnos afortunados y manejar el resto lo mejor que podamos.

—Eres tan sabia como hermosa —Darcy rio un poco—. Por favor, no llores más, querida mía. Nada ha sucedido entre nosotros que no pueda remediarse, espero, con algunos esfuerzos más para realmente hablar y *escucharnos* mutuamente, ¿no es así? —Terminó con un tono interrogativo, mirándola esperanzado.

Su gran mano aún sostenía la de ella, sus dedos cálidos y fuertes. Mirándola, Elizabeth tomó un respiro profundo antes de mirarlo a él.

—Nada ha sucedido entre nosotros que no pueda remediarse, señor Darcy, pero usted sabe que estoy arruinada.

—¡No lo estás! —dijo él indignado, y tan severamente que ella parpadeó y las lágrimas se detuvieron—. El señor Collins era una excusa repugnante de hombre, y aunque nunca pensé que diría esto de otro ser humano, me *alegro* de que esté muerto. Sin embargo, no importa lo que te haya hecho —su mano libre, aún sosteniendo el pañuelo, se acercó para acunar su mejilla—, no cambia quién eres; sigues siendo Elizabeth Bennet, la dama más admirable y extraordinaria que jamás he tenido el privilegio de conocer.

Se miraron en silencio durante unos momentos antes de que Elizabeth susurrara:

—Oh, señor Darcy.

—Mi nombre es Fitzwilliam —dijo él—, lo cual admito que es bastante confuso, así que Georgiana y mis amigos y familiares más cercanos me llaman Will. Si pudieras considerar hacerlo en privado...

—Will.

Darcy tuvo que cerrar los ojos por un momento, abrumado por la emoción. Cuando los abrió, todo lo que pudo decir fue:

—¡Ojalá hubiera tenido el valor en Hertfordshire de hablar con el corazón!

—No creo que hubiera estado más preparada para escucharlo entonces, de lo que lo estuve hace unos días —admitió Elizabeth.

Otro breve silencio cayó, pero a diferencia de todos los demás que habían caído entre ellos, no hubo tensión, solo una comodidad en la compañía del otro que nunca antes había existido.

—Mi momento es, al parecer, excesivamente inoportuno —dijo Darcy finalmente—. No deseo nada más que pedirle permiso para ir a ver a su padre ahora mismo y buscar su bendición...

—Esa es una idea verdaderamente terrible —Elizabeth no pudo evitar soltar una pequeña risita al pensar en la indignación de su padre si Darcy hiciera lo que sugería.

Darcy le devolvió la sonrisa, revelando un hoyuelo inesperado en su mejilla que ella no había notado antes. Lo miró fascinada.

—Elizabeth —dijo él, con voz más suave y profunda que antes—, creo que debe dejar de mirarme así o *yo* seré quien la comprometa.

Su respiración se aceleró, sus ojos se agrandaron, pero no habló. No hasta que él se inclinó más cerca, con los ojos fijos en los de ella, y entonces, solo para susurrar un suave "Will", mientras sus ojos se cerraban.

El beso fue apenas un roce de labios, los dedos de Darcy acariciando suavemente su mejilla, enrollando un largo rizo oscuro alrededor de su dedo. Aún lo sostenía cuando se apartó, mirando su rostro, sus ojos cerrados, la suave sonrisa en sus labios.

—Elizabeth —dijo con ternura.

Ella no dijo nada, pero abrió los ojos y le sonrió.

—Tenemos que esperar —dijo Darcy a regañadientes.

—Lo sé.

Lentamente, él retiró su mano del rostro de ella. —Estoy seguro de que pronto regresará a Hertfordshire, y sin importar mis sentimientos hacia Lady Catherine, debo entrar en luto oficial por al menos tres meses.

—Al igual que yo, por el señor Collins —dijo Elizabeth con una mueca. Compartieron una mirada mutua de disgusto antes de que Darcy hablara de nuevo.

—Como Georgiana también debe entrar en luto, la llevaré a Pemberley durante el verano. Creo que Bingley probablemente regresará a Netherfield este otoño y yo iré a visitarlo allí.

Elizabeth le dio una sonrisa pícara mientras él finalmente retiraba su mano de su rostro y soltaba su mano. —Estoy segura de que muchos de sus conocidos en Hertfordshire estarán encantados de ver su regreso.

—Sabes bien que solo hay una persona de mis conocidos de Hertfordshire que espero esté complacida de verme.

—¡Estoy segura de que Sir William Lucas estará positivamente extasiado de hablar nuevamente con usted sobre sus visitas a St James!

—Querida pícara —dijo Darcy con cariño, levantando la mano que aún sostenía hasta sus labios y besando ligeramente sus dedos—. Por usted, con gusto discutiré sobre St James con ese viejo caballero hasta que encontremos algún conocido mutuo que pueda celebrar, pero tenga por seguro que a cambio le pediré historias sobre las travesuras infantiles de cierta joven dama que conozco.

Los ojos de Elizabeth se agrandaron. —Oh, cielos.

Su expresión era tan alarmada que Darcy comenzó a reír. Besando sus dedos nuevamente, se rió entre dientes —Empiezo a pensar que usted era aún más traviesa de niña de lo que temía.

El sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose hizo que Darcy suspirara y soltara la mano de Elizabeth. Poniéndose de pie, se alejó a una distancia respetable y había asumido su pose habitual, de pie rígidamente junto a la ventana, cuando la puerta del salón se abrió para dar paso al señor Gardiner y Maria Lucas.

—¡S-Señor Darcy! —jadeó Maria, haciendo una rápida reverencia.

—Señorita Lucas. —Para sorpresa de Elizabeth, el señor Darcy se ablandó significativamente, sonriendo suavemente y acercándose a Maria. Extendió la mano para tomar las de ella entre las suyas y le habló con suavidad—. Lamento mucho la pérdida de su hermano. Estoy seguro de que será un gran consuelo para la señora Collins tener a su querida hermana cerca en estos momentos difíciles.

—Oh —Maria parecía bastante conmovida—. Gracias —susurró tímidamente al fin.

Darcy presionó ligeramente sus manos una vez más antes de soltarlas, volviéndose hacia Elizabeth. —He invitado a su tío, el señor Gardiner, a quedarse en Rosings Park hasta que tenga que regresar a Londres —le dijo—. Aunque las visitas sociales están, por supuesto, fuera de cuestión, mi prima Anne me ha indicado que le gustaría verla a usted, y conocer a la señorita Bennet, antes de su regreso a Hertfordshire. La residencia de su tío en Rosings proporcionará una razón completamente normal para su presencia, por lo tanto. ¿Puedo decirle a Anne que las verá mañana?

Sorprendida, Elizabeth miró al señor Gardiner, quien le dio un asentimiento benevolente. —Yo... sí. Por favor, dígale a la señorita de Bourgh que Jane y yo estaremos encantadas de asistir a Rosings mañana.

Darcy se despidió con un apretón de manos para el señor Gardiner y reverencias muy correctas tanto para Maria como para Elizabeth. Solo Elizabeth vio la sonrisa que le lanzó antes de salir de

la habitación. O eso pensó, hasta que se giró para ver la sonrisa rápidamente ocultada de su tío.



Capítulo Veintisiete

ELIZABETH NO SE SORPRENDIÓ en absoluto cuando el señor Darcy llegó a la casa parroquial un poco antes de que ella y Jane planearan partir hacia Rosings a la mañana siguiente. Que estuviera acompañado por el coronel Fitzwilliam fue algo bastante menos esperado.

—Buenos días, caballeros —dijo con una sonrisa pícara—. Nos sentimos muy honradas por su escolta.

Darcy se inclinó sobre la mano de Jane casi de manera rutinaria antes de volverse hacia Elizabeth y tomar su mano para besarla. —Después de lo que te sucedió en tu última caminata a Rosings —dijo en voz baja, solo para sus oídos—, habría sido imperdonable de mi parte permitir que hicieras ese recorrido sin mi escolta. Nunca más, Elizabeth, te pondré en riesgo.

Ella levantó la mirada hacia sus ojos y sonrió, permitiéndole retener la posesión de su mano y colocarla en el hueco de su codo. —Tú no me pusiste en riesgo... Will.

—Puede que tengamos que acordar estar en desacuerdo en ese punto.

—Como en muchos otros, sin duda —su tono era descarado, sus ojos brillaban mientras lo miraba—. Pero entonces, parece que disfrutas bastante cuando no estoy de acuerdo contigo.

Él sonrió algo tímidamente ante eso, presionando sus dedos enguantados ligeramente sobre los de ella. —Estás en tu momento más encantador cuando defiendes apasionadamente un punto.

Encantada de haber descubierto algo más sobre él, Elizabeth apretó su agarre en su brazo y se acercó un poco más. —Creo que me aseguraré de estar en desacuerdo contigo regularmente, Will, ¡para garantizar que tu consideración hacia mí se mantenga constante!

—No tienes que temer que disminuya incluso si en el futuro estamos de acuerdo en cada tema, te lo aseguro —dijo con fervor.

Caminando tras ellos a un paso ligeramente más pausado, Jane y el coronel Fitzwilliam cuidadosamente desviaron la mirada. El coronel Fitzwilliam, sin embargo, no pudo resistir hacer

la pregunta.

—Parece que han, eh, ¿resuelto cualquier diferencia que pudiera haber existido previamente entre ellos? —lo planteó como una pregunta.

—Creo que una conversación muy honesta ayer aclaró el ambiente, más bien —dijo Jane con una pequeña sonrisa.

—Usted y la señorita Elizabeth son muy cercanas, ¿no es así?

—Tan cercanas como pueden ser dos hermanas —la sonrisa de Jane era amorosa—. Ella es la mejor de las hermanas.

—Ella dice lo mismo de usted, señorita Bennet. Mucho antes de verla a usted, la señorita Elizabeth me había deleitado con historias de su dulzura, su buen carácter. Casi esperaba ver un halo sobre su cabeza y alas de ángel brotando de sus hombros.

Su sonrisa desapareció. —Le ruego que no me llame ángel, señor. Estoy lejos de serlo.

—Eso era lo que Bingley la llamaba —se dio cuenta Fitzwilliam—, su *ángel*...

—Él me puso en un pedestal, y creo que podría tener miedo a las alturas —susurró Jane. Sus ojos azules se elevaron, mirándolo suplicantes—. No quiero ser admirada solo por mi apariencia, señor. Quiero ser admirada como el señor Darcy admira a Elizabeth; por *todo* lo que soy.

Durante unos pasos más permanecieron en silencio, mientras Fitzwilliam organizaba sus pensamientos. Y entonces sonrió, ampliamente, y dijo: —¿Se da cuenta de que la primera vez que la vi, estaba abofeteando a Darcy con toda la fuerza que tenía?

Los labios de Jane se separaron con asombro. —¡Es cierto! —exclamó.

—Estaba bastante seguro de que era, de hecho, una valquiria.

Sonrojándose, comenzó a reírse, llevándose la mano a la boca. —¡Oh, vaya!

—Si nunca hubiera descubierto su nombre, planeaba entretener a mi regimiento con fantásticas historias de haber presenciado a Freyja, la diosa vikinga de la batalla, en acción.

Tuvo que meterse casi toda la mano en la boca para ahogar las carcajadas que intentaban escapar; no podía ser más inapropiado. Con los hombros temblando, lo miró con ojos brillantes de diversión, y Fitzwilliam se dio cuenta, para su desesperación, que él también estaba bastante perdido por una de las notables hermanas Bennet.

Jane, afortunadamente, se había recompuesto para cuando llegaron a Rosings. Darcy y Fitzwilliam escoltaron a las dos hermanas a una pequeña sala de estar que Elizabeth no había visto antes; amueblada de manera mucho más sencilla que las grandes y ornamentadas habitaciones que Lady Catherine había favorecido.

Anne estaba sentada junto a la ventana, conversando en voz baja con el señor Gardiner. Giró la cabeza y sonrió cuando entraron.

—Mi querida señorita Elizabeth. Qué tesoro es su tío.

—Somos bendecidas por tener tanto a mi tío como a mi tía en la familia —coincidió Elizabeth, avanzando, su mano cayendo del brazo de Darcy—. Señorita de Bourgh...

—No deseo sus condolencias más de lo que usted desea las mías —interrumpió Anne.

Las cejas de Elizabeth se fruncieron, y Anne le sonrió. —Estoy segura de que sueno exactamente como mi madre, sí. Otra razón por la que no tengo intención de casarme e infligirme como madre a algún niño desafortunado.

Jane, aún luchando por contener la risa de su conversación con el coronel, dejó escapar un resoplido muy poco femenino. Anne le sonrió con suficiencia.

—Usted debe ser la famosa señorita Bennet. Veo claramente por qué es alabada como la belleza de Hertfordshire... ah, pero veo que no le agrada esa descripción, al igual que a mí no me agrada ser conocida como la hija enfermiza de Lady Catherine.

Percibiendo un espíritu afín, Jane sonrió y se adelantó, extendiendo sus manos. —A pesar de las circunstancias, señorita de Bourgh, estoy encantada de conocerla.

Aceptando el amistoso apretón de manos, Anne ofreció una sonrisa genuina. —Y yo a usted. Por favor, ¿me llamaría Anne?

Dirigiendo su atención a los caballeros en la habitación, Anne agitó sus manos. —¿Podrían dejarnos solas, por favor? Deseo conversar con Jane y Elizabeth en privado.

Ante tal petición, poco podían hacer más que acceder y marcharse, aunque Darcy le lanzó a Elizabeth una mirada de preocupación antes de que la puerta se cerrara. Ella le sonrió de manera tranquilizadora antes de volverse para prestar toda su atención a Anne.

—En primer lugar —dijo Anne una vez que se hubieron sentado, y ella había servido té para Jane y Elizabeth de la bandeja frente a ella—, me gustaría ofrecerle mis disculpas, Elizabeth, por el comportamiento atroz de mi madre hacia usted.

—No me debe ninguna disculpa, señorita de Bourgh... Anne. No podemos hacernos responsables de las acciones de nuestros parientes, ciertamente no de aquellos que están más allá de nuestro control.

—Eso espero, de lo contrario estaré pagando por los pecados de mi madre durante mucho tiempo. Pero bueno, solo dijiste que no podemos considerarnos responsables; sin duda otros menos generosos que tú seguirán juzgándome por sus acciones.

—La verdad de eso solo la conocerán tú y Dios el día del Juicio Final —dijo Jane con dulzura.

Anne le sonrió.

—Bueno, me alegro de dejarlo a Él como mi juez. Hablando de Dios, Elizabeth, necesito preguntarte algo.

—¿Sobre Charlotte? —dijo Elizabeth perspicazmente.

—En efecto. Charlotte —no la llamaré señora Collins— no ha sido más que amable conmigo desde el primer día de su llegada, a pesar de que mi madre la ha menospreciado y humillado constantemente. De hecho, creo que ha sido la primera amiga que he tenido jamás. Si desea quedarse en la rectoría, estaré encantada de permitírselo por el tiempo que quiera, sin costo alguno. Puedo proporcionar fácilmente una nueva casa para el vicario que pediré a mis primos que me ayuden a seleccionar y nombrar.

—Es una oferta muy generosa, Anne —dijo Elizabeth con sinceridad.

—¿Pero? —Anne notó la vacilación en su tono.

—Creo que ambas pensamos que Charlotte no era del todo feliz en su matrimonio. Tampoco tiene mucho a lo que volver con su familia en Hertfordshire, aunque me encantaría que mi amiga regresara con nosotros.

—Pensé que dirías eso. En consecuencia, tengo la intención de pedirle que venga a vivir conmigo aquí en Rosings, como mi dama de compañía. Como es viuda, sería considerada una acompañante bastante irreprochable. ¿Crees que aceptaría, o causaría ofensa al preguntar? —Anne se inclinó hacia adelante, con una expresión un poco ansiosa, y Elizabeth se dio cuenta de cuánto aprecio tenía Anne por Charlotte.

—Anne —extendió la mano y tocó la de Anne—. Sinceramente creo que se sentiría honrada y encantada con tal petición.

La sonrisa de Anne floreció, amplia y jubilosa.

—Obviamente, ambas estaremos de luto durante bastante tiempo, pero espero que, tan pronto como sea posible, vengan las dos a visitarnos y se queden todo el tiempo que deseen. Sus hermanas menores también. Me gustaría conocerlas a todas.

—Puede que llegues a arrepentirte de esa oferta —Elizabeth se rio.

—¡Lizzy! Anne, es una invitación verdaderamente amable y generosa, y estaremos encantadas de aceptar tan pronto como podamos. ¿Podemos cartearnos mientras tanto? —pidió Jane.

—Me sentiré bastante abatida si no recibo noticias de ambas con regularidad —Anne se levantó para abrazarlas—. Charlotte y yo estaremos muy tranquilas aquí; ¡dependeremos de ustedes para mantenernos entretenidas con sus cartas!

Anne les pidió que aún no hablaran de su propuesta a Charlotte, solo que le aconsejaran que podía permanecer en la rectoría todo el tiempo que quisiera. Anne la visitaría una vez que hubieran pasado los funerales.

Sir William y Lady Lucas llegaron la mañana de los funerales; Sir William asistiría con el señor Bennet y los otros caballeros, y se quedarían con Charlotte unos días antes de regresar a casa con Maria.

El señor Bennet y el señor Gardiner partieron inmediatamente después del funeral del señor Collins con Jane y Elizabeth. Se detendrían una noche en la casa de los Gardiner en Gracechurch Street antes de que el señor Bennet llevara a sus hijas de vuelta a Longbourn por fin.

Elizabeth no tuvo oportunidad de despedirse del señor Darcy sin la presencia de su padre. Precavida de levantar las sospechas del señor Bennet, le lanzó a Darcy una mirada suplicante cuando él se inclinó para besarle la mano. Él interpretó correctamente la mirada y volvió a su formalidad habitual, aunque con una actitud más cálida de lo que el señor Bennet solía esperar.

Mirando pensativamente de Darcy a Elizabeth, el señor Bennet dejó escapar un pequeño resoplido. Sus ojos brillaron un poco mientras se despedía de Darcy.

—¿Quizás lo veremos de nuevo en Netherfield este otoño, señor?

—Quizás —dijo Darcy con indiferencia, preguntándose si el padre de Elizabeth lo había descubierto de alguna manera, o si el señor Gardiner había estado hablando. Difícilmente podía preguntar; aunque al menos podía esperar que el tiempo y la oportunidad de considerar pudieran llevar al señor Bennet a complacerse con la idea de que Darcy cortejara a Elizabeth.

—Me disgustaría bastante si alguna de mis hijas volviera a tener el corazón roto —dijo el señor Bennet con severidad.

—Sinceramente espero que no sea así, señor —Darcy miró de reojo hacia donde el coronel Fitzwilliam miraba a Jane con una expresión tontamente enamorada. Ella, a su vez, se sonrojaba tímidamente y le lanzaba pequeñas sonrisas—. Ruego que cuide bien de *todas* sus hijas mientras tanto.

—Creo que he aprendido bien la lección sobre dejar que alguna de ellas se aleje de mi vista —respondió el señor Bennet con sequedad—. No tema, señor Darcy. Tres meses de luto serán tiempo suficiente para que me lleven al punto de querer desterrar permanentemente al menos a algunas de ellas de la casa, aunque es probable que las que se vayan sean las que desearía conservar.

Definitivamente lo sabe, o al menos lo sospecha fuertemente. Darcy no dijo nada más, solo hizo una reverencia de cortesía antes de volverse para despedirse amistosamente del señor Gardiner.



Capítulo Veintiocho

LA SEÑORA BENNET SE afanó sobre Jane y Elizabeth a su regreso a Longbourn, aunque pasó más tiempo lamentando que ambas hubieran vuelto a casa sin casarse que mostrando preocupación por el accidente de Elizabeth. De todos modos, ellas estaban bastante contentas de no tener que discutir el asunto, ya que habían acordado que nada bueno podría salir de que alguien más supiera la magnitud de la maldad del señor Collins. Especialmente la señora Bennet, quien nunca habría sido capaz de guardar para sí misma un secreto tan jugoso.

—Bueno —la señora Bennet levantó las manos, después de que varios minutos de indagar durante la cena no lograran obtener ningún chisme valioso—, me alegro de que estés bien, Lizzy, y de que ambas hayan vuelto a casa sanas y salvas. Pobre Charlotte —esto lo dijo con gran falta de sinceridad, antes de que la señora Bennet se inclinara hacia adelante y dijera en un fuerte susurro—: ¿No notaron ninguna señal de que estuviera encinta, verdad?

—¡*Mamá!* —Jane jadeó, completamente escandalizada.

—Bueno, pero es una pregunta importante, Jane, ¡para ti en particular! Si no hay un hijo varón, entonces no hay vinculación —sonriendo, la señora Bennet se recostó en su silla—. Longbourn se salvará.

Asombradas, Elizabeth y Jane se miraron en silencio. Elizabeth fue la primera en recuperar la voz.

—¿Estás segura, mamá? ¿No pasa la vinculación al siguiente heredero varón en la línea?

—No hay ninguno —dijo la señora Bennet con gran satisfacción—. Mi hermano Phillips ha investigado el asunto a fondo, y los términos del testamento de vuestro bisabuelo son bastante claros. Sin heredero varón vivo después de vuestro padre, la vinculación revierte a la hembra de mayor edad en la línea... ¡tú, Jane! Siempre y cuando Charlotte Collins no esté *enceinte* con el hijo del señor Collins, ¡qué pensamiento espantoso!

—Mamá, acaba de perder a su marido —reprochó Mary—. Seguramente un hijo sería un gran consuelo para ella en este momento de terrible dolor.

—Oh, qué sabrás tú de eso —la señora Bennet agitó una mano despectiva hacia Mary—. Solo lo aceptó porque tenía sus ojos puestos en ser la señora aquí después de que yo me haya ido; ¡pues ahora no tendrá nada!

—¡Mamá! —gritaron Jane, Elizabeth y Mary en un coro de disgusto. La señora Bennet resopló y sacudió la cabeza.

—Bueno, el momento es de lo más inconveniente, también. Vuestro padre iba a llevarnos a todos a Brighton para el verano...

—Ciertamente no iba a hacerlo, querida —el señor Bennet bajó su periódico el tiempo suficiente para decir—. Ni tampoco planeaba permitir que Lydia fuera sola, sin importar lo querida amiga que sea de la señora Forster.

—¡Estúpido, estúpido señor Collins! —estalló Lydia con vehemencia—. Ahora que estamos de luto, ni siquiera podemos ir a fiestas y conocer a los oficiales, ¡y se van en solo unos días! ¡Nunca volveré a ver a mi querido Wickham!

—¡Pobre, querida Lydia! —la señora Bennet agitó su pañuelo—. Si tan solo pudieras ir a Brighton, ¡estoy segura de que lo habrías atrapado!

Lydia inmediatamente estalló en ruidosas lágrimas y fue rápidamente desterrada arriba por el señor Bennet, quien no toleraría tal comportamiento, al menos no durante las comidas. Elizabeth apenas podía esperar para hacer su propia escapada con Jane, apresurándose escaleras arriba hacia su habitación compartida y cerrando la puerta.

—¡Dios mío, creo que esta familia puede haber tenido un afortunado escape! —jadeó.

—¡Lo sé! Kitty me susurró que Wickham ha estado viniendo regularmente, cortejando a Lydia con bastante asiduidad.

—¡Qué pensamiento horripilante! —Elizabeth se estremeció—. Bueno, debemos vigilar muy de cerca a Lydia hasta que el regimiento se haya marchado.

—No puedes pensar que ella... —dijo Jane, conmocionada.

—No ha pensado en nada más que oficiales y coqueteos desde que el regimiento llegó por primera vez a Meryton, y con su partida está claramente sumida en la desesperación. Tonta como es, creo que es muy capaz de hacer algo que cause un daño irreparable a su reputación, si pensara que eso podría persuadir a Wickham de casarse con ella.

—Debemos asegurarnos de que no haga nada semejante —dijo Jane con decisión, haciendo que Elizabeth parpadeara ante su firmeza poco característica—. Ha traído suficiente ridículo y

vergüenza a esta familia, Lizzy. Casi te costó una oportunidad de felicidad con el señor Darcy, y no toleraré más de esto. Ya es hora de que ella y Kitty aprendan un comportamiento *apropiado*.

Elizabeth se recostó y miró a Jane con admiración.

—¡Nunca te había visto así, Jane!

—Bueno, si algún día voy a ser la señora de Longbourn, ya es hora de que empiece a actuar como tal, ¿no es así? —Jane le sonrió—. He hecho lo mejor para dar ejemplo a nuestras hermanas menores, Lizzy, como sé que tú también lo has hecho. Creo que ya es hora de que admitamos que esta estrategia nos ha fallado y debemos adoptar nuevas tácticas.

—Estrategia y tácticas; ¡suenas positivamente militar, Jane! —Elizabeth bromeó suavemente. Se sorprendió un poco cuando Jane se sonrojó.

—El coronel Fitzwilliam y yo... hablamos, bastante, cuando intentábamos averiguar quién te había atacado —la voz de Jane era suave, y bajó la mirada a sus dedos, retorciéndolos en su regazo—. Él dijo que... que yo era inteligente. Nadie me había llamado inteligente, Lizzy, nunca en mi *vida*. Todo el mundo solo espera que sea bonita y nada más que eso, pero el coronel Fitzwilliam... —se rió, sorprendentemente—. La primera vez que me vio fue cuando entré en el salón y abofeteé al señor Darcy. No creo que él *jamás* me haya considerado solo una cara bonita.

Elizabeth la miró, asombrada.

—¿*Tú* abofeteaste al *señor Darcy* en la *cara*?

Dándose cuenta de que nunca le había contado a Elizabeth sobre ese incidente, Jane comenzó a reír.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana? —exclamó Elizabeth, antes de unirse a la risa de Jane.



Capítulo Veintinueve

Tres meses después

POR UNA VEZ, EL molino de chismes de Meryton no proporcionó a las damas de Longbourn el aviso adecuado de la llegada de los habitantes de Netherfield. El primer aviso que recibieron fue cuando Kitty miró por la ventana una mañana y dijo:

—Vaya, mamá, ¡parece que es el señor Bingley en la puerta! ¡Y no viene solo, hay otros dos caballeros con él! Uno de ellos se parece a ese hombre alto y orgulloso que estaba con él antes, ¿cómo se llamaba?

—¿El señor Darcy? —dijo la señora Bennet—. Bueno, cualquier amigo del señor Bingley siempre será bienvenido aquí, sin duda...

—Fue muy amable con Jane y conmigo en Kent, mamá —Elizabeth interrumpió cualquier cosa que su madre pudiera haber estado a punto de decir—. Para nada orgulloso.

La señora Bennet resopló.

—Bueno, no está aquí por ninguna de ustedes, eso es seguro. El señor Collins siempre estuvo bastante seguro de que se casaría con la señorita de Bourgh; ¡Me atrevo a decir que solo está esperando a que termine su período de luto, ahora que ella es la única dueña de Rosings! ¿Quién es el tercer caballero, Kitty? —gritó—. ¿Es ese señor Hurst?

—No, mamá, es un caballero que nunca había visto antes —respondió Kitty—. Es tan alto como el señor Darcy y lleva el abrigo rojo de un soldado.

Lydia levantó la vista ante esta información, pero no chilló de emoción como lo habría hecho antes. Fue Jane cuya reacción fue reveladora; dejó caer el pañuelo que estaba bordando, su rostro se volvió bastante rosado.

La señora Bennet, por supuesto, malinterpretó por completo la causa de la reacción de Jane.

—¡El señor Bingley ha vuelto por ti, Jane! —exclamó triunfante—. Oh, lo sabía, ¡sabía que no podías ser tan hermosa para nada! ¡Y ahora que algún día serás la señora de Longbourn por

derecho propio, no hay nada que le dé pausa!

Sin embargo, el señor Bingley supo a los dos pasos de entrar en la habitación que su oportunidad de ganar el corazón de la mayor de las señoritas Bennet había pasado verdaderamente. Porque no era a él a quien ella miraba con sus ojos azules brillantes y una suave sonrisa en los labios, sino al Coronel de abrigo rojo a su lado.

Un poco alarmada por la forma en que el Coronel y Jane se miraban, viendo sus sueños de Jane como señora de Netherfield (dejando a la señora Bennet para gobernar permanentemente en Longbourn) desvanecerse, la señora Bennet se apresuró a solicitar una presentación.

El señor Darcy no perdió tiempo en informar a la señora Bennet sobre las conexiones de su primo, adivinando que el hecho de que Fitzwilliam fuera hijo de un conde además de coronel la deslumbraría por completo. Estaba bastante acertado en esa suposición, y Fitzwilliam pronto se encontró sentado en el lugar de honor entre la señora Bennet y Jane, siendo agasajado con té, pastel y las sonrisas de Jane.

Bingley se encontró algo perdido hasta que Kitty se le acercó con una dulce sonrisa.

—Es un gran placer verte de nuevo aquí en Hertfordshire, señor Bingley. Por favor, ¿no quieres sentarte? ¿Puedo traerte un poco de té? Me gustaría mucho saber cómo has pasado el tiempo desde la última vez que nos vimos.

Aplacado por el entusiasmo brillante de Kitty y su evidente deleite en su presencia, Bingley se dejó llevar a una silla junto a Lydia. Aunque esperaba obtener poco placer en la visita ahora, se encontró agradablemente divertido, ambas chicas se comportaban de una manera mucho más madura y amable de lo que recordaba que solían hacer.

Habiendo realizado las cortesías necesarias, Darcy no perdió tiempo en dirigirse al lado de Elizabeth, pero fue interceptado por Mary, quien se plantó directamente frente a él.

—Señorita Mary —dijo con una educada reverencia.

—Señor Darcy, deseo presentarle mis más sinceras condolencias por su devastadora pérdida.

Darcy hizo una pausa, observando el vestido de Mary. Ella, única entre las Bennet, aún llevaba el negro severo del luto. Los ojos que levantó hacia él —ojos muy similares a los de Elizabeth, notó — estaban llenos de honesta simpatía.

Reprimiendo su primer instinto de rechazarla, dijo:

—Ese es un sentimiento muy amable, señorita Mary, se lo agradezco. He perdido a bastantes familiares cercanos en mi vida, sin embargo. Aunque debemos seguir recordándolos con amor, llega un momento en que debemos seguir adelante con nuestras propias vidas y dejar atrás

nuestro duelo. Después de todo, eso es lo que desearían aquellos que nos amaron; que seamos felices, ¿no es así?

La boca de Mary se abrió y se cerró un par de veces, pero no pareció tener una respuesta lista para él.

—Su respeto por los fallecidos le hace honor, pero le ruego que no se pierda en el luto, señorita Mary. Especialmente ahora. Tengo una razón muy particular para pedirlo, ¿sabe?

Un poco aturdida porque el señor Darcy se tomara tanto tiempo para hablar con ella, Mary tartamudeó:

—¿P-por qué?

—Mi hermana, Georgiana, está en Netherfield conmigo en esta visita. Georgiana es tímida y esperaba que ustedes dos pudieran encontrar algo en común, si consintiera en ser presentada.

Mary miró a su alrededor como si buscara a alguien más con quien el señor Darcy pudiera estar hablando.

—¿Yo? —dijo finalmente—. ¿Quiere presentarme a *mí* a su hermana?

—Pues sí. Georgiana es extremadamente aficionada a la música, ¿sabe?, y me han informado de manera fiable que usted es, con mucho, la más diligente de las señoritas Bennet en lo que respecta a la práctica del pianoforte. ¿O acaso mi información sobre el asunto es incorrecta?

—Sí... quiero decir no... yo... yo... —tartamudeó Mary.

Elizabeth acudió amablemente en su rescate.

—Está en lo cierto, señor Darcy, Mary es sin duda la más interesada en la música de mis hermanas. Estoy segura de que estaría encantada de conocer a la señorita Darcy, al igual que todas nosotras.

—Entonces espero que me permitan enviar mi carruaje para llevarlas a todas a Netherfield para tomar el té mañana por la tarde —el señor Darcy sonrió a Elizabeth—. Creo que el señor Bingley tiene en mano una invitación de la señora Hurst, quien actúa como su anfitriona en esta ocasión.

—¿La señorita Bingley...? —Elizabeth preguntó con una mirada en su dirección.

—Ha ido a visitar a unos parientes en Scarborough —el señor Darcy le dio una mirada impasible, pero ella pudo ver la risa acechando en sus ojos—. Puede que haya mencionado algo en el sentido de que la reunión podría desarrollar, digamos, *tensiones indeseables* si ella intentara interferir de nuevo en los asuntos de ciertos otros invitados.

Sorda a la comunicación tácita que ocurría entre su hermana y el señor Darcy, Mary esperó impacientemente a que él terminara de hablar antes de decir rápidamente:

—¡Señor Darcy, estamos todas muy honradas por su invitación para conocer a su hermana! Con su permiso, iré ahora a revisar nuestras partituras; tenemos una colección bastante amplia, ¿sabe?, es posible que tengamos algunas que la señorita Darcy no haya visto...

Darcy le dio una sonrisa paternal.

—Es un pensamiento muy amable, señorita Mary, y sé que Georgiana seguramente lo apreciará.

Sonriendo, Mary hizo una rápida reverencia antes de apresurarse a salir, dejando a Elizabeth y Darcy de pie solos junto a la ventana.

—¿Por qué tengo la sensación de que la señorita Darcy probablemente posee todas las partituras jamás impresas y seguramente no necesita nada de nuestra pobre colección? —preguntó Elizabeth con picardía.

—¿Está insinuando, señorita Elizabeth, que malcrío por completo a las personas que amo? —respondió Darcy, con una ligera sonrisa en los labios—. Porque si es así, tiene toda la razón. Aun así, le prometo que Georgiana estará encantada de que la señorita Mary haya pensado en compartir su música, incluso si no hay ni una sola pieza nueva sobre la que entusiasmarse.

Aquello hizo sonreír a Elizabeth. —Estoy deseando conocer a la señorita Darcy —admitió.

—Ella está muy ansiosa por conocerte a *ti*, te lo aseguro. Le he hablado mucho de ti.

Elizabeth se sonrojó un poco ante eso y bajó la mirada; Darcy se compadeció de ella, allí en el salón de Longbourn con su madre observando con gran interés.

—Georgiana y yo pasamos unos días en Rosings antes de volver a Netherfield —cambió de tema.

—¿De veras? ¿Cómo están Anne y la querida Charlotte? Hace al menos quince días que recibí la última carta de Charlotte —dijo Elizabeth.

—La viuda Collins me encargó que te entregara personalmente su última misiva, ya que sabía que te vería pronto —dijo Darcy, lo suficientemente alto como para que la señora Bennet lo oyera, antes de sacar un sobre sellado del interior de su chaqueta. Lo sostuvo en alto para que la señora Bennet lo inspeccionara antes de entregárselo a Elizabeth.

—Oh, gracias, pero no seré tan descortés como para leerla ahora, cuando hay invitados que atender —dijo Elizabeth con una sonrisa, guardándola en el bolsillo de su vestido.

—Me alegro de eso, porque deseaba ver tu rostro cuando te contara una pequeña parte de las noticias que contiene, y la propia Charlotte me encargó que describiera tu expresión cuando vuelva a escribir a Anne —dijo Darcy con picardía.

Intrigada, Elizabeth ladeó la cabeza. —No puedo imaginar a qué se refiere, señor Darcy. Por favor, ¡cuénteme!

—El doctor Trent le propuso matrimonio a Charlotte y ella aceptó —habló Darcy en voz baja, solo para sus oídos.

Elizabeth, sin embargo, no pudo contener su alegría ante tan feliz noticia. Juntando las manos, con el rostro resplandeciente de alegría, exclamó: —¿Es cierto? ¡Oh, mi querida Charlotte, qué feliz me hace saberlo!

—¿Qué es esto, qué es esto? —gritó inmediatamente la señora Bennet, negándose a que le negaran su derecho a compartir un chisme interesante. El señor Darcy compartió la noticia en general, la sala se regocijó, e incluso la señora Bennet, ante tanta felicidad general por una amiga, se vio obligada a decir de mala gana que Charlotte probablemente sería una muy buena esposa de médico.

—Mucho mejor eso que ser la señora de Longbourn —murmuró entre dientes, lanzando una mirada especulativa al coronel Fitzwilliam. Podría ser el segundo hijo, pero seguramente el conde tenía varias propiedades, una de las cuales podría otorgarse a un hijo menor con motivo del matrimonio. Quizás el coronel incluso podría comprar Netherfield, y entonces Jane podría tenerla después de todo, dejando a la señora Bennet en su amada Longbourn de por vida. Con una pequeña sonrisa mientras mentalmente arreglaba las cosas a su satisfacción, la señora Bennet se recostó en su silla. Su mirada se posó entonces en Kitty, que hablaba seriamente con el señor Bingley, quien escuchaba con una sonrisa en el rostro.

O tal vez Bingley conserve Netherfield y el coronel compre otra propiedad local. Empezaré a buscar. Haye Park podría servir, si los Goulding la dejaran, o incluso Ashworth...

Perdida en agradables ensoñaciones, la señora Bennet ni siquiera se dio cuenta cuando el señor Darcy invitó discretamente a Elizabeth a dar un paseo por los jardines, y ella aceptó con igual discreción, sonriéndole felizmente.



Capítulo Treinta

LYDIA FUE LA ÚNICA que los vio irse; se llevó la mano a la boca, con los ojos brillantes, pero asintió a Elizabeth. Elizabeth le devolvió la sonrisa mientras ella y Darcy se escabullían de la habitación.

Era un día cálido; tomó su sombrero al pasar por el vestíbulo, pero no se molestó con una pelliza. En cuanto estuvieron fuera de la vista de la casa, Darcy tomó su mano entre las suyas y Elizabeth se complació en dejarlo, sonriéndole con gran alegría.

—Verte sonreír así, a *mí*, supera mis mayores esperanzas —le dijo.

—Mi querido Will —le respondió ella—, verte de nuevo me trae gran alegría, incluso sin que me hayas traído tan felices noticias. Charlotte *es* feliz, ¿no es así?

—Lo es, y Anne está encantada por ella. Charlotte no tiene intención de esperar a que pase un año de luto; ahora se sabe en Hunsford que Collins era un marido abusivo.

—¿Es así? —dijo Elizabeth, sorprendida.

—Los moretones en el cuello de Charlotte no pudieron ocultarse por completo de todas las personas que vinieron a dar el pésame, Elizabeth. Hubo comentarios; y el Dr. Trent se sintió —bastante comprensiblemente— poco inclinado a mentir para proteger la reputación de un hombre muerto, y uno que casi había matado a su propia esposa.

—Ya veo.

—Tu nombre no ha sido mencionado, te lo aseguro —Darcy apretó suavemente sus dedos—. Tu reputación está a salvo, e incluso la decisión de Charlotte de volver a casarse rápidamente se considera irreprochable, especialmente con la bendición de Anne y la del nuevo párroco.

—¿El nuevo párroco?

—Un joven de Pemberley, de hecho, que ha sido ordenado recientemente.

—Todo está arreglado a satisfacción del señor Darcy —dijo Elizabeth con ligereza.

—Y a la tuya también, espero —le dirigió una mirada seria—. Tu cariño por Charlotte es evidente, y te aseguro que el Dr. Trent la ama profundamente. Si lo deseas, podrás comprobarlo por ti misma. Planean casarse a finales de septiembre y Anne me ha encargado hacer los arreglos para llevar a todas las familias Lucas y Bennet a Rosings, para quedarse allí por invitación suya, para la feliz ocasión.

Asombrada, Elizabeth se quedó boquiabierta. —¡Eso es extraordinariamente generoso por parte de Anne!

—Sospecho que tiene motivos ulteriores, en realidad. Con Charlotte casándose y, por supuesto, mudándose a la casa del Dr. Trent, creo que Anne está un poco preocupada por sentirse sola. Creo que planea posiblemente pedir a una —o más— de tus hermanas, o tal vez a la señorita Lucas, que vaya a residir con ella por un tiempo.

Complacida con la idea, Elizabeth le sonrió. —Estoy segura de que estaremos encantados de asistir a la boda de Charlotte, y me alegrará mucho ver a Anne de nuevo, ¡si está segura de que está lista para ser abrumada con una casa llena de Bennets y Lucas!

—Rosings es lo suficientemente grande para contenerlos a todos —dijo Darcy riendo, y luego, con gran atrevimiento—, al igual que lo sería Pemberley.

—¿Lo sería? —preguntó Elizabeth suavemente—. ¿Cuándo podríamos todos tener ocasión de ver Pemberley, señor Darcy?

—Pues, en la trascendental ocasión en que una de las señoritas Bennet se convierta en la señora de Pemberley —respondió Darcy, con el corazón en los ojos mientras se detenía y se volvía hacia Elizabeth, tomando su otra mano para sostener ambas antes de arrodillarse ante ella—. Queridísima, hermosísima Elizabeth. Eres demasiado generosa para jugar conmigo. Si no puedes llegar a sentir por mí un afecto tan poderoso como el que yo he albergado por ti estos muchos meses, te ruego que me lo digas ahora y guardaré silencio sobre el asunto para siempre.

—Oh, no —exclamó Elizabeth—, ¿guardar silencio, cuando me hablas así? ¡Jamás! —Lágrimas de felicidad brotaron en sus ojos; llevó las manos de él a sus labios y las besó—. Sigue hablando, mi querido Will, ¡sigue diciendo estas cosas maravillosas!

Riendo de alivio, él se puso de pie y la tomó en sus brazos, levantándola del suelo y haciéndola girar. —¿Lo harás, mi Lizzy, verdaderamente te casarás conmigo?

—¡Sí, sí, mil veces sí! —exclamó ella en respuesta, y él la dejó en el suelo antes de tomar su rostro suavemente entre sus manos y besarla con la mayor ternura y amor imaginables.



~ Fin ~



¡Espero que hayas disfrutado esta historia! Sigue leyendo para disfrutar de un capítulo de muestra gratuito de ***Un Milagro de Navidad en Longbourn***.

Cuando la ingenua Georgiana Darcy decide huir para encontrar al amor de su vida, George Wickham, su hermano protector Fitzwilliam Darcy corre para detenerla antes de que sea demasiado tarde. Imagina su sorpresa al encontrar a su joven hermana en compañía de Elizabeth Bennet, la mujer que ha conquistado su corazón a pesar de todos sus esfuerzos por resistirse.

Atrapados juntos en Longbourn después de que Georgiana cae gravemente enferma, Darcy y Elizabeth se ven obligados a superar sus malentendidos mutuos. Mientras eliminan las capas de orgullo y prejuicio, descubren una atracción que no puede ser negada. Pero, ¿podrán desentrañar la red de mentiras tejida por Wickham antes de que los arruine a todos?

Con el futuro de Georgiana en juego, Jane, la querida hermana de Elizabeth, con el corazón roto, y una casa llena de invitados llegando para Navidad, realmente será necesario un milagro para arreglar las cosas. Afortunadamente, la temporada de milagros está cerca, trayendo a Darcy y Elizabeth una oportunidad inesperada para el amor.



Un Milagro de Navidad en Longbourn - Capítulo de muestra

—¡DARCY, ESTOY HASTA LA coronilla de tus tonterías!

—Buenas noches, Fitz —Darcy ni siquiera levantó la vista de su libro—. ¿Cómo estás?

Su primo, el coronel Richard Fitzwilliam, eminente hijo menor del conde de Matlock y un soldado altamente condecorado de la Guardia de Caballería de Su Majestad, se dejó caer en una silla con un bufido de disgusto muy poco caballeroso.

—Bien, no gracias a ti. Apenas logré escapar de Almack's sin comprometerme con alguna mocosa con cara de caballo.

Darcy no se molestó en ocultar su sonrisa.

—¿El héroe de Talavera derrotado por las debutantes del *ton*? —Miró a Fitz por encima de su libro—. Eso habría sido algo digno de ver.

—Bueno, si hubieras aparecido como se suponía, podrías haberlo visto por ti mismo. Oh, espera, habrías estado huyendo hacia las colinas justo a mi lado —Fitzwilliam aceptó la copa de brandy que le entregó el mayordomo de Darcy—. Gracias, Smith —dijo después de un sorbo apreciativo —. Deja la botella, buen hombre.

Smith dejó la botella sobre el escritorio con un asentimiento y se marchó ante el discreto gesto de Darcy. Este debatió si levantar su libro de nuevo mientras Fitzwilliam tomaba otro sorbo, pero al final marcó la página y lo dejó a un lado.

—Siento no haber ido —dijo finalmente—. Debería haber enviado una nota.

—No, deberías haber aparecido —dijo Fitzwilliam con enojo, dejando su copa—. ¿Dónde estabas, Darce? ¿Qué emergencia te mantuvo alejado? Madre estaba absolutamente furiosa; tendrás que lidiar con su temperamento mañana, te lo aseguro.

Darcy hizo una mueca y alcanzó la copa vacía que tenía a su lado, sirviéndose otro poco de brandy.

—Estaba justo aquí, Fitz. Lo siento de verdad. Me disculparé con tía Elise mañana.

—Por supuesto que lo harás —Fitzwilliam lo miró fijamente antes de preguntar—: ¿Qué está pasando realmente, Darcy?

Haciendo una pausa con la copa en los labios, Darcy pensó frenéticamente. Había usado a Georgiana como excusa demasiadas veces recientemente, especialmente desde que su actitud parecía haber mejorado notablemente en las últimas semanas. Los ojos de su primo se entrecerraron, oliendo la debilidad.

Si Fitzwilliam alguna vez descubriera que la paz mental de Darcy había sido completamente alterada por una muchacha de campo sin fortuna, sin conexiones y nada más que un par de hermosos ojos para recomendarla, Darcy nunca dejaría de oír hablar de ello.

—Has estado de mal humor desde que regresaste de Hertfordshire, y tu amigo Bingley también ha estado inusualmente apagado. Sé que no puede ser la peor noticia posible porque estaríamos preparando tu boda con la señorita Bingley ahora mismo...

—Eso es, en efecto, lo peor que podría haberme sucedido en Hertfordshire —Darcy se estremeció, haciendo que Fitz soltara una risita. De repente se le ocurrió una idea, una razón genuina por la que debería permanecer cerca de la casa en este momento—. No quería preocuparte con esto, pero, bueno, ya que sé que no me dejarás en paz hasta que confiese lo que me preocupa... Wickham estaba en Hertfordshire.

—¡¿Qué?! —Fitzwilliam se puso de pie de un salto, apenas logrando atrapar su copa de brandy a tiempo para evitar un derrame—. ¡Ese sinvergüenza! ¿Qué estaba haciendo allí?

—Estaba con la milicia acuartelada allí para el invierno —reveló Darcy—, y no lo mencioné antes porque sabía que reaccionarías queriendo correr allí para intentar separar su cabeza de sus hombros.

Frunciendo el ceño, Fitzwilliam se dejó caer de nuevo en su silla.

—¿Pero lo confiesas ahora porque...?

—¡Porque no dejas de fastidiarme para que salga, y necesito quedarme cerca porque me preocupa que el bastardo pueda intentar acercarse a Georgiana de nuevo!

—Darcy —Fitzwilliam negó con la cabeza—. Si tan solo me hubieras dejado matarlo en Ramsgate, no tendrías esta preocupación ahora.

—En efecto, pero entonces tendría que preocuparme por que te encerraran en Newgate por asesinato —Darcy extendió las manos—. Considerando todo, creo que prefiero que estés libre, aunque parezcas hacer de tu misión personal el irritarme más allá de la resistencia.

—Dame esa botella —exigió Fitzwilliam, y cuando Darcy se la acercó, rellenó ambas copas—. Ahora cuéntame todo sobre Wickham. ¿Por qué demonios está en la milicia? Ese hombre es el cobarde más grande que he conocido; el concepto de valentía le es tan ajeno como los cosacos del zar de Rusia.

—No solo eso, sino que de alguna manera ha obtenido un nombramiento en dicha milicia y se mezcla con la sociedad local como oficial y caballero. Nada menos que *teniente* Wickham.

—¡Bromeas! —Fitz lo miró horrorizado—. Dios mío, ¿es por esto que Bingley ha estado tan alicaído últimamente? —Saltó a una conclusión errónea—. ¿Wickham intentó algo con su hermana? Su dote es bastante generosa... ¿No?

Darcy estaba negando con la cabeza.

—Di lo que quieras sobre la señorita Bingley, Fitz, pero no es lo suficientemente tonta como para caer en las dulces palabras de un libertino sin un céntimo. Y eso si Wickham hubiera sido capaz de superar su cobardía personal lo suficiente como para arriesgarse a estar en mi proximidad, de todos modos, porque la señorita Bingley estaba haciendo todo lo posible por pegarse a mí como una lapa.

—Debes haber sido absolutamente miserable en Hertfordshire —se compadeció Fitz.

—Hubo momentos en que las cosas no estaban tan mal —dijo Darcy sin pensar, mientras un recuerdo de bailar con Elizabeth se colaba en su mente. La forma en que sus ojos brillaban cuando lo miraba, cómo sus oscuros rizos se apoyaban contra su mejilla sonrojada, el arco de sus cejas mientras hacía otro comentario impertinente... se sacudió de vuelta a la realidad cuando Fitzwilliam volvió a hablar.

—Está bien, Darcy, perdonaré tu distracción últimamente, y hablaré con Madre por ti, aunque Dios sabe qué excusa tendré que inventar.

—Gracias, Fitz —dijo Darcy con sinceridad—. No creo que fuera muy buena compañía en este momento de todos modos.

—Oh, no lo sé —Su primo sonrió ampliamente—. Mientras sigas sirviendo brandy tan bueno como este, creo que puedo tolerarte lo suficiente.

Darcy se rio, descorchando la botella para llenar de nuevo la copa de Fitz.

—Sí, pero tú eres fácil de complacer.

—¡Nunca se lo digas a mis hombres!

—Hablando de tus hombres, ¿cómo va el entrenamiento de los nuevos reclutas? —Viendo una oportunidad para cambiar de tema, Darcy la aprovechó, y agradeció cuando su primo aceptó el nuevo tema de conversación.

Ninguno de los dos hombres oyó la puerta que conectaba el estudio de Darcy con la biblioteca cerrarse muy silenciosamente, perdidos como estaban en su conversación.

Georgiana Darcy permaneció muy quieta por un largo momento junto a la puerta cerrada antes de alejarse sigilosamente con sus pies calzados en zapatillas, con lágrimas secándose en sus pálidas mejillas. Necesitaba volver a sus habitaciones y encontrar las cartas que Darcy le había enviado desde Hertfordshire; había prestado poca atención a su llegada, pero ahora contenían información crucial que debía descubrir.

El nombre del pueblo donde podría encontrar a su amado Wickham.



¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee ***Un Milagro de Navidad en Longbourn*** ahora!



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas
Un Conde para Ellen
Un Marqués para Marianne
Un Duque para Diana
Un Capitán para Clarissa

La series **Variaciones de Orgullo y Prejuicio**
Las Mejores Relaciones
Relaciones Infames
Un Milagro de Navidad en Longbourn
Penas y Agravios
La Segunda Señora Bennet
Un Luto en Longbourn
Los Entrometidos Matlock

Otros libros
Su Querida Duquesa
La Novia Dijo No

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!